

Libro Albedrío

Libro Albedrío

Juan Villoro | Andrés Henestrosa | Alberto Manguel
Margo Glantz | Enrique Serna | David Huerta
Federico Álvarez | Sergio Fernández | Hernán Lara Zavala
Gabriel Zaid | José de la Colina | Julieta Fierro | Rius
Ruy Pérez Tamayo | Adolfo Castañón | Arturo Pérez-Reverte
Vicente Quirarte | Miguel Ángel Granados Chapa
Francisco Castro Leñero | Felipe Garrido | Vicente Leñero
Paco Ignacio Taibo II | Ernesto de la Peña | Eugenia León
Germán Dehesa | R. L. Stevenson | Sabina Berman
Felipe Leal | José Rogelio Álvarez | Daniel Giménez Cacho
Federico Campbell | Félix Fernández | Gerardo de la Torre
Gonzalo Celorio | Diana Bracho

Los textos e ilustraciones reunidos en este volumen fueron publicados de junio de 2004 a mayo de 2007 en *Hoja por Hoja. Suplemento de Libros*.

© Juan Villoro, Andrés Henestrosa, Alberto Manguel, Margo Glantz, Enrique Serna, David Huerta, Federico Álvarez, Sergio Fernández, Hernán Lara Zavala, Gabriel Zaid, José de la Colina, Julieta Fierro, Rius, Ruy Pérez Tamayo, Adolfo Castañón, Arturo Pérez-Reverte, Vicente Quirarte, Miguel Ángel Granados Chapa, Francisco Castro Leñero, Felipe Garrido, Vicente Leñero, Paco Ignacio Taibo II, Ernesto de la Peña, Eugenia León, Germán Dehesa, R. L. Stevenson, Sabina Berman, Felipe Leal, José Rogelio Álvarez, Daniel Giménez Cacho, Federico Campbell, Félix Fernández, Gerardo de la Torre, Gonzalo Celorio y Diana Bracho, por los textos.

LA BIBLIOTECA ERRANTE

Juan Villoro

EL LIBRO: PUERTA DE LUZ

Andrés Henestrosa

LA BIBLIOTECA DE JULIEN SOREL

Alberto Manguel

MI BIBLIOTECA DESORDENADA

Margo Glantz

LECTORES DE ARCILLA

Enrique Serna

LA QUERELLA DEL PAPEL Y EL ESPACIO

David Huerta

EL RECINTO DEL CAOS

Federico Álvarez

LECTURAS CERVANTINAS

Sergio Fernández

¿SE PUEDE LEER Y PENSAR?

Hernán Lara Zavala

EXTRAVÍOS

Gabriel Zaid

LA LIBRERÍA DE POLITO

José de la Colina

¿CÓMO LEO?

Julieta Fierro

RATA DE LIBRERÍA

Rius

DESÓRDENES Y AUSENCIAS

Ruy Pérez Tamayo

UN LIBRO TRUFADO

Adolfo Castañón

SOBRE LITERATURA Y AVENTURA

Arturo Pérez-Reverte

LA BIBLIOTECA DEL HOMBRE FELIZ

Vicente Quirarte

LEER EN PACHUCA

Miguel Ángel Granados Chapa

EL COLECCIONISTA RESPONSABLE

Francisco Castro Leñero

VIAJAR PARA LEER

Felipe Garrido

¿LOS HAS LEÍDO TODOS, ABUELO?

Vicente Leñero

LA LISTA NEGRA

Paco Ignacio Taibo II

LECTURAS Y LECTURAS

Ernesto de la Peña

LA CALLE DE MI VIDA

Eugenia León

TÚ Y TUS LIBROS

Germán Dehesa

LA INFLUENCIA DE MIS LIBROS

R. L. Stevenson

LOS LIBROS Y LA VIDA

Sabina Berman

MIS TABIQUES

Felipe Leal

NOTAS AL MARGEN

José Rogelio Álvarez

LIBROS PARA ESPIONAJE Y CONTRAESPIONAJE

Daniel Giménez Cacho

ÓRDENES Y DESÓRDENES

Federico Campbell

ACERCA DE MIS LECTURAS

Félix Fernández

DE ACUERDO, JULIO

Gerardo de la Torre

MIS LIBROS

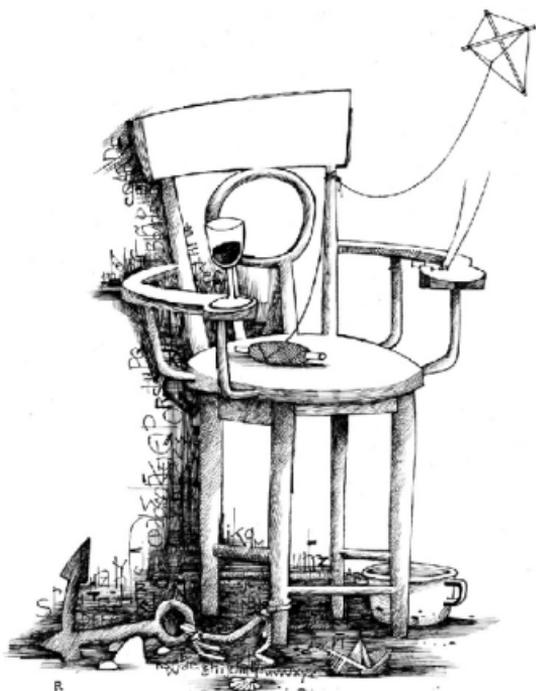
Gonzalo Celorio

EL ESTUDIO

Diana Bracho

LA BIBLIOTECA ERRANTE

Juan Villoro



También para los libros hay nómadas y sedentarios. La estirpe de Abel, la estirpe de Caín. Admiro a quienes, como Alfonso Reyes o José Luis Martínez, han reunido vastas bibliotecas, entre otras cosas porque sé que jamás tendré una de ese tipo. En la Capilla Alfonsina me llamó la atención una silla hecha para leer sin interrupciones (atril para libros pesados, cenicero empotrado en un brazo, un hueco ideal para un vaso, una tablita para reposar los pies). Aquel mueble, diseñado por el autor de *Visión de Anáhuac*, era el emblema del sedentario perfecto.

En su *Historia de la lectura*, Alberto Manguel celebra a quienes encuentran en la tipografía y la encuadernación estímulos sensoriales equiparables a los mensajes de la letra. Augusto Monterroso, por el contrario, escribió un manual de primeros auxilios para deshacerse de libros sin complejo de culpa. Quizás a causa del azar y la arquitectura moderna, necesito que los libros sean desechables, al menos como posibilidad extrema. La idea puede parecer bárbara, pero no podría juntar libros sin la opción de

abandonarlos. En cambio, un tío mío reunió libros hasta asfixiar cualquier rincón de la casa; cuando su esposa le dijo que la situación era insostenible, él optó con la sencillez del bibliómano: se mudó a una casa chica y dejó los libros en la vieja casa.

Para el coleccionista, el libro es un objeto que no necesariamente debe ser leído. Si presta uno, le interesa más que se lo devuelvan a saber qué efecto tuvo la lectura.

Hay un punto de expansión en que una biblioteca se vuelve imposible de leer por entero y se transforma en zona de consulta (Anatole France, coleccionista emblemático, se conformaba con leer la décima parte de sus libros). A partir de ese momento ocurren dos cosas: la compilación amerita ser catalogada y el dueño pertenece a sus libros.

A los nómadas (o a los meramente irresponsables), una biblioteca de esas dimensiones les suscita una sensación de definitividad tan incómoda como salir con una chica que se sabe de memoria la epístola de Melchor Ocampo.

Aterrados ante la posibilidad de ancla que tiene una biblioteca, ciertos lectores nos resignamos a la cultura de lo insuficiente y la ligera economía de los ejemplares de bolsillo; vivimos con libros cuya cantidad y arreglo carecen de importancia y se mezclan con los papeles según el criterio de las papelerías de pueblo, en las que hay libros “por si acaso”.

Walter Benjamin sucumbió a la pasión del coleccio-

nista. Su biblioteca proliferó hasta que la tempestad de la historia lo convirtió en fugitivo. Cuando aún estaba en feliz posesión de sus libros, escribió el ensayo “Desempaco mi biblioteca”. Ante las cajas cerradas y el aire enrarecido por el polvo, distinguió que toda compilación de libros es un caos a quien sólo el propietario confiere un orden. Determinada por la suerte y los caprichos, una biblioteca entrega el retrato, a la vez desmedido y trunco, de quien la ha juntado. Nadie congregaría esos volúmenes en favor de una universidad o una ciudad. Hijos de un apasionado desorden, los tomos llegan a los estantes en busca de unidad. La tensión entre las partes y el todo domina el oficio del bibliómano.

Incluso el lector nómada se somete a esta dinámica cuando debe escoger una parte de los libros. ¿Qué trozo lo representa?

En Grecia, los camiones de mudanza se llaman “metáforas”, palabra que significa “traslado”, “ir más allá”. En el caso de los libros, los viajes obligan a un doble ejercicio metafórico: llevarlos de un lugar a otro y saber cuáles tienen suficiente carga simbólica para merecer el ajetreo.

En vísperas de viaje, toda biblioteca se revisa con aire depredador. ¿Qué hacer con la recia novela de un amigo cuyo valor era afectivo hasta que nos insultó por hablar de Supertramp sin conocimiento de causa (algo sin duda injusto, aunque no tanto como adquirir conocimientos para tener causa)? ¿El cariño que le tuvimos sigue haciendo

que su libro sea exportable? Cada tomo se somete a decisiones parecidas y desnuda la arbitrariedad de la colección entera.

Hace tres años me mudé a Barcelona y ahora emprendo el viaje de regreso. Con un ánimo que juzgué racional, escogí tres clases de libros para hacer el viaje: los fetiches, los útiles y algunos pendientes de leer.

Cualquiera que haya cambiado de país conoce el violento idiotismo que llega cuando la vida no es sino un trámite para partir. *Reisefieber*, llaman los alemanes a este trance: “fiebre de viaje”. En esa alteración de la conciencia, ¿cómo distinguir un libro fetiche? Yo viajaría con *Rayuela*, seguro de no releerla nunca, pero atesorando la época que convocaba para mí la dedicatoria, tan extensa como uno de sus capítulos, hecha por un amigo que murió en el terremoto del 85 mientras hacía guardia en el Hospital General. ¿Cómo dejar atrás ese dramático ejemplar, que para mayor perturbación tenía el porte y el color de la caja negra de los aviones?

Entre los fetiches, resultan imprescindibles los volúmenes subrayados con esmero, ideales para la relectura a saltos. Sin embargo, por más juiciosa que sea la pedantería, siempre hay dudas. Borges, Kafka y Felisberto Hernández caben completos; con Nabokov y Calvino hay que sacrificar libros favoritos.

Reuní los libros de trabajo según algún criterio que ya olvidé. Luego vino la parte más accidental: las asignaturas

pendientes. Si empacaba *La educación sentimental*, estaría más cerca de leerla. La novela de Flaubert se convirtió en una motivación adicional para ir a Europa. Tres años después, es una motivación para regresar a México.

El traslado por barco de los libros duró dos meses. Cuando abrí las cajas en Barcelona, el primer ejemplar con el que me topé se llamaba *Enfermedades endémicas de la ciudad de México*. ¿Qué clase de loco había elegido los libros? Enfebrecido por la mudanza, me envié a mí mismo un libro sobre lo que deseaba dejar atrás, una metáfora de lo que jamás abandonaría. Aquel título me atenazó desde la llegada. También los nómadas son retenidos por sus libros.

EL LIBRO: PUERTA DE LUZ

Andrés Henestrosa



La Biblioteca Andrés Henestrosa, ahora bajo la amorosa custodia de don Alfredo Harp, la formé a lo largo de ochenta y un años, adquiriendo hoy un ejemplar y mañana otro, generalmente en librerías de lance, o de segunda mano, o en puestos callejeros de libros viejos. Cuando comencé a formarla allá por el año 24 del siglo pasado, podía adquirirse con diez pesos lo que ahora no se podría con mil. Todos los domingos, a eso de las diez de la mañana, me iba a la antigua Lagunilla, que entonces se extendía desde la calle de Honduras a la de Argentina. Joyas, verdaderas joyas literarias, se adquirían por unos cuantos pesos cuando no centavos. Al volver a mi habitación, yo me encargaba de limpiarlos con amorosa paciencia. Muchos estaban dedicados; algunos subrayados, y los conservaba hasta que conseguía otro que no lo estuviera: un libro subrayado ha de considerarse como un desecho, como una prenda que por el sólo hecho de estar herida de rayas es obra muerta.

Algunos, al revenderlos me aliviaban de las penurias

de aquellos días. De esa manera se me fueron de las manos preciosidades bibliográficas. Cuando en 1936 salí para Estados Unidos becado por la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, los dejé encargados a tres personas: dos mujeres y un hombre. No diré el nombre de las señoras, pero sí, el del hombre. Era un poeta llamado Francisco González Guerrero. Cuando a los dos años volví a México, aquellos libros que habían quedado bajo custodia femenina ya habían cambiado de dueño, al igual que las guardianas. El poeta González Guerrero, nombrado primer secretario de nuestra embajada en Colombia, al irse de México los dejó en el sótano de su casa; no obstante lo bien protegidos que se empeñó en dejarlos, aquel año, el 36, fue de grandes lluvias que inundaron el sótano en que se guardaron, y sólo se salvaron las cajas que estaban en lo más alto. Aquel resto fue la base de la biblioteca que logré formar de cerca de cincuenta mil volúmenes.

En más de una ocasión perdí pequeñas bibliotecas al irme casi a escondidas de las casas en que yo viviera, con lo que queda dicho que no se perdieron y que la patrona, la hospedera, los vendía para obtener la renta que yo dejaba de pagar al irme. Cuando al casarme en 1940 ya tuve casa fija, se consolidó la biblioteca de la que ahora, a casi un año, me desprendí y que se encuentra en la ciudad de Oaxaca.

Yo he dicho en alguna ocasión que el libro es una entidad de tal manera superior que, valiéndome de un juicio de

Miguel de Unamuno: su sola presencia física instruye, desasniza. Primero la biblioteca que así formé era un lujo, un adorno, como estrellas de cielo en negra noche: un mero, repito, adorno; meras flores que alegraban las pequeñas y pobres habitaciones en que por años viví. Después, cuando en 1938 tomé el periodismo como trabajo, como medio para ganarme el pan, fue la biblioteca que por aquellos tiempos ya había formado fuente no sólo de inspiración, sino también arsenal de mi trabajo periodístico.

Yo he leído muchos libros, centenares de libros, aun no sabiendo interpretar su contenido, lo que lejos de menguar mis lecturas auxiliaba a reducir mi ignorancia. Tiene el buen libro la virtud de llevar al lector a poner de su parte aquel lugar que no entendió del todo, con lo que se convierte, también, en un poco el autor de la obra que estuviera leyendo. No en vano he dicho alguna vez que la letra *a* tiene la vaga forma de un grano de maíz.

Yo soy los libros que he leído, he dicho. Y es la mera verdad: la letra nos hace, es como un molde que nos da forma. El libro a más de agrandar el mundo lo alegra, le resta la superficialidad. Ahora, cuando por los tres años que faltan no tengo cien años, sigo siendo el lector que solía: leo dos horas en la mañana y dos por la noche antes de apagar la luz y dormir.

Ahora repito de memoria, y casi seguro de no equivocar el texto, una sencilla lección que memoricé cuando tenía cuatro años y medio. Dice en su arranque:

Es puerta de la luz un libro abierto,
entra por ella niño y de seguro
que para ti serán en lo futuro
dios más visible, su poder más cierto.
El ignorante vive en el desierto,
donde es el agua poca, el aire impuro.
Un grano le detiene el pie inseguro,
camina tropezando, vive muerto.
En esa de tu edad abril florido
recibe el corazón las impresiones
como la cera al toque de las manos.
Estudia y no serás cuando crecido
ni el juguete vulgar de las pasiones,
ni el esclavo servil de los tiranos.

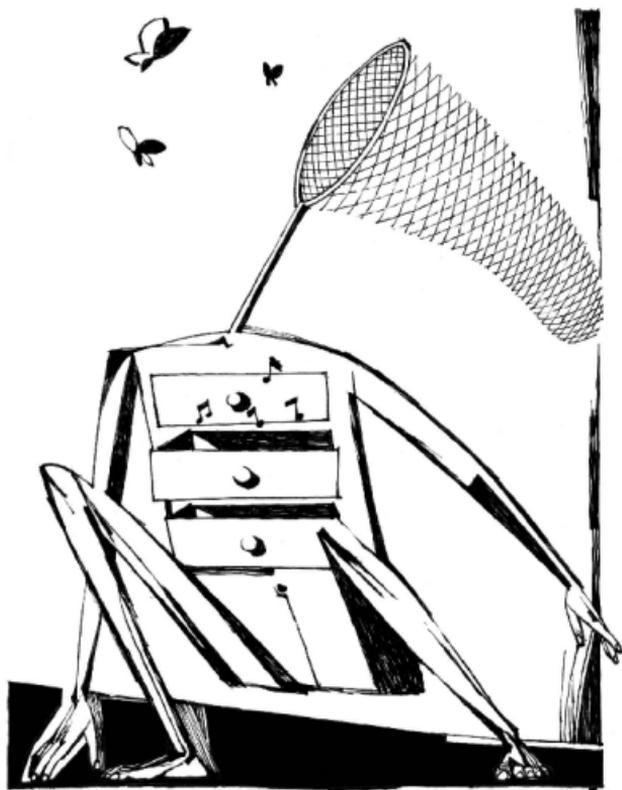
Hay en los versos transcritos una grande y muy lúcida verdad. Ahora, cuando hombre casi centenario abro un libro, vuelvo a ser el niño de cuatro años y medio que memorizó los versos transcritos, y vuelve a iluminarme aquella primera lección.

Son mis libros preferidos aquellos que más trabajo —que luego fueron alegrías—, me dieron interpretarlos. Ayer, nomás, acabé de leer, digamos que por décima vez, *La divina comedia*, cuya primera lectura fue en 1923, en un ejemplar de los clásicos vasconcelianos. Tiene la relectura un encanto: lo devuelve a uno a los años juveniles en que se leyeron por primera vez. Rejuvenece quien relee.

Pero hasta aquí. Y quede para otro día, contar cómo devine el insaciable y voraz lector que sigo siendo.

LA BIBLIOTECA DE JULIEN SOREL

Alberto Manguel



Aquel que prohíbe la lectura de libros de filosofía a quien tiene talento para ello, por juzgar que ciertos hombres han caído en el error después de haberlos leído, es a nuestro parecer como alguien que prohibiría a un sediento beber agua fresca, obligándolo a morir de sed, bajo pretexto de que hay hombres que se han muerto ahogados.
AVERROES, Tratado sobre la religión y la filosofía.

Como Galia, toda biblioteca se divide en tres partes: la más baja, con los anaqueles entre el ras del suelo y la cintura del lector; la sección media, a la que se puede acceder cómodamente y que llega a la altura de la cabeza, y la tercera, la más alta, la que requiere un esfuerzo físico, o incluso la ayuda de un banco o una escalera, para llegar a los estantes más lejanos. La primera sección exige que nos agachemos, que inclinemos el cuerpo en una suerte de improvisada reverencia, que nos pongamos de rodillas (si el estómago nos lo permite) para sacar un libro de esos anaqueles inferiores. Se dice que los arquitectos que cons-

truyeron la tumba de Napoleón en Los Inválidos procedieron de esta manera, colocando el sarcófago en el subsuelo, para que el visitante que quiera observarlo desde la baranda protectora necesite inclinar la cabeza en señal de respeto al emperador. La segunda parte es la más cómoda, y por consiguiente, la más familiar. Allí se encuentran los libros que consultamos más a menudo, ya que están más a mano. Podemos recorrer esos anaqueles centrales sin contorsiones ni ayudas externas. Por fin, la tercera sección, la de los anaqueles altos, contiene los libros de más difícil acceso y, tal vez por esa razón, los más secretos.

Imaginemos ahora que la biblioteca, como quería Borges, es un espejo del universo o, de una manera más modesta, de nuestro propio universo social. ¿Cómo ubicamos los libros en las distintas secciones de esta biblioteca simbólica y tripartita? Podríamos decir, en términos generales, que los libros que una sociedad comparte públicamente (los clásicos universales, pocas veces leídos, los libros de referencia, los diccionarios y las enciclopedias) ocupan la primera sección, la de los anaqueles inferiores. La segunda contiene los libros del núcleo familiar, aquellos tomos que, como las sillas, las mesas y los armarios de la casa de nuestra infancia, rezagos de un pasado más o menos mítico, definen el espacio acostumbrado en el que hemos crecido: un *Quijote*, una antología de Reader's Digest, una Biblia, ajadas ediciones de *Los cipreses creen en dios*, *La ninfa constante*, *El libro de san Michele*, algunas no-

velas de Romain Rolland, de Javier Poncela, de Somerset Maugham. La tercera y última sección es la del universo privado, el reino protegido de cada lector. Allí colocamos los libros que no queremos que los demás vean, los amores ocultos, las pasiones privadas. Entre los libros del anaquel más alto se encuentra nuestra verdadera autobiografía.

Estas tres secciones, por supuesto, están relacionadas entre sí. En una sociedad intelectualmente activa, de pensamiento vigoroso, la sección pública soporta y esclarece la sección familiar, que a su vez alienta y protege la intimidad y peculiaridad de los anaqueles más altos. En una sociedad así, se conoce el poder de la palabra y, para que ésta no degenera en dogma o propaganda, se insiste en el diálogo. Como quería Erasmo, en una sociedad como ésa cada hombre y mujer leerían la Biblia, para luego discutir sobre sus lecturas en el foro público, argumentando y enriqueciéndose a partir de esos debates. Por desgracia, esa sociedad, feliz poseedora de una biblioteca ideal, casi no existe o no ha existido. Es cierto que en algún momento hubo sociedades en las que la lectura poseía un prestigio público; otras en las que los núcleos familiares eran centros de actividad intelectual y educativa; otras en las que los anaqueles más altos salvaron la vida de sus singulares lectores en algún oscuro gulag o campo de concentración. Pero pocas veces las tres secciones de esa biblioteca coexistieron; pocas veces los lectores hallaron eco en sus familias o en el círculo más amplio de sus sociedades. Se

dice que algo así ocurría en la Córdoba del siglo x, en la Estambul del xvi, en la París de las primeras décadas del siglo xx. En cambio, en la actualidad, si bien hay millones de lectores que guardan unos pocos y preciosos volúmenes en los anaqueles más altos, el resto de la biblioteca familiar y social yace dismantelada y vacía.

En una pequeña aldea francesa durante los primeros años del siglo xix, el propietario de un aserradero llamó una mañana a su hijo Julien, a quien había encargado la vigilancia de las máquinas. Dos o tres veces gritó su nombre, hasta que por fin lo descubrió inmerso en la lectura de un libro en medio del atronador estrépito de la sierra. “Una primera y violenta bofetada lanzó al arroyo el libro que Julien estaba leyendo; una segunda, igual de violenta, en la cabeza, le hizo perder el equilibrio. Estuvo a punto de caer a unos cuatro o cinco metros de distancia, entre las manivelas de las máquinas en marcha, que lo hubieran triturado, pero su padre lo detuvo con la mano izquierda e impidió la caída.

—Bueno, haragán. ¿Así que leyendo esos malditos libros en el momento en que deberías estar vigilando la sierra? Lee de noche, cuando vas a perder el tiempo en casa del cura.”

Julien tenía entonces 18 o 19 años. El libro que su padre había arrojado al agua era su preferido, el *Memorial de Santa Elena*, del conde Las Cases, la crónica biográfica de su admirado Napoleón.

La escena tiene lugar en uno de los primeros capítulos de *Rojo y negro*. Hace poco, mientras releía la novela, se me ocurrió que sería casi inimaginable encontrar una escena como ésta en una novela de nuestros días, una novela que, como la de Stendhal, quisiera retratar los entretelones de la vida contemporánea. Y me pregunté por qué.

En 1830, año en que se publicó la novela, en medio de la denominada “revolución de julio” que puso fin a la monarquía de los Borbón, Francia seguía manteniendo una clara división entre las clases sociales que la revolución de 1793 había pretendido suprimir. La nueva monarquía burguesa de Luis Felipe, en lugar de aliarse con las fuerzas intelectuales (con los escritores, los artistas, los científicos y los periodistas), las hizo despectivamente a un lado. La juventud intelectual no hallaba lugar en la vida política, sino solamente en la burocracia de la iglesia (como le ocurre a Julien). Los jóvenes intelectuales se sentían traicionados por sus mayores. El padre de Julien, por ejemplo, un campesino que, sin haber estudiado, es propietario de un gran aserradero, se opone a las aspiraciones intelectuales de su hijo porque alteran el orden social en el que él se ha hecho rico. En esa sociedad de castas Julien, al igual que Napoleón, pretende ascender a una posición que no es la suya ni la de su padre. Para éste, lo que cuenta es el trabajo duro y corporal y el respeto a las tradiciones. Para Julien, la libertad de acción, el poder político y el prestigio social. En esta sociedad en transición, el símbolo de la separa-

ción entre Julien y su padre es, más que ningún otro, el libro. Para el padre, ocuparse con un libro, dedicarse a estudiar sus páginas, adoptar la posición física de un lector ocioso, es un escándalo insoportable. En un universo de reyes guillotinado, de generales ansiosos por conquistar el mundo, de revueltas populares y utopías traicionadas, el acto de leer sigue manteniendo un peso simbólico casi superior al de cualquier acto revolucionario.

No es que ser lector convierta automáticamente a un personaje en un ser noble y ejemplar. Al contrario. Sabemos demasiado bien que la historia abunda en ejemplos de lectores empedernidos que luego, como si nada hubiesen leído, han sido tiranos, torturadores, criminales. El libro no es un instrumento moral. El libro no educa, no juzga, no alienta a tener un buen o mal comportamiento. El libro *puede* conducir a todas esas cosas, pero en sí mismo es un talismán neutro. Timonel de sus propias lecturas, Julien no será un héroe ejemplar, no elegirá el camino ético de Alonso Quijano ni el de los sueños sensuales de Emma Bovary. Julien repudiará a su familia, seducirá a la madre de sus pupilos, enamorará a la hija de su patrón, la dejará embarazada, hará que ella le obtenga, a través del padre, el rango de teniente y por fin, después de asesinar a su fiel primera amante, morirá decapitado en el patíbulo. La vida de Julien no es, al fin y al cabo, sino una serie de transgresiones sociales. Y su primera transgresión, su primer delito, será el haber amado los libros.

Es preciso destacar que para los primeros lectores de *Rojo y negro*, el hecho de que, al principio del libro, el personaje de Julien apareciera leyendo poseía un significado claro: el muchacho, hijo de campesinos, que usurpa con orgullo el prestigioso acto de leer, no puede ser otra cosa que un héroe revolucionario, fruto de ese nuevo movimiento artístico que inicia el joven Victor Hugo con el escandaloso estreno de *Hernani*, alguien a quien le está permitida toda ambición. Julien es un Don Juan empeñado en penetrar en las alcobas de sus superiores, un Napoleón lanzado a la conquista de las clases sociales que por razones de sangre le están vedadas, pero por encima de todo es un héroe literario, creado por la lectura y justificado por ella. Que sea “bueno” o “malo” poco cuenta en este contexto. Lo que importa, para sus primeros lectores, es el hecho de que ser lector le otorga a Julien un prestigio claro y profundo.

Dos años después de acabar la novela, Stendhal le envía a un amigo italiano una larga carta explicativa. Comienza diciendo que durante los últimos años todo ha cambiado en Francia. Las diversiones sociales ya casi no existen: ahora la gente, en lugar de asistir a bailes o a meriendas campestres, lee. “No hay señora provinciana que no lea cinco o seis libros al mes; muchas leen quince o veinte. Y no hay pueblo pequeño que no tenga dos o tres *cabinets de lecture*” (lo que hoy llamaríamos bibliotecas circulantes). Pero aquellos lectores no se interesan

por la verdadera literatura; buscan, en cambio, la aventura emotiva, simple. Las complicaciones del alma les aburren, pasan por encima las descripciones y las ambigüedades. Y sin embargo, incluso esa lectura simplificada y banal posee un prestigio social en la Francia de principios del siglo XIX. En el mundo de Stendhal, los campesinos son brutos para quienes los libros no poseen utilidad alguna. Julien, dice Stendhal, es el único en su familia que sabe leer, y devora no sólo el ya mencionado *Memorial*, sino también las célebres *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau. Estos libros, explica Stendhal, educan el alma de Julien. Y aclara: no es la lectura la que corrompe o educa el espíritu del joven; son las palizas y las burlas constantes de sus padres y sus hermanos, las que convierten “esa alma de una sensibilidad profunda y constantemente ultrajada” en “desconfiada, colérica, envidiosa de toda felicidad de la cual se ve brutalmente privada y, sobre todo, orgullosa”. En la sociedad en la que crece Julien, el libro le brinda a un joven la oportunidad de definirse como individuo. La ignorancia y las consecuentes hipocresías sociales son las que lo corrompen.

Si Julien Sorel resucitara en la Europa de hoy, su carrera social sería sin duda mucho más sencilla y menos peligrosa. Pocos se interesarían en sus mentiras y adulterios, y menos aún en su voluntad de ascender a las clases privilegiadas. Por encima de todo, su educación literaria (en el caso de que un Julien contemporáneo siguiera inte-

resado por los libros) tal vez sorprendería por la elección de los títulos (no muchos conocen hoy el *Memorial de Santa Elena* o la obra de Rousseau), pero no tendría nada de escandalosa y, sobre todo, no sería en absoluto un acto prestigioso. Ver hoy en día a un personaje leyendo no le confiere las características de inteligencia, sensibilidad, ambición y búsqueda de sí mismo que el lector de Stendhal reconocía en el Julien de 1830. El Julien de nuestros días, descubierto con un libro en la mano, no sería más que un personaje con un pasatiempo algo pedante; una persona poco sensual (a diferencia del fogoso Julien), retraída, para nada amante de la acción; en suma, poco atractivo. (En la serie televisiva *Superman*, cuando el Hombre de Acero quiere hacerse pasar por el debilucho Clark Kent, no sólo se pone unas intelectuales gafas, sino que toma un libro y se sienta en un sillón, como sustraído del mundo de la actividad física y por lo tanto verdadera.)

Hoy en día, el libro, aquel símbolo romántico en manos del Julien de Stendhal, se ha convertido para nuestra sociedad (en la que, por cierto, seguimos siendo lectores) en un simple accesorio, en una distracción retraída y sosegada, en un objeto común que no es ni audaz ni peligroso, en un producto que se fabrica y se vende, con fecha límite de uso incluida. Es posible que, en cuanto individuo, la pasión del nuevo Julien no haya cambiado. Nuestros jóvenes poseen el mismo ardor sexual, las mismas ansiedades y ambiciones íntimas, el mismo amoroso orgullo. Pero to-

das esas virtudes y defectos existen en la actualidad fuera de un contexto literario. Un Julien actual lo será todo menos un personaje de Stendhal, todo menos un lector apasionado... aunque sea un lector apasionado. Quiero decir que su pasión por los libros, si la tiene, formará parte de su identidad secreta, no pública. En público, ser lector no le otorgará a nuestro Julien de hoy ningún *cachet*, ningún carácter meritorio. En la actualidad, tanto en el mundo de los libros como en el que llamamos real, nuestras referencias ya no son literarias. Si aún somos lectores, eso ocurre en un ámbito en el que los libros, presentes en atiborrados escaparates y en abultados catálogos editoriales, se han vuelto invisibles.

Quiero recalcar un factor preciso: en el mundo de Julien niño, en el hogar de un carpintero francés del siglo XIX, a diferencia de los hogares burgueses y aristocráticos, no hay libros. Los que Julien posee los ha heredado de un tío excéntrico, no de su padre, para quien los libros son atributos de otro mundo y de otra clase. Pero incluso para ese carpintero brutal que no sabe leer y que no tiene libros, el libro —el libro despreciado, el libro temido— es un emblema poderoso. El padre de Julien sabe que se trata de algo valioso e importante, aunque no para él, y peligroso en manos de su hijo débil y extraño. En cambio hoy, a principios del siglo XXI, es un objeto ubicuo pero inofensivo, doméstico y decorativo que, si bien todavía puede alimentar una imaginación individual, carece de

un poder emblemático peligroso. En el mundo de Julien niño faltaban libros en los anaqueles centrales pero los más bajos y los más altos estaban repletos. En el nuestro, sólo los estantes más altos contienen libros, cuando los contienen, privados y casuales. Todo el resto de nuestra biblioteca, tanto los anaqueles públicos como los familiares, están, al parecer, vacíos.

Ante tal desolación, nosotros, lectores, quienes creemos que la lectura puede ofrecer a quien la descubre la *posibilidad* de un mundo mejor, debemos preguntarnos: ¿cómo hacer para decirle a alguien que no lee que la lectura puede ofrecerle todas estas mercedes? ¿Cómo convencerlo, cuando el mundo que nos rodea nos está diciendo exactamente lo contrario todos los días y en todo momento? ¿Cómo defender la lectura (que no promete ningún beneficio material, que no puede siquiera *asegurar* más sabiduría, más destreza, más sensibilidad a quien lee) frente a una sociedad que insiste en alabar la codicia, el egoísmo, el goce del momento presente, una sociedad que intenta convencernos de que la reflexión es inútil, la dificultad absurda, la compasión flaqueza, una sociedad de realidades virtuales que se empeña en hacernos creer que la muerte no es un destino que nos aguarda, implacable, a todos?

Es imposible enseñar a amar la lectura porque es imposible enseñar a amar. Hay oficios humanos que no pueden enseñarse, porque ya existen en nuestros genes, no

pueden ser creados: la habilidad de respirar, de caminar, de ver, de tocar, de sentir amor por todo aquello que san Francisco de Asís, con tanta razón y entendimiento, llamaba “hermanos” y “hermanas”. En cambio, sí es posible dar el ejemplo, mostrar la forma en que para mí, para cada uno de los lectores, un libro importó o importa; la forma en que una frase cambió un momento de nuestra vida, un verso transformó para siempre cierta idea del mundo.

Y también es posible alentar el secreto. Si nuestras sociedades han desmantelado los anaqueles inferiores y medianos, si los libros ya no tienen ninguna importancia social ni familiar, podemos decirles a los nuevos lectores, y a aquéllos que tal vez un día serán lectores, que animar una pasión que la sociedad no estima puede convertirse en un ventajoso privilegio. Podemos decirles que ser lector (citando un lugar común) es “pertenecer a una aristocracia del espíritu”; que ser lector significa ser adoptado por una familia universal de poetas y cuentistas y pensadores que a través de la página nos convierten en sus prójimos; que los lectores constituyen, y siempre han constituido, una cofradía selecta, pero a la que cualquiera puede pertenecer. Y que esa cofradía —desdeñada, olvidada, agredida o ridiculizada— puede, a través de las palabras, transformar el mundo. No siempre, pero a veces, como ocurrió, socialmente, con los lectores del *Contrato social*, de *La cabaña del tío Tom*; políticamente, con los lectores de *Sin novedad en el frente*, de *Archipiélago Gulag*; culturalmente,

con los lectores de *Un cuarto propio*, de *El cazador oculto*; imaginativamente, con los lectores del *Quijote* y de las ficciones de Borges.

Los libros del anaquel más alto serán siempre libros íntimos, singulares, leídos por unos pocos, pero esa intimidad, esa singularidad, podrá ser también su fuerza. Es casi imposible imaginar que nuestros gobernantes, prisioneros de la telaraña económica, se resuelvan a prestigiar el acto intelectual, a imaginar una sociedad mejor desde los anaqueles de la base, haciendo de la lectura un acto esencial y distinguido. Es más fácil pensar que los lectores jóvenes, pasando del verbo al acto, descenderán de sus anaqueles altos al foro político y en la biblioteca social volverán a colocar los libros en sus anaqueles perdidos. Podemos enseñarles eso, tanto en la escuela como en el hogar y las bibliotecas públicas: a prolongar el argumento más allá de la última página; a reconocer en el mundo los problemas enunciados en los textos literarios; a descubrir que las encrucijadas morales a las que se enfrentan el *Lazarillo*, *Antígona*, *Julien Sorel*, son las mismas a las que todos nos enfrentamos alguna vez, y que sus historias de ficción nos brindan claves reales para entender y participar de nuestra historia. Es decir, podemos enseñarles a pasar de la lectura que llamamos ociosa a la lectura activa.

Al fin y al cabo, la tarea de todo maestro, de todo padre, de todo ciudadano adulto es guiar al joven no sólo a través de la realidad física del mundo en el que nos en-

contramos (mundo que deberá explorar por sí mismo), sino hacia aquello que se halla extramuros, cruzando las fronteras protectoras, allí donde reside lo prohibido, lo recóndito, lo que la sociedad ha excluido y que también forma parte de su definición, de la misma manera en que la cara oculta de la luna forma parte de la luna. Para equiparlo para ese difícil viaje, debemos alentarlo a ser distinto: a que no tema ser acusado de no plegarse al rebaño, a que piense por sí mismo, a que se oponga a nosotros, sus caducos mayores. Debemos alentarlo a que construya su anaquel privado en lo más alto de la biblioteca, desde donde sus libros podrán, algún día, volver a iluminar el mundo.

MI BIBLIOTECA DESORDENADA

Margo Glantz



Desde muy niña empecé a leer. En segundo año de primaria obtuve un premio de lectura: una muñequita de celuloide. En la panza tenía unos agujeritos cubiertos con cinta adhesiva, ¡la muñequita hablaba! Fascinada, comí, jugué, leí y me bañé con ella. El agua entró por los agujeritos de la voluminosa panza, la de un bebé con mucha tripa y nada de cintura, como si su cerebro estuviera colocado en la barriga. Cuando el agua penetró, la muñeca dejó de hablar. Un verdadero castigo divino: no me impidió seguir leyendo, pero sí recibir premios.

Por eso, en mis largas lecturas cotidianas, aprovechando los múltiples libros descolocados en la biblioteca de mi padre, solía decirme: “cuando sea grande escribiré”, cosa que cumplí al pie de la letra: empecé a escribir cuando muchos escritores de mi generación ya habían alcanzado la madurez artística y escribían libros cada vez más maravillosos, mientras yo seguía siendo una joven promesa con arrugas.

Pero ahora que ya escribo, recuerdo con nostalgia mis lecturas de infancia y adolescencia, lecturas enteramente

gratuitas: vivía mil vidas sin moverme de mi sillón preferido, una incómoda silla del comedor, oyendo tangos y leyendo *Dos años de vacaciones*, *De la tierra a la luna* o *El viaje al mundo en ochenta días*, de Julio Verne; o en una banca de la zapatería de mis padres con un ejemplar de *Las palmeras salvajes*, publicada en la editorial Sudamericana en una traducción de Borges o de su mamá, la temible Leonor Acevedo de Borges, junto a una ventana desde donde podía ver la calle, durante el largo intervalo de 1 a 3 en que el negocio cerraba.

Primeras lecturas dispersas, sin ninguna jerarquía, libros de viajes o adaptaciones infantiles de la mitología griega: familiarizada desde muy niña con Edipo, Electra o Casandra, cuando en la Preparatoria 1 leí la *Orestíada* de Esquilo, pude escribir un ensayito donde comparaba el sacrificio de Agamenón y de Casandra con los sacrificios aztecas. Como a los once años leí (¿?) el *Rey Lear* de Shakespeare en la edición de Aguilar traducida por Astrana Marín, y luego, apenas entrada en la adolescencia, un drama de Calderón de la Barca, en la misma colección con su delgado papel biblia. Enjundiosas lecturas, alternaban con novelas de M. Delly, cuya procedencia desconocía, aunque sus relatos me fascinaban y me hacían soñar con una boda futura en donde, vestida de novia, como las heroínas de sus novelas, unía mi destino al de un hombre guapo, rico, elegante, que me esperaba, desca- bezado, al pie del altar vestido de frac; averigüé luego que

Delly no era una mujer sentimental y comprensiva, sino una pareja de franceses productores de novelas en serie, con la misma facilidad con que Corín Tellado produce ahora sus engendros.

En los librerías de mi padre coexistían todo tipo de libros: una antología de poesía universal que empezaba con los líricos griegos y terminaba con Leopardi, Vargas Vila o El Caballero Audaz; poesía en yiddish, ruso o español; ejemplares de revistas argentinas, *Sur*, la estupenda *Billiken* para niños y la de modas *Para Ti* que aún se vende en Buenos Aires, los suplementos de *La Nación*. Mi padre solía coleccionar los folletines que aparecían en los periódicos mexicanos: *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después*, *El vizconde de Bragelonne*, *El collar de la reina* de Alejandro Dumas, recientemente trasladado al Panteón de los Hombres Ilustres en París; asimismo, los folletines de Ponson du Terrail, una de las lecturas preferidas de Roberto Arlt, quien luego se convirtió en uno de mis más gustados autores, así como *Los miserables* y *El noventa y tres* de Victor Hugo, *Los misterios de París* y *El judío errante* de Eugenio Sue y una novela intitulada *La boca del abismo*, de la cual no recuerdo el autor; asimismo, *David Copperfield*, *Oliver Twist* o *Historia de dos ciudades*, de Carlos Dickens y, obvio, todo Dostoievski que empecé a devorar a los 14 años y a quien periódicamente releo.

En una biblioteca circulante juvenil descubrí la tradición de lengua inglesa, *Manhattan Transfer*, de John Dos

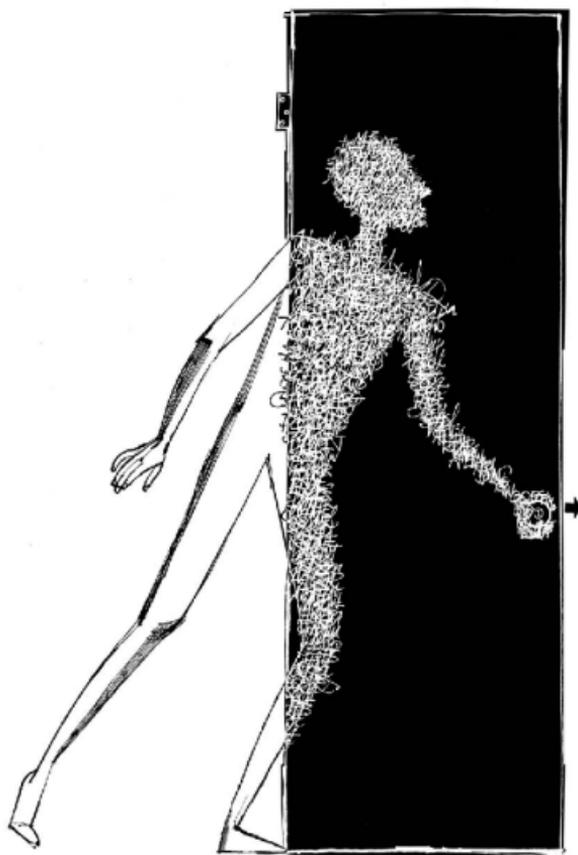
Passos, *La tragedia americana*, de Dreiser, *Santuario*, de William Faulkner, *Contrapunto*, de Huxley que, como esa *Boca del abismo* recién mencionada, me iniciaron en los misterios sexuales sin entenderlos. Entonces me apasioné también por la literatura en lengua alemana, Hermann Hesse con su *Lobo estepario* y *Demian*, y la literatura de los grandes exiliados por el nazismo, Broch, Wassermann, Feuchtwanger, Stefan Zweig, que vuelven a circular gracias a la editorial catalana El Acantilado, y claro, los libros de los Mann, Heinrich y Thomas, muy bien traducidos por escritores argentinos, como también *La metamorfosis*, de Franz Kafka, traducida por Borges, libros que me hicieron entrar, sin percibirlo, en el mundo laberíntico de la traducción y la literatura conosureñas. Cuando tenía cerca de 18 años, Zelke, un amigo de mi padre, judío berlinés, exilado por el nazismo, me recomendó a Proust. Entonces apenas lo entendí; más tarde se convirtió en uno de mis autores fetiche, junto con otros escritores franceses como Flaubert, Zola y Stendhal a los que había empezado a leer en la adolescencia, mis libros de cabecera en París, junto con *Pedro Páramo*, de Rulfo, publicado en 1955 y que allí leí, maravillada.

Mi biblioteca actual es diversa, desordenada. Alternan en ella los autores favoritos de la infancia y adolescencia y sor Juana o Sigüenza y Góngora, además de los cronistas de Indias y sus críticos; Manuel Payno, Inclán, Prieto, Micrós, Martín Luis Guzmán, Nellie Campobello, Elena

Garro, Paz; luego Benjamin, Barthes, Bataille, Bernhard, cuyos nombres empiezan con la letra B, como Borges. Colecciono reimpresiones o novedades: autores admirables asesinados por los nazis circulan por España, como antes circulaban por Argentina: el polaco Schulz o el rumano Sebastian; cerca, cohabitan Bulgakov, Casanova, Potocki, Leiris, Walzer, Sebald, en francés, inglés o italiano.

LECTORES DE ARCILLA

Enrique Serna



Uno de los efectos más nocivos de la pedantería libresca, y de los programas académicos diseñados bajo sus cánones, es hacerle creer a los jóvenes que sus primeras lecturas sólo son escalones para ascender a un grado superior de cultura. Desde luego, la formación literaria es un proceso gradual donde se avanza de lo sencillo a lo complejo, como en todas las disciplinas. Es imposible entrar a la poesía por la difícil aduana de Mallarmé o disfrutar las novelas de Faulkner sin una previa inmersión en la novela realista del XIX. Por eso las lecturas de iniciación deben ser obras sencillas, sin que esto signifique demeritar su valía, pues la ligereza y la transparencia son grandes virtudes literarias. Pero incluso las lecturas sencillas espantan a los adolescentes aletargados por la ingesta de programas televisivos, y como los malos pedagogos se han confabulado para hacerles sentir que la lectura no es un placer, sino una empinada escalera a la erudición, muchos jóvenes abandonan esa dura prueba de alpinismo que ofrece pocas recompensas a cambio de un gran esfuerzo.

Lo más desalentador para ellos no es tanto la dificultad creciente de las lecturas, sino la amenaza de quedar atrapados en un laberinto de papel que los remite de unos libros a otros, sin dar ninguna respuesta a sus inquietudes existenciales, pues nadie se molesta en explicarles para qué sirven los libros, acaso porque los propios maestros lo ignoran. Por eso miles de estudiantes, después de haber recibido una embarradita literaria en la prepa, abandonan para siempre la lectura y renuncian a pensar por su cuenta, sucumbiendo a la tiranía del lugar común. Infinidad de personas hubieran podido desarrollar su espíritu crítico si al menos alguna de sus lecturas escolares los hubiera conmovido. Pero ¿cómo defenderlos de la masificación y la manipulación, si la academia parece haber olvidado que los libros sirven para disolver rebaños y transformar a los borregos en individuos?

El alma del adolescente es una arcilla donde cualquier impresión poderosa deja una huella indeleble. Elegidas con buen tino pedagógico, las lecturas escolares pueden y deben sacudir la conciencia de los muchachos que se asoman a la vida, pues la agitación es el único antídoto eficaz contra la pereza mental. En el repertorio de obras maestras de la poesía amorosa, la literatura fantástica, la narrativa juvenil, la novela histórica, la filosofía política y la ciencia ficción, hay muchos libros que pueden provocar terremotos espirituales. Cuando un autor nos abre un abismo bajo los pies, lo que menos importa es saber a

cuál corriente literaria pertenece. Si fuera necesario tener una preparación previa para llegar a las lecturas que nos cambian la vida y saber ubicarlas en el mapa de las letras universales, nadie se habría iniciado nunca como lector.

A los 16 años, cuando cayó en mis manos por accidente el *Rubayat*, de Omar Khayam, yo no sabía quién era su autor ni en qué época había vivido: sólo me dejé cautivar por la magia de sus cuartetos, y en unas cuantas horas mi visión de la existencia se quebró en pedazos, pues descubrí que mi único deber moral era gozar el momento, por encima de los preceptos religiosos que me habían inculcado los padres jesuitas. Hasta entonces creía en la vida eterna del espíritu: Khayam me convenció de que al morir se acaba todo. Mi sacudida fue de tal magnitud que al terminar el libro, venciendo una timidez paralizante, le declaré mi amor a una vecina que siempre me había gustado con una lectura en voz alta de los cuartetos. En años posteriores volví a experimentar fuertes sacudidas con las lecturas de Federico Engels, Oscar Wilde, Henry Miller y Rubén Darío, autores que transformaron radicalmente mi conciencia política, mi sentido del humor, mi concepto del éxito y el fracaso, mi visión idealizada de la vida bohemia. No sé si mis númenes tutelares me hayan influido como escritor (brincos diera yo), pero en gran medida la formación de mi código moral y estético es un resultado de esas lecturas.

Con la madurez se pierde la propensión a mudar de

ideología por influencia de los libros, porque aprendemos a vivir en un mundo de verdades relativas. Si hubiera leído a Engels a los cuarenta años, no me habría hecho ninguna mella, porque ahora no creo en la validez absoluta de ningún sistema político o filosófico. La pluralidad de lecturas ensancha los horizontes culturales y afina el gusto literario, pero aniquila la credulidad y, junto con ella, la capacidad de convertir los libros en un programa de vida. A partir de cierta edad, la búsqueda de grandes revelaciones cede su puesto a una curiosidad intelectual escéptica y mejor informada, que también puede ser apasionante, pero ya no modifica de golpe nuestras ideas. Ningún lector adulto cambiaría su amplitud de criterio por los arrebatos pasionales del lector adolescente, pero es inevitable recordar con nostalgia la época en que nuestro corazón era una figura de barro moldeada por alfareros geniales.

La primera experiencia literaria, como la primera experiencia sexual, debe estar precedida por un hábil trabajo de seducción, o de lo contrario puede volverse traumática. De la habilidad pedagógica para conducir a los niños y jóvenes a la iniciación literaria dependerá que puedan vivir a plenitud sus primeras lecturas. Por desgracia, la mala preparación de los maestros y la ignorancia de muchos padres de familia matan el amor por los libros antes de nacer. Una maestra que deja como castigo a sus alumnos “leer veinte minutos”, como si la lectura fuera un trabajo forzado, los condena a un bautizo literario similar a una

violación. Por eso en México el odio a los libros, fomentado por las huestes de Elba Esther Gordillo y sus aliados políticos, se transmite de padres a hijos como una enfermedad congénita que ninguna biblioteca faraónica podrá detener.

LA QUERRELLA DEL PAPEL
Y EL ESPACIO
David Huerta



1. Siempre serán demasiados los libros: los que ya leímos, los que nunca leeremos, los que nos regalaron y vemos (con una especie de santa culpa) porque debemos hojearlos, siquiera, y luego, quizá, no podamos decir nuestra opinión a quienes los regalaron. Dan ganas, por supuesto, de reclamar ante algunos presentes encuadernados: “Gracias por regalarme este libro... pero ojalá me hubieses regalado, también, el tiempo para leerlo”. También están las combinaciones mareantes: los libros que ya leímos y queremos conservar para releer algún día que no está en ningún calendario; los que creemos que tendríamos que conservar porque nos servirán “de consulta”; los *de los cuates*; los dedicados y aborrecidos; los que nos recuerdan alguna de nuestras inmemorables o vergonzosas vidas pasadas.

2. La querrela del espacio y el papel se despliega insaciable, arrinconándonos, extenuados ante los cientos de volúmenes: cada semana dos, tres, nueve libros, y hay

menos estanterías, libreros a cada momento más poblados. Deshacerse de libros se convierte en un arte triste y gobernado por una zozobra avasalladora. Monterroso le dedicó a esa tarea de mengua y descarte un puñado de páginas memorables.

3. La palabra “biblioteca” y la palabra “librería” estuvieron durante un tiempo confundidas. Ahora, para nosotros, una biblioteca es un acervo librero privado o público, no venal, mientras que una librería se dedica al comercio librero. (En inglés *library* es todavía “biblioteca”.) En el siglo XVII, por ejemplo, no existía la distinción moderna y, así, en el “escrutinio de la librería” de Don Quijote —es decir, de su biblioteca doméstica— (capítulo VI, Primera parte), la sobrina del hidalgo habla de los libros de poesía de su tío y le hace al cura una petición que vale oro: “Bien los puede vuestra merced mandar quemar, como a los demás; porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, *hacerse poeta que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza*” (las cursivas son mías).

4. El poeta Saint-John Perse odiaba los libros. Cuando su familia se mudó a Francia de las Antillas en donde Perse había nacido, pusieron en baúles los libros de la biblioteca

familiar; éstos no fueron inmunes a la tremenda humedad del viaje trasatlántico y cuando los abrieron en tierras francesas, aquel acervo estaba convertido en un repulsivo amasijo pulposo del que el futuro poeta apenas pudo rescatar, con mano trémula, alguna página de Baudelaire. Desde entonces, y a lo largo de su vida, tuvo aversión por los libros. Él, que escribió algunos de los más bellos de la poesía moderna.

5. El poeta Francisco de Quevedo leía mientras comía —echaba mano de atriles a modo— y lo hacía también en la cama. Sabemos esto último por el testimonio de su sobrino, Pedro de Alderete, y de sus demás biógrafos. Lo que sí sabemos es que en su casa de campo en la Torre de Juan Abad (“secreto seguro”, que diría su admirado fray Luis de León) se dedicaba a leer con fervor. Su amigo, confidente y editor Jusepe González de Salas recibió en los años últimos de la vida de Quevedo aquel soneto que comienza “Retirado en la paz de estos desiertos”, elogio formidable de la lectura, que de veras me sorprendió no ver citado en las páginas del libro de Alberto Manguel titulado *A History of Reading*, que leí en dos tardes maravillosas en el canadiense Centro Banff de las Artes, en el estudio Evamy. También releí en medio de ese bosque el libro de los pensamientos del emperador Marco Aurelio “dirigidos a él mismo”, uno de mis clásicos íntimos, donde aquel poderoso seguidor de los estoicos te aconseja: “echa de ti esta sed de

libros, a fin de que no mueras rezongando, sino de buen semblante y agradecido en tu corazón a los dioses”. Es la traducción de Antonio Gómez Robledo, otro de mis ídolos.

6. Durante muchos años, demasiados, le tuve mala ley a los libros de la colección *Sepan Cuantos* de la editorial Porrúa. No me gustaban ni el papel ni el diseño ni las dos columnas tipográficas; ahora eso ha cambiado: no me pongo a buscar un libro que me interese —si es “de la batalla pasada”— sin consultar antes la lista de *Sepan Cuantos*. Además, en un mercado de viejo de Puebla, en la Plazuela de los Sapos, adquirí no hace mucho unos manuscritos del siglo xvii —documentos de compraventa, escritos con una hermosa letra llamada “notarial encadenada”— que comienzan con las palabras que le dan nombre a esa colección: “Sepan cuantos”.

7. Procuero, siempre que es posible, adquirir libros en inglés en el original; contra lo que se piensa, suelen ser más baratos que las traducciones al español; hago algo parecido —es decir, recurrir al inglés— con idiomas que me resultan ajenos por completo, como el sueco: algunos de mis libros de Henning Mankell los tengo en las económicas ediciones de Vintage, no en las carísimas de Tusquets.

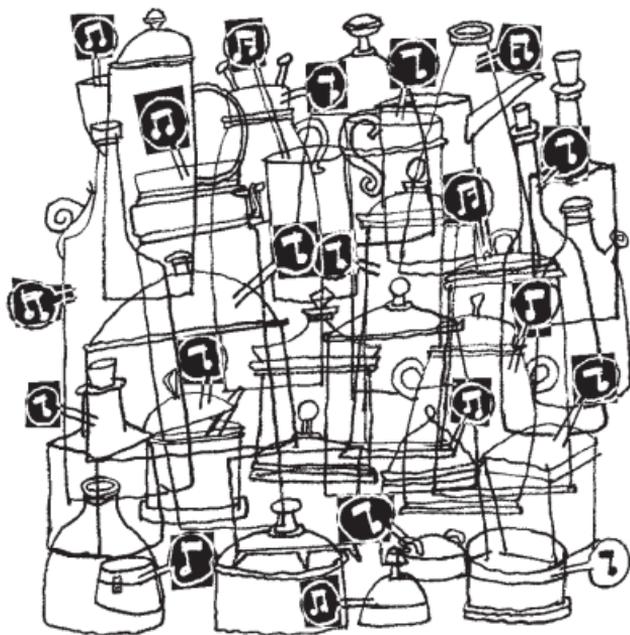
8. Dámaso Alonso elogió al Gran Lector, Marcelino Me-

néndez Pelayo, en estos términos imborrables: lo llamó “simún de los lectores” y “sahara de los polígrafos”.

9. Cada libro leído, dice Michel Tournier en *El vuelo del vampiro*, se lleva con él algo de nosotros. Como un vampiro que hubiese extraído linfas y recuerdos, un libro leído cierra sus alas-páginas y se va. Es como el tiempo en aquella décima que concluye de esta manera: “tú eres, tiempo, el que te quedas,/y yo soy el que me voy”. Así los libros: se van y nosotros nos quedamos para leer, re-leer, hacer proyectos utópicos de lectura (imposibles de cumplir). Pero también para recordar los que leímos, y para olvidarlos y para pensar que el vicio impune siempre tendrá sus adictivos materiales no lejos de nuestras manos, de nuestros ojos, de los días que se van —cerrándose como páginas— mientras nosotros nos quedamos aquí, cada vez más miopes, cada día menos jóvenes.

EL RECINTO DEL CAOS

Federico Álvarez



correr de los años, he pensado más de una vez en imitarlo, pero sin acertar a saber ni siquiera por dónde empezar. Más recientemente mi sabio y admirado amigo Miguel León Portilla me hizo llegar una porción de libros de su biblioteca que su esposa y también excelente colega y amiga, Ascensión, me explicó como el resultado de un drástico desahogo espacial que en modo alguno tendría que agradecerles. Pero el problema es que un profesor no sabe nunca qué libro va a necesitar mañana para una clase, para una mesa redonda, para una ponencia, para... cuando presto un libro lo veo marchar con indecible angustia pensando en si no lo echaré de menos al día siguiente. ¿Cómo describir, pues, mi biblioteca? En un cuarto, el de la computadora, tengo los libros mexicanos, latinoamericanos y españoles; en otro, “la biblioteca” propiamente dicha, los libros de ensayo, teoría de la literatura, filosofía, historia; en el pasillo, novelas, poesía; en la sala diccionarios y libros de consulta, colecciones de la UNAM y un nutrido librero de obras cubanas. Todos hasta el techo. en el dormitorio tengo un pequeño librero de cinco baldas clavado en la pared, que generosamente podría considerarse de estilo *Chippendale*, donde hay un conjunto heterogéneo de libros sin parentesco. Algunas primeras ediciones bien conservadas, alguna linda encuadernación, obras dedicadas, viejos libros ilustrados, obras “de cabeza”..., todo mezclado: *La arboleda perdida*, el *Canto general*, *Cándido*, de Voltaire, el *Infierno*, traducción de Mitre,

los primeros libros de León Felipe (algunos anotados por él), *La pipa de Kif*, *Obermann* (precioso libro sobre el que siempre quiero escribir y nunca lo hago), *Juan de Mairena*, la vieja *Histoire romaine*, de Malet & Isaac, las *Cien mejores poesías mexicanas*, de Castro Leal, al lado de las españolas de Menéndez Pelayo, y hasta un divertido libro francés ilustrado de *Grandes inventions...* Me gustan los libros ilustrados. Conservo como un tesoro el *Matias Sandorf*, de Verne, que leí de niño, en aquellas ediciones de Jubera (tenía muchas) con estupendos y numerosos grabados en madera.

A veces me han hecho la pregunta sempiterna: “¿Y usted se ha leído todos estos libros?” Contesto paciente-mente que no los he leído todos, pero a todos los conozco (además, ¿quién no ha leído muchos otros libros que no están en la biblioteca personal?). No pongo un libro en un anaquel sin haberlo antes hojeado, revisado los índices, subrayado algún término, anotado algo en la falsa final. Soy de los que, como Francisco Romero, el maestro argentino, prefieren los libros con márgenes amplios y unas cuantas páginas en blanco al final. ¿Dónde, si no, discutir con el autor? Los libros son instrumentos de trabajo. Se subrayan parcamente (incluso las novelas), con el mayor tino de que uno sea capaz y con un lápiz que hiera lo menos posible el papel (tengo amigos muy admirados —no digo nombres— que subrayan y marginan con pluma estilográfica y regla, y otros que lo hacen con un grueso

lápiz rojo en trazos en los que se ve el ímpetu inteligente y la determinación); se escriben palabras al margen, abreviaturas codificadas personalmente, admiraciones, interrogaciones, líneas verticales; a veces una admiración y una interrogación juntas que quieren decir, con indudable petulancia: “¡dios mío, cómo es posible?”. Y, como quien organiza un tesoro, se va apuntando en las blancas finales un índice de materias propio.

Es evidente que un libro así subrayado y anotado se devalúa, y, pensando en mis hijos y en el día que hereden mi biblioteca, estoy poco a poco encuadernando muchos volúmenes tratando de darles un valor adicional. No todos; hay libros que es un pecado encuadernar. Recuerdo que, hace muchos años, cuando se trató de evaluar la biblioteca de mi suegro Max Aub, poco después de su muerte, pedí auxilio a diversos amigos (y aprendí mucho). Recuerdo que José Luis Martínez, amante fervoroso de los libros y poseedor de una de las más asombrosas bibliotecas que he conocido (otros: Alí Chumacero, Andrés Henestrosa), después de ver y rever aquellas ristras de lomos conocidos, me dijo con sabiduría salomónica: “Separa los cien libros excepcionales que hay aquí. Los demás, 30 pesos los que están en rústica y 100 los encuadernados.” Me pareció de una cordura paradigmática y por eso encuaderno mis libros con cierta perseverancia (la que me permiten mis dineros), y tengo un encuadernador generoso, meticulado y fiel que, por supuesto, se ha convertido en mi amigo. Pero

no hay bien que por mal no venga, y las encuadernaciones están apretando las estanterías y los libros que tan bien conocía por el lomo se me pierden. ¡Ay, la biblioteca! Es como aquel joven del cuento de Chéjov que, de visita a un pueblo en día de feria, le toca en una rifa una hermosa vaca lechera de la que, llevada atada con una soga, todavía a altas horas de la noche, dando vueltas por el pueblo, no sabe cómo deshacerse. Cuando me jubile, cuando deje de dar clases y empiece a escribir mis memorias (es sólo un modo de hablar) voy a hacer una fabulosa regalada de libros. ¡Qué maravillosa biblioteca de 500 volúmenes —Goethe no tenía más en Frankfurt— voy a tener entonces!

LECTURAS CERVANTINAS

Sergio Fernández



Se me pregunta sobre la relación que he mantenido con el *Quijote* a lo largo —yo diría un trecho largo— de mi vida. No es fácil responder porque las lecturas, como los recuerdos, van apelmazándose en el tiempo. ¿De qué lectura hablaré? Creo que de varias.

A la primera, a la que llegué con temor, fue una lectura trunca y por ello a la postre dolorosa. Simplemente paladeé la anécdota marginando todo lo demás. Por otra parte, a todo lector *amateur* deberá ocurrirle lo mismo, lo cual es el gran encanto del libro de Cervantes pero uno se empecina y en seguida, como en mi caso, se pasa a otras lecturas siempre equivocando la vereda, destanteado. Y, es que Cervantes, por decirlo así, nos lleva de la mano por una misteriosa sintaxis que a veces obedece a una lectura horizontal (como cualquier otro libro) y en otras a una vertical, deducida por la variedad de connotaciones que tienen sus palabras, con pesos que caen y se rompen, esparciendo su deleitoso jugo, no sin residuos de amargura. Joyce hace lo mismo, tal vez aprendiéndolo de Cervantes,

que entra por todos los resquicios, como el agua o como la humedad. El trabalenguas interior que el lector tienen se debe a múltiples factores: además del número “n” de narradores que hay en la novela, existen Cide y los innumerables ingenios de la Mancha que en sus archivos guardan las nuevas noticias que del caballero reciben. Esto, asentémoslo de una vez, hace del texto algo interminable.

Pero cuando Cide Hamete escribe el texto, otro narrador (que no es Cervantes) captura al arábigo encomiéndolo, por lo que así las cosas tenemos una criba, es decir, una lectura superpuesta a la otra porque el primer texto ha dejado al de Cide entrar por su propia casa. Y como el mentís es en Cervantes un recurso acusado, puede arrepentirse y declarar apócrifo un capítulo entero, si le viene en gana, así como lo hace con una variedad de objetos poéticos cuya existencia es ya virtual o real. El mejor ejemplo es el de Aldonza-Dulcinea, la única amada invisible en el universo de las letras y fuera de ellas, por eso lo permanente del amor es un caso exclusivo entre ella y el caballero de la triste figura.

Con el tiempo, y a través de múltiples lecturas, me acostumbré a la falaz facilidad de la prosa quijotesca, ya que otras de Cervantes lo son menos o simplemente diferentes. La metáfora o la imagen son recursos poco usados ya que el libro todo es una metáfora del arrepentimiento, porque llega a aseverar —así se las gasta el escritor— que el *Quijote* no está escrito. Como cito de memoria, lo hago

sin comillas: ¡quién será aquél que algún día llegue a escribir las hazañas de tan memorable caballero! Por eso sus trucos no tienen fin, ni fin tendrán ya que la posteridad no admite remiendos. No está escrito el libro —repito—, porque no hay grandeza de pluma para él.

Llegué a Cervantes después de años de impartir el curso monográfico de Literatura de los Siglos de Oro, empezando con la tan medieval y contemporánea *Celestina* hasta el teatro de Calderón. Un curso así implica el esfuerzo de lecturas múltiples, de fray Antonio de Guevara a Quevedo; de Luis Vélez de Guevara a las *Novelas ejemplares*, de fray Luis de León a Góngora. Todo por la golosina de leerlos y al propio tiempo de tantear mis terrenos antes de acceder al *Quijote*.

Los clásicos dan miedo, tal vez porque nos envuelve su ser contemporáneo, dejándonos al descubierto como la confesión a un penitente católico. Hace algunos años quise sacarle provecho “por escrito” a las enseñanzas que me dio don Quijote. De ello salió un prólogo para una edición que hizo Francisco Trillas para su colección La Linterna Mágica. Luego a él mismo le pedí una dispensa para publicar ese trabajo independientemente del texto del *Quijote*. Lo hice a través de la UNAM y resultó una edición de lujo, con las bellísimas ilustraciones de Fernando Leal Audirac, talentoso pintor mexicano que vive en Milán.

Pero como todo tiene un precio —y el gran tema de

Cervantes es la enfermedad, en su caso la locura— sin hipérboles me volvió loco, tanto, que por algún tiempo desistí de la tarea. Al retomarla me di cuenta de que con los genios uno no debe intentar saquearlos; basta con explicarlos, porque, en el caso de los barrocos, a veces resultan casi ilegibles, como el jesuita Baltasar Gracián, quien necesita admitirnos para acomodarnos entre sus filosas palabras que encierran, como fruto, una sabiduría de vida. El pago que me cobró Cervantes, créase o no, fue haber perdido, en ocasiones, la memoria, de lo que me quejo a medida que pasan mis días. Sea como fuere siempre sigo acercándome a Cervantes, pero ahora con muchas precauciones. Un tío mío diariamente caminaba en Valle de Bravo por el extenso corredor de su casa leyendo el *Quijote*. Yo, a veces, me le adosaba, de lo cual deduzco que la “magia simpática” es cierta: debido a la cercanía de mi tío “contraje” el privilegio de leer a Cervantes, a quien agradezco que, después de sus lecturas, otros sean la vida y el mundo para mí.

¿SE PUEDE LEER Y PENSAR?

Hernán Lara Zavala



No hace mucho, saliendo de la feria del libro de Montetrey, tomé un taxi y le pedí que me llevara al aeropuerto. En el trayecto el chofer, luego de cerciorarse de que había yo participado en las actividades la feria, se atrevió a preguntarme: “Perdone, usted que se dedica a eso de los libros, siempre he querido saber: ¿se puede leer y pensar al mismo tiempo?” Mi reacción casi inmediata fue decir que no, pero luego de pensarlo un poco contesté: “En eso consiste precisamente el proceso de la lectura: mientras uno lee evoca, siente, imagina, pero sobre todo piensa y reflexiona.” Al bajarme del auto le dejé uno de los libros que llevaba conmigo —el que consideré que más podría interesarle— con la esperanza de que al llegar a casa se lanzara a corroborar en carne propia la sutileza de su pregunta. Esa breve anécdota me condujo a otra reflexión: quienes ya adquirimos el hábito de la lectura damos por sentado sus beneficios sin cuestionarnos sus causas y motivaciones, así que haciendo un poco de memoria me planteé la siguiente pregunta: ¿cuándo tuve mi primera

revelación realmente gozosa al leer un libro? Los libros de la infancia, importantes como son, me dieron mucha alegría, qué duda cabe, la del entretenimiento, pero no la conciencia del placer de la lectura y mucho menos la de estar frente a un libro que, construido a partir de palabras, fuera capaz de despertar en mí una curiosidad y un sentimiento de insospechado deseo, algo que, luego descubriría, se define, si se quiere de manera un tanto pedante, como una revelación. La conciencia plena de este tipo de goce la fui descubriendo paulatinamente en diversos ámbitos a lo largo de mi vida: primero en los deportes, luego en el cine, en la música, en el amor, ¿pero en la lectura? Me acordé que al inicio de *Alicia en el país de las maravillas* la protagonista comenta que está aburrida porque su hermana le está leyendo un libro que no tiene ni ilustraciones ni diálogos, “¿y qué sentido tienen los libros sin ilustraciones ni diálogos?”, se pregunta la niña antes de evadirse en sus propias ensoñaciones que son las que constituyen las aventuras que nos narra la novelita. Haciendo pues memoria, recuerdo haber cogido un día un libro de manera un tanto azarosa y encontrar las siguientes palabras que incidieron directamente en mi inconsciente y me impulsaron a seguir la lectura creando en mí una rara sensación de nostalgia, de soledad, de curiosidad, de intensidad amorosa y de asombro ante un mundo totalmente extraño al mío pero tal vez por ello mucho más atractivo y fascinante: “Otra vez hay mar gruesa y el

viento sopla en ráfagas excitantes [...] Me he refugiado en esta isla con algunos libros y la niña, la hija de Melissa. No sé porqué empleo la palabra refugiado. Los isleños dicen bromeando que solamente un enfermo puede elegir este lugar para restablecerse. Bueno, digamos, si se prefiere, que he venido aquí para curarme”.

Para mi fortuna, luego de esa primera revelación he encontrado muchísimos libros a lo largo de mi vida que me han vuelto a despertar esa extraña fascinación —incluyendo el de Alicia— y que, mientras los leo, me hacen anhelar que nunca se acaben, y que me han llevado literalmente a aplaudir al terminar mi lectura. A eso debe referirse Borges cuando afirma que no hay que obligar a nadie a leer en tanto que la lectura es una forma de la felicidad y, como dice él mismo, “que yo sepa a nadie se le puede obligar a ser feliz”.

Pero la lectura es una extraña forma de la felicidad porque casi nada de lo que nos gusta a los lectores más o menos experimentados es optimista o edificante sino más bien al contrario. Muchos de los libros que nos llaman la atención son de carácter trágico, pesimista, oscuro y reflejan un franco descontento con el mundo que vivimos; sin embargo, los disfrutamos y los amamos. ¿Por qué? Todos sabemos que los buenos sentimientos hacen mala literatura. Pero entonces, ¿por qué nos deleitamos con obras como *Anna Karenina* y *Madame Bovary*, como *El gran Gatsby*, *El retrato de Dorian Gray* o incluso el mismísi-

mo *Quijote*, donde hay más desilusiones que ilusiones y donde los protagonistas nunca salen bien librados? A esa manera de aprender a través de la adversidad, el poeta inglés John Keats le llamó *negative capability*, implicando con ello que somos capaces de identificarnos con la parte falible de los héroes y heroínas a pesar de darnos cuenta de que están cometiendo errores, errores crasos en los que cualquiera de nosotros es susceptible de caer y que, al experimentarlos a través de la magia de la lectura, se convierten en conocimiento del mundo. Esos errores nos sirven de parangón y de catarsis y alivian nuestro paso por la vida haciéndonos sentir menos solos. La lectura, y muy en particular las novelas, nos producen placer porque es lo más parecido a la vida que podemos experimentar: a través de ella logramos vivir infinidad de realidades ajenas a la nuestra, con la misma intensidad, con las mismas contradicciones y con la misma incertidumbre. Acaso por ello a mí me gusta afirmar que la literatura es una de las pruebas innegables de la existencia de dios.

“El límite de mi mundo es el límite de mis conceptos”, dice el filósofo Ludwig Wittgenstein. ¿Hay verdad más elocuente que esa breve frase para reflejar los beneficios de la lectura? Los aztecas o los mayas no tenían el concepto de caballo, ni el de armadura, carabela, mosquete o cañón y por consiguiente su mundo era, en términos de guerra, mucho más constreñido que el de los españoles. De igual manera quien no ha pensado y reflexionado so-

bre los conceptos del amor, de la compasión, de la ternura, del honor, de la lealtad, del valor, del sufrimiento, del miedo, del dolor, de la locura, de la amistad, del agradecimiento, de la esperanza y de la muerte, aunque los haya sentido, no tiene su mundo bien prefigurado en tanto que no ha integrado esos conceptos a su conciencia. Por eso, si vuelvo a la anécdota del taxista de Monterrey, reitero que no sólo se puede leer y pensar simultáneamente sino que se debe leer para poder pensar, sentir y vivir con mayor conciencia de lo que somos y también con mayor intensidad.

EXTRAVÍOS

Gabriel Zaid



Mi biblioteca está formada de libros que pienso leer. Los libros que ya leí o que ya no leí (después de un tiempo razonable) los regalo. Por eso he tenido muchas bibliotecas, y en realidad ninguna. Tengo una colección cambiante de esperanzas de lectura.

Hay quienes sueñan con tener detrás una biblioteca impresionante, para fotografiarse, para las visitas, para que se defiendan (o peleen) las viudas y los hijos. Hay quienes sueñan con estar de vuelta de haber leído todo, o cuando menos las lecturas obligadas. Más de uno ha fantaseado con algún nuevo método, que permita ponerse los libros sobre la cabeza, para absorberlos por transmisión directa al cerebro.

Quizás algún día los libros se puedan inyectar. No estaría mal, para volver innatas las tablas de multiplicar, el directorio telefónico, las fechas históricas, los diccionarios, los idiomas, los clásicos, los autores de moda, los trofeos que demuestran que uno ha viajado. Pero yo sueño con viajar.

Mi sueño es desmesurado. Tener todo el tiempo del mundo para leer sin que me interrumpen. Viajar sin fin por la biblioteca de Babel. Perderme entre las selvas de libros y más libros como palmeras, como oleajes, como pájaros. Aventurarme en la maleza de párrafos interminables con garabatos espinosos, el piquete feroz de alguna errata, la resina de tintas olorosas en el guayabo del saber, el rumor atrayente de un argumento que no se sabe a dónde va, que desemboca en la felicidad de una playa inesperada. Alcanzar las sirenas dichas en lo suyo, que sin embargo cantan para mí. Olvidarme, dejando mi cuidado entre los líquenes indescifrables.

La librería de Polito, formalmente llamada Libros Escogidos, era un establecimiento de compra y venta de libros viejos y nuevos, situado primero en el número 17 de la avenida Hidalgo, de donde luego pasó al 96, también frente a la Alameda Central, y cuando a finales de los años setenta la piqueta empezó a asesinar aquella manzana de viejas casas para que fuesen remplazadas por feos edificios oficiales, la librería emigró con libros y polvo y polilla a costas a un rumbo mucho menos céntrico, instalándose en el 112 de la calle de Carpio, frente a otra alameda, la de Santa María la Ribera. Allí resistió su veloz decadencia persistiendo en una tertulia que iba haciéndose rara y rala.

La librería, en cualquiera de sus tres rumbos, no hizo ricos a los Duarte padre e hijo, Leopoldos los dos. Leopoldo hijo, para sostenerla heroicamente tras la muerte del padre, se resignó a labores suplementarias y más o menos burocráticas (creo que fue hasta censor de películas para Gobernación, los dioses lo perdonen). En el tiempo de su apogeo, en la segunda etapa frente a la Ala-

meda, entre el final de los años cincuenta y unos años setenta muy avanzados, la librería podía, según el ánimo con que amanecía Polito, estar abierta o cerrada durante los días de entresemana, pero en las mañanas sabatinas, a partir de las diez o las once, se abría infaltablemente para recibir a los amigos, los lectores, los bibliófilos, los escritores y los meros aficionados a la charla y a la chismografía más o menos culta.

En esas mañanas se formaba en pie ante el mostrador una sesión abierta de tertulianos asiduos o eventuales de diferentes generaciones, de diversos apegos literarios, vicios privados y virtudes públicas. Así, Simón Otaola chisporroteaba en juegos de palabras, en anécdotas de la guerra de España y del exilio, en nostalgias de bilbaíno con vocación madrileña; Raúl Renán ya se cultivaba la barbita y fraguaba sus bonitas rimas dedicadas a las “las lunas gemelas”, es decir las nalgas (femeninas); el poeta José Carlos Becerra imitaba algún gesto de su idolatrado Humphrey Bogart o glosaba un verso “barroco y cristalinó” de Lezama Lima, mientras a su vez su cuate el cuentista Juan Manuel Torres tomaba poses a lo James Dean o Ernest Hemingway, a escoger; el poeta Carlos Isla ofrecía sus plaquettes de poesía, la suya y la de otros autores jóvenes, impresas en *xerox*; Francisco Sánchez, crítico de cine, sacaba del bolsillo, como de una playa portátil, una concha o un caracol de mar; Francisco Cervantes citaba, viniera o no a cuento, “sus” poetas portugueses y otor-

gaba diplomas de pendejez a la humanidad en general y a algunos especímenes con nombre y apellido; Francisco Hernández, poeta, se disimulaba tras una personalidad de fan del fútbol o del beisbol, no sé, pero su cachucha era de beisbolero; Gerardo de la Torre, que era él solo toda la base obrera del Partido Comunista, rumiaba ya sus enérgicos cuentos vividos por sus “viejos lobos de Marx”; Otto Raúl González palindromizaba con fácil perfección, y, en fin, *last but not least*, a veces se aparecían Juan Rejano, Alí Chumacero, Alberto Isaac, Andrés Henestrosa, Alfredo Cardona Peña y algunos otros que la memoria por el momento no colecta. Y yo solía quejarme de que rara vez se aparecía por allí una dama, aunque fuese escritora, y de que por lo tanto éramos un involuntario aunque objetivo y tenaz Club de Tobi (*cf.* las historietas de *La pequeña Lulú*).

En Libros Escogidos lo de menos era vender libros. Allí se hacían y deshacían teorías literarias, artísticas, eróticas o futbolísticas o del mundo y de la vida en general, y se engendraban, vehiculaban, mejoraban o empeoraban las anécdotas y habladurías del ámbito de los intelectuales y los literatos. Alguna vez hubo discusiones encrespadas y hasta alguna rencilla, algún conato de trifulca, pero la tertulia mantenía siempre la cálida convivialidad, el buen humor, el humor negro y ese arte hoy en decadencia: la charla anecdótica. A las dos de la tarde algunos nos íbamos a casa a comer y otros continuaban e intensificaban

la tertulia en la cantina más a mano: El Golfo de México, que estaba a la vuelta, ¿en la calle de Soto?, y donde, ya asistido de una primera cerveza, Juan Manuel Torres los esperaba impaciente.

Debo decir que tanta era la pasión de Polito por la tertulia en su librería que los “forasteros” que el sábado intentaban comprar un libro nunca lograban su inadmisiblemente propósito: en el caso raro de que Polito les concediera alguna atención, era para remitirlos a cualquier establecimiento de la competencia; y solía ser cortés, pero si se trataba de algún novelón de moda o de un manual de contabilidad o un libro “de texto” (¡pero todos los libros son “de texto”!), era como si le pidieran marihuana o condones, y decía, sin volver el rostro: “Aquí no hay de *eso*”. En cambio, si a veces intuía un buen lector en un “forastero”, era capaz de adentrarse en el monstruoso, oscuro, húmedo vientre de la trastienda (donde sólo entraba él y donde se dice que se pudría el cadáver de un lector omnívoro que alguna vez se había arriesgado a explorar aquello) y salir acaso trayendo en las manos la joya bibliográfica o la edición ya inencontrable o la obra de un autor injustamente desconocido u olvidado. (A mí me consiguió los *Cuentos de un soñador*, de Lord Dunsany, editado por Revista de Occidente, y *Del tiempo y del río*, de Thomas Wolfe, por Emecé). Además Polito era la providencia de amigos que, en alguna racha de miseria, esa mala costumbre de los literatos, le vendían sus libros, sabedores de que podrían

un día rescatarlos al mismo precio, pues Polito los guardaba en una recóndita vitrina donde no los asaltaba ni el polvo.

Hoy la librería de Polito, para siempre cerrada en los años ochenta, ya sólo existe en la nostalgia de los pocos sobrevivientes de su fiesta sabatina. Ya no es ni un fantasma de librería en la ciudad tan pobre en librerías.

¿CÓMO LEO?

Julieta Fierro



Leo mal, pero me encanta.

Me costó muchísimo trabajo aprender a leer. Cuando finalmente lo hice caí en la cuenta de que es una de las cosas más extraordinarias de la vida, que permite viajar por los multiversos del conocimiento. (El tecnicismo viene de la palabra que se usa ahora en cosmología para referirse no sólo al universo del que forma parte la Tierra y por supuesto nosotros, sino al conjunto de universos que existen de manera paralela al nuestro que evolucionaron antes y lo harán en el futuro.)

Regresando a la lectura, como para mí fue un esfuerzo enorme iniciarme en las letras, me doy cuenta de que se les puede dificultar a otras personas, por eso me preocupa tanto que en el sistema escolarizado no siempre se enseña a leer con paciencia, tomando en cuenta las dificultades del otro y sobre todo procurando que sea de manera placentera. Pienso que existen maneras de enseñar a leer para el disfrute y el acceso a la cultura por toda la vida, en varios idiomas a la vez; es cuestión de entrenar a los

maestros, proporcionarles suficientes materiales didácticos, eliminarles burocracias innecesarias y pagarles bien. Por supuesto también sería necesario hacer una reforma educativa donde se ponga menos énfasis a la información y más en la formación.

¿Cómo leo ahora?: acostada. Me gusta ponerme en la cama con dos almohadas en la espalda y una sobre la panza (que ha crecido tanto que tal vez en el futuro ya no sea necesaria la prótesis de plumas). Tengo una lámpara en el buró y por fortuna todavía no necesito lentes para leer, así que me acomodo muy bien. La almohada de la panza es para sostener el libro a la altura justa y para darme calorcito. Cuando la lectura es apasionante, si me canso de esa posición me coloco boca abajo, o me voy a la sala y me siento en la mecedora, o sobre un sillón, recostada, subiendo las piernas en el respaldo. Si es día de leer me pongo la pijama, si hace frío agrego calcetines, bata y una cobija.

No escribo sobre mis libros, siento que los daño. No me gusta leer donde hay ruido, por eso pienso que las bibliotecas públicas deben contar con cubículos para la lectura individual. También procuro escribir cédulas museográficas cortas y con letra grande, porque me desagrada leer entre bullicio y de pie.

A la hora de decidir qué leer, me debato entre múltiples antojos y obligaciones. Procuro alternar. Estoy suscrita a dos periódicos, *La Jornada* y *Reforma* (de éste leo

la sección cultural). Recibo *Letras Libres* y varias revistas de divulgación de la ciencia, las que más me gustan son *Scientific American* y *Science News*. Me doy cuenta de que invariablemente voy postergando los textos que tengo que leer por obligación. El género que más disfruto es el de la novela, alterno textos en inglés, francés y español. Procuro comprar y leer los libros de los premios Nobel para tener una visión más integral de la literatura mundial (no digo universal por aquello de que algún día espero que descubramos extraterrestres alfabéticos). También me agradan los relatos históricos y, por supuesto, la ciencia.

Compro muchos más libros de los que puedo leer, así que tengo libreros llenos de tentaciones. He procurado acomodar los libros en orden alfabético. Un día, por darle una sorpresa a un enamorado, saqué cientos y los puse verticales, en fila, decoré todo con velas y flores, para que tirara uno y se cayeran todos los demás, uno tras otro. Fue muy bonito, pero como hubo que desordenarlos para que funcionara el espectáculo, así los guardé. Ahora mis libros están en orden experimental o de pasión, como se quiera ver. Después de leer *Memoria de mis putas tristes*, de Gabriel García Márquez, llegué a la conclusión de que debo ordenar mis libros conforme los he leído, pues esta organización ofrece la gran ventaja de recordarme mi propia vida, porque los libros lo siguen a uno y comparten nuestra evolución.

Me desagrada mucho prestar un libro y que no me lo

devuelvan, porque me gusta admirar mis ejemplares aunque sepa que no tendré tiempo de volverlos a leer. Me encantan los libreros hermosos, rebosantes. Me fastidia que me entreguen un libro dañado, siento que es como si me lastimaran a mí. Si me prestan un libro y por alguna razón se maltrata, procuro comprar uno nuevo y devolver éste.

Cada uno de mis libros tiene un *ex libris* con mi nombre: Julieta, el año de adquisición y, por supuesto, el nombre de quien me lo regaló. También tiene su separador: me gustan los del museo Metropolitano, Tane, los de flores y los de arte.

Me gusta ir a las librerías de las grandes ciudades estadounidenses, que cierran hasta muy tarde, y donde hay varios pisos de libros. En muchas ocasiones he tenido que comprar una maleta adicional para poderlos transportar. Siento mucho que instituciones como la UNAM no tengan librerías de estas proporciones, donde además haya discos, revistas, sitios agradables y amplios para tomar café, presentar libros y leer, leer y leer. En México suelo ir a las librerías del Fondo de Cultura Económica. No me gusta ir a Gandhi, aunque voy, porque los empleados no siempre son amables. También compro libros en Amazon. Evito las ferias del libro porque me agobio, aunque asisto con gusto a presentaciones y a impartir conferencias.

He regalado muchos libros leídos; los de ciencia a mis alumnos, antes de que se hagan obsoletos, otros a bibliotecas. Por ejemplo, algunas de las novelas que compro du-

rante mis viajes, y que no pienso volver a leer, las dono a la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, pues he oído que no siempre cuenta con suficientes novelas contemporáneas. Compró libros de ciencia para darlos en los programas de radio que conduzco. También obsequio libros a mis empleadas domésticas, así como a sus hijos, nietos y bisnietos. Me gusta regalar libros a quienes quiero con la esperanza de que disfruten las lecturas tanto como yo.

RATA DE LIBRERÍA

Rius



Puedo decir sin exagerar que hasta que llegué a la mayoría de edad, que dicen empieza a los 18 años, tuve acceso a los libros. Antes, me la pasé encerrado en un seminario salesiano estudiando para obispo, sin libro que leer. Fuera de algunos de Julio Verne, debidamente censurados por el fundamentalismo católico, nada leí. Incluso los de Verne no los leía personalmente, pues alguien los leía en voz alta a la hora de la comida, mientras nosotros en silencio intentábamos un milagro: entender lo que nos leían y dar cuenta de la sopa de fideos. No se puede decir, pues, que leía a Verne.

Saliendo del seminario, donde toda lectura no aprobada por los padrecitos estaba prohibida, tuve la oportunidad de entrar a trabajar —como telefonista— a la funeraria Gayosso, que por suertísima se ubicaba en la avenida Hidalgo, detrás de Bellas Artes, y —esto es lo más importante— era vecina de una librería que, después supe, jugó un papel muy importante en la formación de escritores mexicanos. Me refiero a la Librería Duarte, donde Polo Duarte y su

papá, refugiados republicanos españoles, habían creado una pequeña librería de segunda mano. A Polo Duarte le echo la culpa de haberme vuelto adicto a la lectura. Por su culpa he llegado hasta a robarme un libro (uno, y no lo he vuelto a hacer) de una librería que estaba en plena Alameda y que creo que se llamaba Librería de Cristal. Y me lo robé, nuevecito, porque en esos tiempos andaba yo peleándome con los centavos necesarios para comer y pagar la renta. Etcétera.

Volviendo a Polo Duarte. Vecino de la librería, contaba yo en la funeraria con exceso de tiempo libre (iba a decir “muerto”), que pasaba haciendo dibujitos sin relación alguna con la caricatura, resolviendo crucigramas o leyendo. Con Polo llegamos a un acuerdo: él me recomendaba qué leer, me vendía el libro, pero tenía yo “derecho” a cambiarlo dos veces por el mismo precio. Con esas facilidades de pago me convertí en un voraz lector. Gracias a Polo Duarte conocí y disfruté kilos de libros de autores totalmente desconocidos para mí. Supe de John Steinbeck (leí todos sus libros y todavía conservo uno muy poco conocido: *En lucha incierta*, que se ocupaba de las andanzas de un agitador comunista en la época de la depresión. Formidable libro. Tengo entendido que el gobierno del DF lo regaló en esas colecciones de libros que coordinó Taibo II hace algún tiempo). Y junto con Steinbeck aprendí a leer a Faulkner, Dos Passos, Caldwell, hoy casi desconocido, Sinclair Lewis, Jack London, Howard Fast, Hemingway

no se diga y William Saroyan, uno de mis favoritos de esos años cincuenta.

Ya encarrerado en esta lista de mis primeras lecturas, no quiero olvidar la lectura de libros de humor, fundamentales para mi futuro trabajo. Descubrir, por ejemplo, a Rubén Romero y su Pito Pérez, el mejor cronista de las costumbres michoacanas; Jardiel Poncela, el español que se reía de dios, Chesterton y Jerome K. Jerome, junto con Pitigrilli, Mosca y otro italiano del que olvido su nombre, que hizo un librito llamado *Si la luna me trae fortuna*, que formaban parte de una colección de humor titulada El Club de la Sonrisa. No puedo dejar a un lado a los infaltables de esos años: Hermann Hesse y Curzio Malaparte.

Con los Duarte conocí a Juan Rulfo, Alejo Carpentier, Romain Rolland, al maese Voltaire, al otro ateazo que fue Bertrand Russell, que inició mis coqueteos con el ateísmo, junto con Marx. Imposible olvidar la lectura de Kazantzakis, Panait Istrati, Jorge Amado, Virgil Georgia (que la máquina ésta insiste en escribir como Georgia y no con u: Georgiu) o Hamsun, Selma Lagerloff y Bertold Brecht, que la máquina quiere a fuerza escribir como *brecha*, ¡computadora ignorante de mis favoritos! Hay muchísimos que leí, pero que no acabaron de gustarme y no los conservé. O se los volvía a cambiar a Polo por otros más atractivos y nuevos para mí. Por eso digo hoy que Gayosso fue mi universidad y mi kinder al mismo tiempo: ahí aprendí a leer y a disfrutar de la lectura.

Luego, cuando decidí mi vida entre embalsamar muer-titos o hacer monitos en los periódicos, dejé Gayosso, y la funeraria —junto con Polo Duarte— emigró a otros rumbos de la ciudad, al ser demolidos los viejos edificios de la avenida Hidalgo para dar paso al Teatro Hidalgo del IMSS. Mi nueva profesión me hizo perderle la pista a Polo y dedicarme a buscar otra clase de libros que no tenían los buenos cuates refugiados: libros de caricatura. Es un gé-ne-ro que rara vez se encontraba en las librerías. Nadie vende —casi todavía— libros de humor gráfico. Y era una verda-dera monserga llegar a las antiguas librerías —mostrador de por medio— a pedir un libro de Steinberg o de los nuevos franceses como Bosc, Chaval, Dubout o Henry. Ni los conocen ni conocían. Polo Duarte me proporcionó el primer libro que hubo de Steinberg: *Todo en línea*. To-davía lo conservo.

Si hoy es difícil conseguir libros de caricatura, en aque-llos años era imposible. Cuando trabajaba en las publica-ciones de *Excélsior*, junto al periódico en Paseo de la Re-forma estaba la Librería Francesa. Ahí, a precios de oro, se podían conseguir los libros de los moneros franceses que vinieron a cambiar la caricatura, junto con Steinberg. Arrancado siempre, seguí leyendo y buscando libros en las tres o cuatro librerías de usado que llenaban la avenida Hidalgo. Por esos años, 1961 creo, se abrió en la ciudad la primera librería *moderna* en México: Zaplana. En pleno San Juan de Letrán, entraba uno a un enorme galerón

lleno de mesas atiborradas de libros. Por vez primera podía uno ver personalmente los libros, sin necesidad de pedirlos al dependiente con el mostrador de por medio. Ahora, en Zaplana, podía uno hojear el libro, medio leer su contenido, ver nuevos autores, aprovechar las ofertas de libros, ¡imagínense, oferta de libros! El estilo de librería que puso Zaplana sirvió de modelo a todas las demás. Creo que sólo los Porrúa conservan el viejo estilo, que hace que los lectores tímidos no se atrevan a pararse ni en la puerta... (acabo de enterarme de que hasta Porrúa va a cambiar su estilo).

Con el tiempo, la pasión se volvió adicción. Poco a poco me fui haciendo de una bibliotequita, aunque temeroso de dependerle demasiado, regalo libros que ya no me interesan y me concreto a conservar los que más me gustan. Con el trabajo de la historieta tuve que leer algo más que novelas. En *Los Agachados* tocaba todos los temas posibles o publicables, así que empecé a leer cosas científicas, psicología, muchísimo de religiones (creo que tengo más de cien libros dedicados a la Madre Iglesia Romana), sociología, temas ecológicos, etcétera. Me he tenido que hacer de una biblioteca de consulta, que se usa cada vez más para hacer las tareas de mi hija. Pero sigo buscando y leyendo novelas como loco, descubriendo maravillosos escritores del tipo de Nabokov o Simenon, otros dos favoritos como Kurt Vonnegut, Norman Mailer, Doctorow, Doris Lessing y muchos más que da flojera

escribir, porque mi máquina insiste en borrarlos o cambiarles letras. Espero no lo haga en los casos de Benedetti o Vargas Llosa, García Márquez, Rosa Montero o Jorge Edwards, Bryce Echenique, Horacio Quiroga o Juan Villoro y la gran Poniatowska, de quienes soy fiel seguidor y leyente. Desde luego que se me olvidan un chingo y les pido perdón.

Me despido, no sin antes agradecerle a Mauricio Achar (en paz descanse) sus Gandhi y sus Rebusques, sin los cuales me daría pánico acercarme a las librerías, así como a los libreros que pululan en Donceles, donde siempre encuentro maravillas en las mesas pobladas de ofertas. Muchos libros, claro, se me han perdido. Los presto cada vez igual que siempre, y por lo tanto, igual que siempre, no me los regresan. Otros se han perdido en las mudanzas, y otros más en los divorcios. Me gusta más leer de noche, cuando puedo. A veces me siento mal por quedarme a ver una buena película, pero me consuelo pensando que a veces, muy pocas, una buena película es como un buen libro de novela negra o de aventuras, donde las descripciones literarias no importan tanto. Pero no creo que alguna vez hagan una película con un libro del maestro Cohetes. ¿Cómo que cohetes? ¿&*:%&*! computadora: ¡se escribe *Coetzee*!

Bueno, le corto aquí a la hebra, o voy a acabar peleándome con doña Tecla, mi PC...

DESÓRDENES Y AUSENCIAS

Ruy Pérez Tamayo



Naturalmente, a Karla

1. Hace unos diez años, cuando empecé a no encontrar de inmediato el libro que buscaba en mi biblioteca, decidí solicitar la ayuda de la electrónica moderna y acudí con un buen amigo, experto en computación, con la solicitud de que me recomendara un buen software comercial para clasificar mis libros.

Creo que la razón por la que yo empecé a no encontrar mis libros en mi biblioteca se debió a la suma de dos factores: 1) debido al aumento progresivo (parecía exponencial) en el número de volúmenes que se le incorporaban, que ya habían saturado todos los libreros y se acumulaban en el piso, por lo que decidí sacar el terno y la mesita de sala que había instalado y sustituirlos por tres hileras adicionales de estantes, del piso al techo, dejando espacio suficiente para poder circular de perfil entre ellos. Redistribuí mis libros en el nuevo espacio, pensando que uno siempre puede reconocer a los viejos amigos. Durante un par de años

todo fue felicidad, hasta que un día llegué a mi biblioteca con dos libros nuevos y me encontré con que ya no cabían en donde quería colocarlos, por lo que los puse en otro sitio. Una semana después ya los había perdido, pues no recordaba en dónde los había almacenado. 2) El segundo factor, tiemblo al mencionarlo, se llama Alzheimer. Esto es terrible para alguien que se precia de haber tenido muy buena memoria, pero debo admitirlo: ya no me acordaba bien en dónde estaban muchos de mis libros.

2. Gerardo me hizo un software perfecto y me enseñó a usarlo. Feliz con mi nuevo programa cancelé compromisos y robándole tiempo a otras ocupaciones me puse a ordenar, clasificar y registrar mis libros en la computadora. Como le tenía mucha más confianza al software que a mi memoria, conforme los iba registrando los iba ordenando en los libreros más por tamaños que por materia; en unas vacaciones casi terminé de reordenar todos mis libros de modo de desperdiciar el menor espacio posible en mis estantes. Antes de regresar a trabajar ya no quedaba ningún libro fuera de los libreros (o sea, en el piso, en las sillas, en la mesa de trabajo, en el quicio de las ventanas, etcétera), pero tampoco sabía yo en dónde estaban muchos de ellos; era como si nunca los hubiera tenido.

3. Como el resto de mis ocupaciones no me dejaban tiempo suficiente para continuar haciendo yo la clasificación y

el registro electrónico de mi biblioteca, le pedí a mi buen amigo David Limón que me recomendara a alguno de sus estudiantes que en sus tiempos libres quisiera ayudarme con esa tarea. David me envió a Karla Reyes, una joven estudiante del tercer año de la carrera de médico cirujano en la UNAM. Karla se presentó en mi casa y con toda la frescura y la seriedad de su juventud puso manos a la obra. Llegaba a las 9 de la mañana, justo cuando yo me disponía a ir al mercado, y yo le señalaba en los estantes los libros que debía catalogar y registrar esa mañana. Karla trabajaba en silencio durante tres horas; casi siempre yo estaba de regreso del mercado antes de que ella terminara su mañana de trabajo, y entonces me consultaba sus dudas, que eran pocas y siempre pertinentes, y que yo resolvía siguiendo sus sugerencias.

4. Un día Karla me llamó por teléfono y me dijo: “No voy a poder ir el sábado próximo porque me toca guardia en el hospital...” Desde hacía tiempo yo estaba temiendo que esto ocurriera, porque las demandas de tiempo de la carrera de medicina son crecientes conforme se avanza en ella y pronto se amplían a los fines de semana, para después exigir las 24 horas diarias de todo el resto de la vida. Así que le dije: “Ven cuando puedas, al fin ya casi acabas con todo...”, una mentira piadosa inútil porque ella era la que mejor sabía lo que todavía faltaba por clasificar y registrar en el programa.

Karla todavía vino a mi casa varios sábados más. Un día al terminar me dijo: “Ya no voy a poder venir...” Nos despedimos con cierta torpeza, motivada por las emociones de los dos. Meses después, un día que bajaba las escaleras del edificio de la Facultad de Medicina en Ciudad Universitaria, Karla iba subiendo en sentido contrario, nos vimos y nos saludamos con gran gusto y afecto. Me contó cómo había cambiado su vida, lo contenta que estaba con su carrera, lo mucho que le gustaba ver enfermos, y sus planes para el futuro. Yo sólo pude decirle que la extrañaba. Nos despedimos sin hacer planes para volver a encontrarnos, quizá seguros de que la profesión compartida se encargaría de hacerlo posible. Sigo esperando.

5. La clasificación y registro de los libros de mi biblioteca se interrumpió y no ha vuelto a reanudarse. El ingreso de nuevos volúmenes ha seguido aumentando; siguen llegando inexorablemente, inconscientemente, inevitablemente. “Una biblioteca —decía mi admirado y querido amigo Fernando Salmerón— no es una colección de los libros que uno ya ha leído, sino un compromiso y una promesa de lectura para el futuro.” Recordar este concepto me conforta, pero no dejo de reconocer que lo apruebo porque me protege y me redime en cierta forma del sentimiento de culpa que me invade cada vez que entro a mi biblioteca (o sea, todos los días) y trato de recuperar algún libro que sé, creo o hasta deseo que esté ahí, escondido

entre los más de 12 mil volúmenes que la constituyen, de los que Karla y yo logramos clasificar y registrar no más de cuatro mil. Yo los sigo amando y leyendo, conforme los encuentro o, mejor aún, conforme ellos me encuentran. Cada vez que busco un libro específico en mi computadora y logro localizarlo en mis estantes bendigo a Karla, pero esto se vuelve cada vez menos frecuente. ¿En dónde está el libro de Elizabeth Barrett Browning, llamado *Sonnets from the Portuguese*, que estoy seguro tengo en mi biblioteca y que quiero copiar en parte para enviárselo a una amiga muy querida? No lo tengo registrado en mi base de datos, y por lo tanto está irremisiblemente perdido. Mi única esperanza es encontrarlo al lado de un texto de Ortega y Gasset sobre la rebelión de las masas, porque es del mismo tamaño (lo acabo de buscar ahí, y no está).

UN LIBRO TRUFADO

Adolfo Castañón



A Fausto Vega

Entre los libros raros de mi biblioteca, están aquellas obras únicas compuestas por diversos documentos “trufados” dentro de un volumen con vistas a la realización por venir de un libro nuevo, inédito como tal, pero todavía inexistente. Tal es el caso del poema que inicia el libro de Bernard de Mandeville (Rotterdam, 1670-Hackney, cerca de Londres, 1733): *The Fable of the Bees* (1732). El título original del poema es *The Gumbling Hive or Knaves Turned Honest*. Fue publicado por el Fondo de Cultura Económica (1982, 2001) en traducción del filósofo español José Ferrater Mora (1912-1991) con el título *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública*. Es un título en el que es fácil reconocer que Bernard de Mandeville —abogado de una ética revulsiva más que repulsiva— fue un crítico radical y original del filósofo utilitarista inglés Shaftesbury; coincide con Hobbes y otros sistematizadores del “egoísmo serio”, “prepara el camino a los utilitarios

y ha sido llamado el Diógenes de la filosofía inglesa. Sus paradojas nunca pudieron ser contestadas a fondo, por lo mismo que nadie puede demostrar la perfección del ser humano”. Dentro del libro empastado encuentro un ejemplar del poema en “paráfrasis libre” de Alfonso Reyes: *El panal rumoroso o la redención de los bribones* (México, La Flecha, 1957, con un dibujo de Paul Antragne, siguiendo un diseño tipográfico de A. M. Stols). El poema va precedido de una “Noticia” elocuente del propio A. R., parcialmente citada líneas arriba. El ejemplar fue comprado en Sanborns como consta por la etiqueta pegada en la segunda de forros. El costo era de 4 pesos con 25 centavos, una cantidad que no era nada desdeñable en aquellos tiempos, según me dice Fausto Vega quien me obsequió el ejemplar. El folleto tiene 27 páginas. La versión libre de Alfonso Reyes es muy distinta y mucho más graciosa que la de Ferrater Mora. Por ejemplo, donde éste pone: “Algunos, con mucho almacenado y pocas penas,/lanzábanse al negocio de pingües ganancias/y otros estaban condenados a la guadaña y al azadón/y a todos esos oficios laboriosos/en los que miserables voluntariosos sudan cada día”, la paráfrasis libre de Alfonso Reyes “hecha con la libertad indispensable para dar sabor en nuestra lengua al estilo anticuado y algo plebeyo del autor” reza: “Los puentes, sin trabajos/alcanzan grandes provechos;/ otros se rompen los pechos/en los menesteres bajos,/deshaciéndose en andrajos/para mercar el pan./Mientras los

pocos, que dan/en pago su gatuperio,/chupan con otro misterio/la paciencia del gañán.”

En el ejemplar también aparece, por supuesto, una fotocopia de la edición original inglesa del poema (1732) donde el pasaje citado inicia así: “Some with vast stocks and little pains/Jump’d into Business of Great Gains.”

Hay, además, otra fotocopia de la edición moderna de Oxford por Clarendon Press, 1924, con un comentario, crítico histórico y explicativo de F. B. Kaye, de donde el mismo A. R. tomó algunas de las notas que acompañan su libre e inimitable adaptación. En el libro embrionario se encinta también una fotocopia del artículo que la *Encyclopaedia Britannica* (14ª ed., 1940) dedica al simpático filósofo y satírico que fue admirado por el doctor Johnson.

Un ejemplar “trufado” y único es la semilla de un libro nuevo. El libro futuro que en estado fetal se aloja en el ejemplar de *La fábula de las abejas* debería incluir la edición *in frontis* de a) la edición original inglesa; b) la paráfrasis y la noticia de Alfonso Reyes; c) la traducción de José Ferrater Mora. El texto del poema debería estar numerado verso por verso —como lo están las fotocopias— para mejor control de los textos. El todo incluiría un prólogo (por ejemplo, donde se explorarían todas las pistas y ecos polémicos que suscitó este poema satírico ya no de la Inglaterra alegre y viciosa del siglo XVII sino de la mismísima condición humana) y unas notas donde se hablara de las curiosas y vergonzantes relaciones que

el pensamiento utilitarista inglés de fines del siglo xvii y principios del siglo xviii ha tenido con el pensamiento español e hispanoamericano. Otra variante más ambiciosa consistiría en incluir la traducción francesa del poema *La ruche ronchonnante* para poder así tener pie para explorar el ascendiente del utilitarismo británico sobre el pensamiento político de la ilustración francesa (fisiócratas *et al.*). Por último y por cierto, la prodigiosa red de internet no incluye la versión de Alfonso Reyes. Pero una “trufa” —un “nudo de árboles” como quiere la etimología latina— lleva a otra y la paráfrasis de Alfonso Reyes debería incluirse en otro libro inexistente: el de las traducciones y paráfrasis poéticas que hizo Alfonso Reyes y que no siempre están incluidas en sus *Obras completas*.

Esto de trufar los libros puede transformarse en un verdadero vicio cuando, por ejemplo, el lector decide ir insertando recortes y papelitos de autores iberoamericanos que el diccionario Oxford de la literatura no incluye o cuando el pobre lector decide empezar a recortar artículos de algunos prolíficos mexicanos. En la citada biblioteca de la capilla adolfina los textos de autores como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Gabriel Zaid, José de la Colina, Enrique Krauze o Carlos Monsiváis llegan a exigir que se ponga junto al libro un sobre o incluso ¡una bolsa! Pero esto de la trufa es sólo un ejemplo entre los varios que podrían darse de cómo el editor transforma con su lectura los libros que lee. Otro caso es el de las anotaciones que el lector va

haciendo en el libro mismo como cuando me ha tocado leer como simple lector obras de un autor que yo mismo he traducido. El resultado es un libro intervenido a lápiz en cada página como por ejemplo en *The Lessons of the Masters*, de George Steiner, peligrosamente trasladado al castellano. Otra muestra es la de las anotaciones con que el editor o más bien el crítico va organizando su lectura al consignar al final del volumen ciertos temas advertidos seguidos del número de página. Todo esto sólo confirma lo que ya sabíamos: el libro es una máquina que está en movimiento y el editor es el laboratorista encargado de acelerar el movimiento de las partículas con vistas a producir una nueva energía, una nueva máquina deseante.

Tuve la suerte de empezar a leer muy pronto. Crecí en una familia con biblioteca bien surtida, y esto facilitó las cosas. En una época en que no existía la televisión, libros grandes, antiguos, con grabados y estampas, ayudaban a un niño a familiarizarse con la letra impresa. Entre los ocho y los doce años contraí esa enfermedad, que ya no me ha abandonado: *Robinson Crusoe*, *Dick Turpin*, *Un capitán de quince años*, *La isla del tesoro*, *Ivanhoe*... desde el primer momento me fascinaron, sobre todo, los libros de aventuras, y de historia.

Así supe de las cruzadas, gracias al *Talismán* de Walter Scott, con las andanzas de sir Kenneth el del leopardo y Saladino. Esa fue mi primera aproximación a un Oriente Medio que más tarde, como reportero, conocería muy bien y en el que muchas veces —Tiro, San Juan de Acre, Jerusalén— seguí inconscientemente las huellas que ese libro había dejado en mi memoria. En aquellos libros supe también de Ojo de Halcón, llamado *Calzas de Cuero*, el explorador y trampero de las novelas de Fenimore

Cooper *El último mohicano* y *La pradera*. O de Phileas Fogg, que durante décadas ha sido para mí el único tipo de caballero posible, en su *Vuelta al mundo en ochenta días*, aunque —bendito Hollywood— siempre con los rasgos de David Niven. O ese personaje de Zane Grey en su trilogía de Fort Henry, el cazador de indios Lewis Wetzel; un asesino duro y curtido al que, cuando niño, nunca deseé parecerme de mayor, pero sí tenerlo a mi lado a la hora de pelear contra cualquiera. Después, con los años, he reconocido a Lewis Wetzel en el Líbano, en El Salvador, en Angola, en la antigua Yugoslavia. A veces ha sido mi amigo.

Entre mis ocho y mis doce años fueron, sobre todo, libros de aventuras y de historia. A partir de los doce maduré como lector. Ya no leía, como antes, cualquier cosa que cayera en mis manos, sino que empecé a especializarme en géneros, a seleccionar, a buscar ingredientes concretos en los libros; y cuando los encontraba, éstos se convertían en lecturas favoritas que releía, y que aún releo. Se trata de autores y de libros cuyas huellas están en mis novelas. Incluso los he utilizado a veces sin el menor complejo para montar estructuras narrativas. Estudié sus trucos, acudí a ellos en juegos intertextuales, en guiños al lector o a mí mismo. Me estoy refiriendo a los libros que mayor placer me han causado en la vida: *Los tres mosqueteros* en su ciclo completo, con *Veinte años después* y *El vizconde de Bragelonne*, de Alejandro Dumas. *Las memorias de*

Sherlock Holmes, de Conan Doyle. *El juramento de Lagarde-re*, de Paul Feval. *El capitán Blood* y también *Scaramouche*, de Rafael Sabatini... En realidad, desde Sue a *Fantomas*, en el gran folletín del siglo XIX y comienzos del XX —porque hay folletines deleznable y folletines de extraordinaria calidad—, lleno de defectos, pero también de virtudes, aprendí los mecanismos básicos del oficio de narrar. También aprendí mucha historia o me orienté por ella. A eso hay que añadirle los Episodios Nacionales de Galdós —extraordinaria narración de aventuras navales, bélicas, políticas y cortesanas—. Pío Baroja, Valle Inclán... Sin darme cuenta, como a cualquier lector de buena casta, unos libros me llevaron a otros. Me aficioné a Dickens gracias a su *Canción de Navidad*, y tras los Papeles Pickwick me adentré en la revolución francesa gracias a *La historia de dos ciudades*... Todavía hoy, en los viajes, busco huellas que descubrí en libros, hace ya cuarenta años. La *Odisea*, la *Eneida*, la *Anábasis*, *Quo Vadis*, *Fabiola* y *Los últimos días de Pompeya*, por ejemplo, todos a la vez, son en parte culpables de que yo estudiara latín, letras, en vez de ciencias, y de que haya disfrutado tanto, después, con *Los idus de marzo* de Thornton Wilder o con las *Memorias de Adriano*, de la Yourcenar. Cuando fui a Egipto por primera vez, mi primer pensamiento fue para *Sinuhé el Egipcio*, de Mika Waltari. El gusto por la aventura y el mar, que arrancaba de Stevenson, del capitán Blood y el Corsario Negro de ese embustero entrañable y genial que fue Emi-

lio Salgari, me hicieron descubrir a Joseph Conrad... Y como las lecturas son como las cerezas, que tiras de una y arrastras otras, fui ensanchando mis gustos y mis aficiones literarias. Las guerras napoleónicas, iniciadas en Galdós, me llevaron a Stendhal y a Tolstoi, y éstos, a su vez, a Flaubert, Balzac y Dostoievski. Y así hasta el maravilloso infinito de los libros leídos y por leer.

Un día, con veinte años, cogí una mochila, me enrolé en un barco y me puse a viajar. En un tipo con mis antecedentes literarios, lo del mar como punto de partida era obvio. El mar es el más clásico de todos los clásicos que nutren la novela de aventuras o la aventura en la novela. Tiene todos los ingredientes: el viaje, lo desconocido, el peligro, la furia de los elementos, la libertad, el combate, el tesoro, la Historia con mayúscula. Y además, el mar genera personajes de incalculable riqueza novelesca. Como Long John Silver y la isla del tesoro. Como el capitán Ahab, que lleva a su barco y a sus tripulantes al abismo persiguiendo una venganza llamada Moby Dick. O como, personajes de Joseph Conrad, los tripulantes del *Narcissus*, luchando contra el temporal. O el silencioso capitán MacWhirr, protagonista de la novela *Tifón*. Y el arponero Ned Land de Verne, en las *20 000 leguas de viaje submarino*. Y el capitán Nemo, con la dolorosa lucidez que proporciona el conocimiento de la condición humana. Un Nemo al que siempre imagino (otra vez el cine, es inevitable) con los rasgos de James Mason, tocando el órgano en el salón solitario del *Nautilus*.

El caso es que yo también tuve mi mar. Y viví lo que quería vivir. Supe lo que era capear un temporal con las olas barriendo la cubierta y mirando al capitán agarrado al puente como quien mira a dios. Supe con veinte años lo que era tener en la mano un cuchillo para defender mi pellejo en un puerto mediterráneo. Supe de burdeles, y borracheras, y peligros, y amigos generosos y enemigos miserables. Y así, poco a poco, todo aquello que había imaginado, que había leído en los libros, fue materializándose durante los veintiún largos años de mi vida como reportero: la aventura, la guerra, los amigos, el amor, la muerte.

En realidad, que alguien que se inició como lector apasionado y se hizo reportero por culpa de la literatura haya regresado allí de donde vino, no sólo no es una paradoja, sino que es lógico. Incluso como aventura. Según los cánones del género, por aventura entendemos un viaje lleno de peligros o descubrimientos, a cuyo término el protagonista encuentra la felicidad o la decepción pero que, en cualquier caso, ha progresado en el conocimiento de sí mismo y del mundo en el que ha vivido. Como en el juego de la oca al llegar a la casilla 36. Como el peregrino medieval al llegar a Santiago. Como el ya curtido Jim Hawkins que desembarca al final de *La isla del tesoro* más maduro, más sabio. Como el Ismael del final de *Moby Dick*, agarrado al ataúd calafateado de su amigo el arponero Queequeg, cuando el *Pequod* se ha ido a pique. Como Gulliver al

término de su cuarto viaje, cuando descubre que los caballos son los únicos seres racionales. Como d'Artagnan cuando consigue su casaca de mosquetero después de ver cómo degüellan a Milady. Él, que es un joven de honor y un caballero. Ofreciendo, eso sí, una cierta resistencia formal pero comprendiendo en el fondo (ya ha madurado, también él ha crecido en edad y sabiduría) que a las señoras, a cierta clase de señoras, también puede cortárseles el cuello de vez en cuando.

LA BIBLIOTECA
DEL HOMBRE FELIZ

Vicente Quirarte



Desde que tuvimos uso de razón nuestra casa estuvo habitada por libros. Eran nuestros hermanos, pero entonces no lo sabíamos. Más bien nuestros hermanastros, porque recibían mayores mimos y cuidados de los que mi padre tenía con nosotros. Algunas fotografías de aquella era remota muestran el único lujo de nuestra modesta vivienda en el corazón de la Lagunilla: el generoso librero de caoba que guardaba los Balzac al lado de Justo Sierra, los Baudelaire junto a los Carlos Pereyra que mi padre adquiría con pasión bibliómana y bibliófila. Para él, un libro era un significante y un significado, un continente y un contenido. Libro sin encuadernar no es libro, afirmaba con Vasconcelos, y dedicaba su sueldo de talabartero y profesor a engalanar a sus hijos predilectos. Luego fue la época de fervor hacia la reforma y la intervención francesa: se dedicó a adquirir primeras ediciones de la gran década nacional, tanto en sus fuentes nacionales como extranjeras. Unos llegaban vestidos en sus encuadernaciones originales; otros ingresaban maltrechos y heroicos como el ejército liberal, forjado al compás

de la lucha, y mi padre se encargaba de restaurarlos con un amor que compensaba a su impaciencia.

Mi madre era su mejor aliada, y aunque los libros estaban hasta en la cocina, jamás protestó contra la invasión de esos bastardos. Para colmo de males, mis hermanos y yo engrosamos sus filas cuando llegábamos con nuevos habitantes a la casa, luego de nuestras excursiones en librerías de la avenida Hidalgo: humildes ediciones de Julio Verne y Conan Doyle en papel ácido —mejor si eran usados— y que a nosotros nos parecían tesoros. Mis primos nos preguntaban, desconcertados ante nuestra alegría: “¿Para qué compraron tantos libros? ¿Se los pidieron en la escuela?” Mis hermanos y yo conservamos algunos de esos primeros compañeros de viaje, que se convertirían en permanentes. Si bien eliminamos nuestros originales y humildes *paperbacks* olientes a humedad e infectados seguramente por todos los parásitos del mundo, nos fuimos volviendo selectivos. Descubrimos en las Lomas de Chapultepec un curioso lugar llamado Caza-Libros, cuyo fondo se enriquecía con donaciones de estadounidenses avecindados en México. Debido a tal circunstancia, los precios eran irrisorios, y como adolescentes podíamos conseguir primeras ediciones de Henry James o una de Malcolm Lowry anotada por su igualmente étlico dueño anterior. O aquella edición de Edgar Allan Poe, de 1927, dedicada por sucesivas personas a sus afortunados poseedores.

Cuando nos mudamos a la colonia Roma, lo hicimos

ya no con una sino con varias bibliotecas. Cada uno de nosotros llevaba sus libros, como los huesos de los Amadis. Como la casa exigiera reparaciones mayores y habíamos ingresado a la preparatoria, la autoridad paterna decretó: “De hoy en adelante no les compro ni un par de calcetines. Pero pueden firmar todos los libros que quieran en Porrúa”. Ese fue el inicio del trato y la amistad con el entonces joven y ya sabio José Antonio Pérez Porrúa que, como todo librero que se respete, atendía a los clientes tras el mostrador, al igual que el resto de la infantería. Con el paso de los años, me doy cuenta de que aquellas visitas en que mis amigos me orientaban y me seducían con nuevos libros, fueron el último vestigio de las tertulias que hicieron de las librerías sitios de reunión y mentideros políticos. También me he enterado de que Joaquín González Casanova fue aún más privilegiado: tuvo acceso a los lugares ocultos donde se hallaban rarezas bibliográficas.

Mi padre me enseñó a amar los libros no sólo por sus contenidos sino por sus acabados. Gracias a él supe lo que eran las familias tipográficas, el relieve de la impresión en linotipo, las bondades de la interlínea, las tramas del papel, las marcas de agua. Era capaz de adquirir un libro aunque estuviera en un idioma que él no leyera, sólo debido a su belleza. Alguna vez lo sorprendí, en compañía de un amigo, acariciando con los ojos cerrados las formas de Marilyn Monroe en una edición alemana, cosa que no permitía la española que tenían al lado. La edición, se entiende.

Gracias a ese fervor, pudo lograr que los libros dedicados a la muerte de Benito Juárez, en 1972, preparados por la Gran Comisión de la Cámara de Diputados, tuvieran un papel pesado, una encuadernación austera pero digna y unos márgenes generosos que hacen de la lectura un doble placer.

Sucedía también que a veces yo llegaba mi cuarto y, al buscar un libro, no lo hallaba en su sitio. Tenía que ir a la biblioteca de mi padre a rescatarlo, a veces con verdadera audacia y sin que se diera cuenta. En venganza, él hacía lo mismo, o entraba en mi habitación a pasar revista de los libros suyos que yo había tomado. Algunas de esas expropiaciones temporales se volvían permanentes. Mi padre murió el 13 de marzo de 1980. Era enemigo de deshacerse de sus libros, pero había logrado vender a un precio adecuado una edición en cuatro tomos del *Émile* de Rousseau. La cantidad que recibió fue la misma, peso por peso, que sirvió para pagar su funeral. Como todo académico que se respeta, fue víctima de los libreros de usado. En una ocasión le dijo al célebre don Ubaldo, cabeza de una estirpe aún hoy, por fortuna, en actividad: “Ahora sí me lo agarré. Este libro cuesta mucho más.” Imperturbable y sonriente, don Ubaldo respondió: “Vaya una, don Martín, por todas las demás veces en que me lo he fregado.”

Tarde o temprano, el libro se rebela contra quien cree ser su poseedor. No hay bibliófilo que no se queje de los demasiados libros que dice Gabriel Zaid, ya no los escri-

tos sino aquellos a los que uno tiene la obligación de dar casa, comida y sustento. Tras la muerte de mi padre vino el sismo del 85. La zona alrededor de nuestra casa era la devastación completa y tuvimos que dejarla temporalmente, al igual que otros romanos. Los libros se convirtieron en una carga y, aunque no lo confesáramos abiertamente, mi madre y mis hermanos llegamos a pensar en donarlos o venderlos.

Por fortuna, fuimos iluminados por el espíritu de la reforma y tuvimos el instinto para recordar a Melchor Ocampo. A punto de ser fusilado por una guerrilla conservadora en su hacienda de Pomoca, hizo testamento, en el cual estipulaba que sus libros deberían ingresar al colegio de San Nicolás Hidalgo, pero que sus amigos selectos podían hacer un previo escrutinio para llevarse los que más les gustaran. De común acuerdo, así lo hemos venido haciendo con la biblioteca de Martín Quirarte. Un libro encuentra, tarde o temprano, a su verdadero dueño, y así hemos ido repartiendo aquellos libros que, anotados minuciosamente por mi padre, encuadernados con grandes sacrificios, llegan a nuevas generaciones de lectores, inclusive a los enemigos naturales del libro y los amantes de la fotocopia y la información bajada de la red. No siempre fue un hombre feliz pero lo era cuando tuvo la biblioteca que soñó desde joven, pero también porque siempre supo compartirla con sus alumnos. No sólo consultaban los libros en nuestra casa, sino tenían el privilegio del presta-

mo a domicilio. Sobre todo las alumnas. Cuando murió, los devotos y auténticos intentaron devolverlos. Los pícaros, más inteligentes, conservaron su herencia. A todos los alcanza la convicción de que la biblioteca del hombre feliz es, como la del redimido gigante egoísta de Oscar Wilde, aquélla que no poseemos ni nos posee, sino la que nos hace libres, la que al repartirse no se mutila sino se nutre en los otros y conserva el entusiasmo y la alegría de su dueño original.

LEER EN PACHUCA

Miguel Ángel Granados Chapa



Aprendí a leer al mismo tiempo que a manejar los libros: había que sostenerlos de una cierta manera en la mano izquierda. El lomo del volumen descansaba en los dedos cordial, índice y medio, mientras que el pulgar y el meñique mantenían el libro abierto. Con la mano derecha se daba vuelta a las hojas. Estaba prohibido hacerlo ensalivando el dedo índice. Se recomendaba evitarlo como una regla de buena crianza, pero se reforzaba la instrucción con la amenaza de un mito: se nos decía que Benito Juárez había muerto envenenado, aprovechados sus enemigos de su mal hábito de mojar su yema digital, que facilitó la acción de un tósigo mortal.

Teníamos pocos libros en casa, los de texto principalmente: *Leo y escribo*, *Poco a poco*, *Adelante*, *Saber leer*. Pasaban de hermano a hermano, y los usaban también los alumnos de mi madre, que enseñaba los rudimentos escolares a párvulos de barriada, uno de los oficios que la vida le impuso y ella convirtió en misión. En casa de unos vecinos, Lucecita y Santos, papás del Güero Covarrubias,

había una Biblia grande, gruesa, de filos dorados, que se nos permitía hojear. Una pariente lejana nos hizo llegar una tesis de historia, sobre las órdenes españolas de caballería: Alcántara, Calatrava y Santiago, cuyo ejemplar maltratado fue deshaciéndose poco a poco. No se cómo llegó a mis manos un volumen de *Los Pardaillán*, de Michel de Zevaco, que leí alguna tarde dominical, entre solitario simplemente, o a escondidas. Quizá lo había traído a casa Horacio, mi hermano mayor, a quien descubrimos las *Memorias de una descocada*, tenuemente sicalíptico y que seguramente le había sido transmitido por sus compañeros de trabajo en el taller de zapatería de mi tío Alfonso.

Leíamos de prestado. La profesora Carmen Alvarado, luego mi madrina de primera comunión, tenía en casa los grandes volúmenes de *México a través de los siglos* y me convidaba a leerlos en su casa, en tardes memorables. Luego, no sé si Luis González, apodado el *Nenebís*, o Ventura Roa, hijo de Engracia Juaricom, la conserje de la escuela primaria, me condujeron a la biblioteca del estado, un local minúsculo en un edificio que había sido sede del ayuntamiento y cámara de diputados. La sala de lectura se llenaba casi con una gran mesa, como de comedor, con una decena de sillas alrededor, no siempre ocupadas. Completaban el mobiliario un gran anaquel donde brillaba inalcanzable la enciclopedia Espasa Calpe, y un escritorio ocupado por turnos por cuatro personas, a las que mi imaginación hizo parientes. Dos de esos empleados,

señora y señor de edad, vestían conservadoramente, ella con atuendo monjil. También ella y él, más jóvenes, completaban la plantilla. Les daba un poco de flojera atender a muchachos que ni siquiera estudiaban secundaria, y vigilaban suspicaces la lectura, no fuera que arrancáramos las ilustraciones de los cuentos de Perrault. O las fotografías de El Tesoro de la Juventud, cuyo *Libro de los por qué* estimulaba mi curiosidad. A veces tosíamos por el polvo que desprendían los pequeños volúmenes de la colección Austral, que eran buscados en el misterioso cuarto donde en tres o cuatro libreros, apenas atisbados desde la sala de lectura, se ubicaba el acervo del pequeño establecimiento. Debo confesar que a veces la lectura me aburría y amodorraba, y caía en una somnolencia de la que me despertaban las campanas de la vecina iglesia de la Asunción. Algunos años después, el gobierno del general Alfonso Corona del Rosal restauró parcialmente el antiguo convento de San Francisco y consagró una de las naves a la biblioteca del estado. Ya preparatoriano, topé allí con la primera novela moderna que leería, *Manhattan Transfer*, en un ejemplar donado por la Benjamín Franklin, según permitía saber la leyenda impresa con sello de goma de la portada.

La escuela secundaria comenzó a tener biblioteca cuando yo cursaba el segundo o tercer año. No había mucho de dónde escoger, pero eran interesantes los volúmenes de la Biblioteca Enciclopédica Popular, de la SEP. En uno de sus números se incluían dos novelas ejemplares de

Cervantes, *La gitanilla* y *El licenciado Vidriera*. Por esos años, a mis trece, nos visitó en Pachuca nuestro primo Ramón Rodríguez Granados, que viajaba con un hermoso tomo de los premios Nobel, de Aguilar, que accedió a prestarme por unas semanas.

Semejante generosidad, en grado superlativo, practicó conmigo el doctor Pedro Espínola, padre de Eugenia, que animaba mis ensoñaciones adolescentes. Como todos los profesores de la escuela preparatoria del Instituto Científico y Literario Autónomo, él enseñaba por afición, por ganar prestigio, por prestar un servicio a su alma máter. Médico, se había especializado en los análisis clínicos. Alguna materia de su carrera enseñaba en la escuela de medicina, pero en el bachillerato se deleitaba con el curso de literatura universal. Como lector devoto, echaba de menos una buena librería en Pachuca, pues la del señor Acevedo, en el edificio Reforma donde él tenía su laboratorio, declinaba a ojos vistas. Así que decidió comprarla, asociado con el doctor Antonio Aparicio.

Creo que Pedro Espínola me tomó aprecio y entre los muchos estímulos que me brindó, favorecer mi apetito lector es el que más hondamente recuerdo. No me regalaría libros, pero me los prestaría a condición de que los tratara con cuidado, para que no dejaran de ser nuevos y pudieran ser vendidos como tales. De modo que abría sus páginas con cuidado, apenas lo suficiente para captar la anchura de la página. Mediante ese munífico procedimiento leí al-

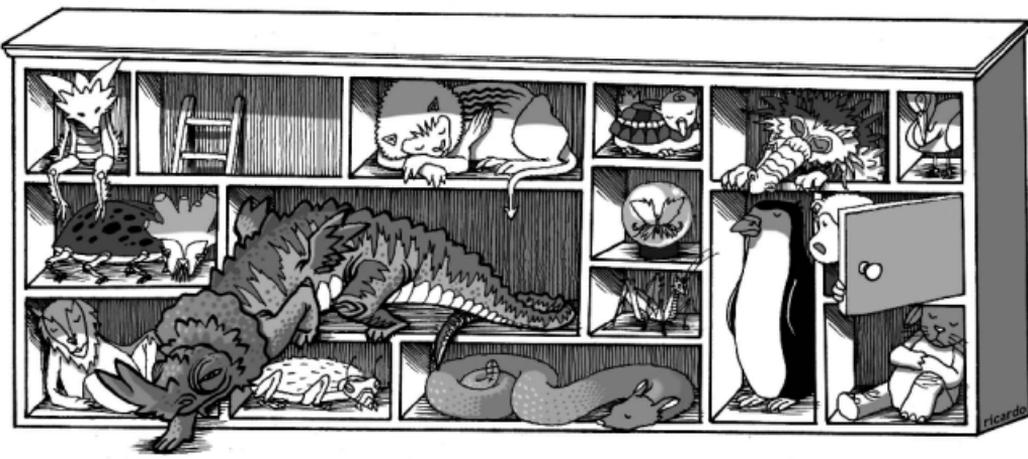
gunos de los títulos, flamantes entonces, de la colección Letras Mexicanas, hermosamente encuadernados en tela color marfil, quizás un tenue *beige*: *Juan Pérez Jolote*, *El llano en llamas*, *La región más transparente*, *Casi el paraíso*.

Fue necesario menos cuidado para leer en *El teatro mexicano moderno*, de esa misma colección, “Las cosas simples”, de Héctor Mendoza, que con gran éxito de crítica y de taquilla pusimos también por influjo del doctor Espínola en el último año de bachillerato.

Luego vendrían la ciudad de México, la Universidad Nacional.

EL COLECCIONISTA RESPONSABLE

Francisco Castro Leñero



Recuerdo a mi padre armado de serrucho, martillo y clavos, manos a la obra, listo para construir un nuevo librero para albergar los volúmenes que, sin prisa pero sin pausa, se iban acumulando irremediabilmente en casa. Muchos años después, en la osadía de la vida en pareja, tuve a bien trasladar algo de este mobiliario al nuevo lugar común. “Ya llegó el señor con unos palos”, fue el aviso que recibí mi mujer a la entrada. Y en efecto, cargaba yo con unas estructuras verdaderamente precarias pero indispensables para iniciar esta nueva etapa de mi vida. Porque no venía solo, me acompañaban mis libros.

Pero el destino del libro no es la repisa, ésta es sólo su lugar de descanso. A los libros me gusta organizarlos, sobre todo para no perderlos de vista; saber que están ahí como soldados esperando la llamada. “Hoy por mí, mañana por ti”, parecen decirse entre ellos con el fin de animarse. Entonces alguno pasa a la mochila e inicia una aventura temporal de caballero andante. Está en el *hit parade* de la semana y su orgullo se le nota a leguas. ¿Y ahora qué estás

leyendo?, me preguntan, y ya siento al libro saltar para mostrarse. A veces parece provocar demoras en las colas y en los trayectos con el fin de que no deje de leerlo. El tiempo pasa, sin embargo, y el día menos pensado regresa a ocupar el hueco abandonado. Pero la mochila extraña el peso y pronto hay que buscar un nuevo candidato.

Hubo una época en que creí que al mundo lo formaban museos y librerías, como si no supiera de la existencia de otros seres y cosas, y el mundo parecía ser vasto y suficiente. Para mi sorpresa esta visión también produjo amistades, y pronto supe distinguir entre la gente. En Coyoacán estaba una casa poblada de libreros bajos y cuadros en las paredes en intrincado cruce de pasiones, la habitaba un célebre escritor vestido siempre de negro: Juan García Ponce. Imposible olvidar aquel librero de su sala y ese primer estante en el que aparecían, al inicio, sus obras, seguidas por las de Octavio Paz, Jorge Luis Borges, Lezama Lima... aparte de que existen fotografías ya clásicas de aquel famoso librero. Evoco a Juan así, rodeado de libros y pinturas, despejando nuestra ignorancia con generosidad y paciencia. No puedo estar más orgulloso de la oportunidad de que un cuadro mío sea la nueva portada de su exitoso libro de cuentos *La noche*.

Construir colecciones es en cierta medida adquirir responsabilidades, sobre todo si aceptamos que los libros, como los cuadros, necesitan ser vistos para saberse útiles. Con Irma, mi mujer, comparto no sólo la profesión de la

pintura sino el amor por los libros de arte, a veces costosos y difíciles de conseguir en México. Parte de nuestra profesión, sin embargo, nos ha dado la oportunidad de viajar y, en consecuencia, de ir formando un panorama relativamente completo de arte contemporáneo, que no deja de ser subjetivo, pues está guiado esencialmente a partir de nuestro gusto. Las tardes de martes y jueves, antes de partir a mis clases de dibujo en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM en Xochimilco, tomo dos libros que procuro sean siempre distintos. Ya en el salón los estudiantes saben que quien quiera puede pasar a consultarlos mientras dura la sesión. Disfruto cuando los veo entrar preguntando con curiosidad sobre los libros elegidos.

Leo en la actualidad a Vila-Matas, su última novela, titulada *Doctor Pasavento*, un libro extraño y fascinante si los hay, dominado por la locura que produce la pasión de la escritura. Es mi actual compañero de mochila, ha sido un buen viajero, pero más pronto que tarde ocupará su lugar entre los otros libros a la espera de una próxima llamada. ¿Quién sigue...?

Vivimos durante veinte años compartiendo casa y talleres en un mismo espacio, ha sido hasta el último año que finalizamos un lugar separado para la casa y otro para los talleres. Una de las razones que exigía este cambio eran sin duda los libros: esparcidos en acumulación desordenada ante la imposibilidad de más librerías, parecían pedir a

gritos un mejor trato que les permitiera ser tomados en cuenta. Ahora su destino está más claro y con el de ellos, espero que también el mío.

Termino con una confidencia: escribo el presente texto y frente a mi mesa se despliega un hermoso librero bajo: es el mismo mítico librero de Juan García Ponce, un generoso regalo de sus hijos en nombre de nuestra amistad.

VIAJAR PARA LEER

Felipe Garrido



Cuando aquí hablo de lectura, en ningún momento me refiero a todo eso que cada día leemos para cumplir con nuestras obligaciones de estudio y de trabajo, ni para cubrir nuestras demandas de información. Esa es la importantísima *lectura utilitaria*, prueba de que hemos sido alfabetizados y no lo hemos olvidado, pero no es *la lectura*, la que hacemos por capricho y placer —razón única por la que alguien puede acabar convertido en lector.

Esa lectura, la que en verdad cuenta, la que pone a prueba la capacidad para comprender y disfrutar el texto —sin comprensión no hay placer posible, ni utilidad—, no es un asunto de ratos libres ni de tiempos muertos. El tiempo de lectura, como el de dormir o el de trabajar, necesita ser defendido de todas nuestras demás ocupaciones. ¿Una hora al día, dos, tres? Asunto total y terriblemente personal. Yo tengo demasiadas otras cosas que hacer. Separo una hora, hora y media al día, por la noche. A veces se me convierten en dos, pero para entonces son las dos y media o las tres de la mañana y el tiempo de dormir

también reclama su imperio —me levanto a las siete, siete y media, según el día—. Menos tiempo del que yo quisiera... Sin embargo, por fortuna, hay una compensación que la vida me ha dado: el tiempo de viajar.

Desde 1986, ¡veinte años ya!, cuando tuve la fortuna de dirigir Literatura en el INBA, gracias a Javier Barros, salir de México casi cada semana, a distintas ciudades del país, se ha convertido en una rutina feliz: asuntos oficiales, ferias, pláticas, talleres, cursos... cualquier pretexto ha sido bueno y casi cada invitación aceptada. Los viajes me han dado una espléndida reserva de tiempo para leer.

Si voy en camión, o si alguien me lleva en automóvil —Querétaro, Xalapa, Pachuca, Puebla, Morelia, Pénjamo, Irapuato, otros lugares a distancias semejantes de México, donde vivo—, hay de tres a cinco o seis horas espléndidas, a la ida y a la vuelta, contando el tiempo de espera en las terminales. Si voy por los aires —Mexicali, Cancún, Guadalajara, Torreón, Hermosillo, Monterrey, Oaxaca, Villahermosa, Mérida, Culiacán se antojan más bien para volar—, gracias a la histeria que supone un terrorista en cada ciudadano, el tiempo es más o menos el mismo, sobre todo cuando hay que sufrir los grandes aeropuertos —México, Cancún, Tijuana son quizá los peores—, donde no es desatinado hacer esperas de dos horas antes de abordar el avión.

Y por fortuna, cada semana tengo, en mi costumbre de viajar, además del tiempo del trayecto, esas mañanas o

esas tardes o esas noches en que uno, con el mayor tacto posible, declina invitaciones y se encierra en el hotel para leer cuatro, cinco horas seguidas, lo cual a veces duplica y aun triplica el espacio que, día con día, en el resto de la semana, puedo dedicar a la lectura.

Así, en un viaje cualquiera, por ejemplo a Los Mochis, a finales de 2005, para dar un ejemplo concreto, pude dar cuenta de ocho libros y medio, lo cual no está mal, aunque la mitad de ellos eran volúmenes más bien pequeños.

El primero fue *Cóbraselo caro*, de Élmer Mendoza, recién aparecido: un hombre se obsesiona con la idea de encontrar las piedras en que se desmoronó Pedro Páramo, a quien Élmer y su personaje suponen, como es corriente, acuchillado por Abundio Martínez —es obvio que no podían conocer “Una lectura de tantas”, que publiqué en *La Jornada Semanal* del 25 de diciembre, donde propongo que la única asesinada por el arriero fue Damiana Cisneros—: una espléndida novela para rulfólogos.

Siguieron dos libros de Ruy Pérez Tamayo, publicados por El Colegio Nacional: *Un verano en la villa Serbelloni* (1995) y *Tríptico* (2ª ed., 2005). El primero una crónica de viaje —o de estancia—, y el segundo una revisión de tres libros —*Lo normal y lo patológico*, de Georges Canguilhem; *El azar y la necesidad*, de Jacques Monod y *Némesis médica. La expropiación de la salud*, de Iván Illich— donde Pérez Tamayo muestra que el rigor de la razón se vuelve más luminoso cuando lo acompañan el rigor y la belleza

de la escritura —“el paisaje está interrumpido de manera irregular por grupos de cipreses que se alzan como enormes y oscuros signos de exclamación”—. Aunque ahora, claro, me veo obligado a buscar el libro de Illich, porque su crítica a la práctica médica me interesa; unos libros llevan a otros.

Teseo alucinado y *El museo del hombre*, de Sergio García Ramírez, recién publicados por la UNAM, en un solo volumen, me descubrieron a un artesano de la prosa —debía haberlo sospechado desde que escuché alguno de sus discursos— que enciende la pipa “entre escombros y laureles” porque ha llegado el tiempo, nos dice, de mecerse en los recuerdos. Leí de corrido el libro, pero se me antoja volver a él abriéndolo al azar, para caer en cualquiera de estos textos breves.

Historias que pudieron ocurrir, de José Luis Justes Amador, premio Salvador Gallardo Dávalos en 2000, del Instituto Cultural de Aguascalientes, me descubrió a un espléndido y atrevido cuentista. No conozco otros libros suyos, pero me gustaría leerlos. En el mismo trayecto, de regreso a México, porque son tres libros pequeños, leí además *La lengua del derecho y el derecho de la lengua*, el espléndido discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua de Diego Valadés, con la respuesta correspondiente de Miguel León-Portilla, y *El caos*, de Ivar Ekeland (Siglo Veintiuno, 2002), que es un viaje, bajo la guía de un filósofo y matemático, por los caminos del azar.

El medio libro restante, porque no alcancé a leerlo completo en el viaje, fue un tomito de El Libro de Bolsillo, de Alianza Editorial, *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay, 1534-1554*, de Ulrico Schmídel, prologado, anotado y traducido por Klaus Wagner y aparecido en el ya lejano 1986, cuando, por azar tal vez, yo iniciaba esta costumbre de viajar para leer —creo que, a final de cuentas, ese motivo cuenta como uno de los primordiales para mi apego a los viajes.

Leer es un vicio, más tenaz que el del tabaco, y se nace con él. Al menos para mí y para mis hermanos, leer era una forma de jugar al encuentro de aventuras surgidas de los cuentos de hadas chinos o rusos o alemanes o ingleses que llenaban de más vida nuestra pequeña vida infantil donde las escaramuzas de la imaginación eran más poderosas que las guerras de los soldaditos de plomo o las carreras de autos miniatura. Ninguno de mis hermanos, ni yo, conservamos aquellos volúmenes de la colección Molino con traducciones argentinas, pero sí reconozco que me fui llenando de libros, otros libros, acumulados en mi cuarto como si leer y guardar los libros que iba leyendo, ordenarlos sobre tablas larguísimas o sobre libreros pequeñitos fuera una forma de mantener en la memoria a los héroes de tantas odiseas engullidas como se engullen hoy las imágenes del cine. Se llamaban Sandokan, Miguel Strogoff, Huckleberry Finn; luego Raskolnikov, Tartarín de Tarascón, Emma Bovary, Eugenia Grandet, el Aquiles de rutilante casco, o el Sancho Panza que intentaba, señor

Quijano, mi señor, por lo que usted más quiera, mi señor, convencer al caballero de la triste figura a abandonar su lecho de moribundo para salir de nuevo a recorrer los caminos donde caracolea la vida y amenaza de oprobio el bachiller Carrasco. De mi habitación compartida con un hermano y de mi rala biblioteca de estudiante de ingeniería los libros saltaron al cuarto de estudio próximo, a la azotea, antes cuarto de juguetes y títeres, y luego al departamento de casado con Estela en la avenida Cuauhtémoc, cuando hubo necesidad de llamar a un carpintero exquisito, muy eficiente en la encomienda de instalar cuatro tablones de dos pulgadas de grosor, de pared a pared, en el muro más importante de nuestra pequeña estancia. El carpintero dijo al terminar: “Doscientos pesos”, y yo extraje la cartera y le entregué doscientos veinte pesos que él observó con extrañamiento. “Ahí va incluida la propina por su excelente trabajo”, le dije subrayando mi gesto de generosidad, y él entonces me replicó, irónico, agresivo: “Son doscientos pesos por cada tabla, señor; mil pesos en total”. Mil pesos que en ese momento representaban una fortuna para nuestro presupuesto matrimonial y que fue necesario conseguir, perdóneme señor carpintero, hasta la siguiente semana pidiendo prestado a no sé quién. Luego nos cambiamos a la casa de San Pedro de los Pinos; luego reconstruimos esta casa donde en este momento repaso el pretérito, entre docenas de tablones de dos pulgadas de grosor, repletos de libros y más libros que día a día satu-

ran de imaginación y de talento un espacio abrumado por tantísimas historias. En ocasiones me pongo a elucubrar, es una ocurrencia fantasmagórica, qué sucedería si los libros hicieran explosión y de sus páginas brotaran a millares, como de un cementerio allanado, los personajes que solamente resucitan cuando se les descubre o redescubre merced a la lectura; es decir, uno necesita leer y leer y leer para que tales personajes encantados por el hechizo de las legendarias brujas de los cuentos de hadas despierten, salgan de los volúmenes y se congreguen en el espacio de este apretado estudio-biblioteca. Imposible contenerlos. No caben, no cabrían en todo San Pedro de los Pinos. No hay manera de contener la explosión demográfica de los seres de ficción: tumulto, manifestación de almas, ejército universal de vidas que pugnan por moverse y decirse y platicar las historias que nos ha sido dado conocer. Imaginar por imaginar. La experiencia de los libros agrega a nuestra limitada experiencia personal un caudal de vida suficiente para hacernos sentir eternos en los otros. Así es y por eso se conservan los libros en tablones de dos pulgadas de grosor, y por eso cuando alguien entra en mi apretado estudio-biblioteca y recorre con la mirada los que serán, ¿cinco mil volúmenes o menos?, pregunta con la ingenuidad del tonto o con la fresca inocencia de una nieta: ¿los has leído todos, abuelo? Qué significa leer, me pregunto entonces a mí mismo; qué tanto puede un escritor leer a lo largo de una vida de lector. Un hombre cual-

quiera, digamos, no un crítico literario, no un estudioso, ni un obsesivo, ni un loco digno de *El diccionario de Lemprière*, un ser humano normal que además necesita trabajar, comer, dormir, copular, reunirse con los otros, viajar al interior o al exterior del país, ir al cine o ver teatro, festejar, reír, ponerse a rezar o a pensar. ¿Cuántos libros puede leer un hombre normal, un escritor común en el tiempo que dilata su existencia? ¿Un libro a la semana? Está bien: un libro a la semana y ya se es buen lector porque hay momentos en que habrá que enfrentarse a la *Iliada*, digamos, a *Palinuro*, a *Terra Nostra*, al *Quijote*, a *Tristram Shandy*, que obligan, todos estos libros y muchos más, rechonchos como éstos, a una tarea de más de siete días. Un libro a la semana son cincuenta libros al año, y en una vida activa de lector de ¿qué te gusta?, ¿sesenta años?, y ya es mucho, solamente logra engullir tres mil libros en su larga existencia. Escasos tres mil libros que no alcanzan a convertir un estudio en biblioteca y que se verían ridículos, de tan pocos, en una librería que se precie de serlo. ¿Los has leído todos, abuelo?

LA LISTA NEGRA

Paco Ignacio Taibo II



He escrito esta lista de literatura negra muchas veces y lo que más me divierte es que va variando al calor de nuevas lecturas y relecturas. La escribí a petición de los que te preguntan sobre los libros que te gustaría llevar a una isla desierta, pero como no pienso hacerlo hasta que no haya un changarrito que venda tabaco, libros y refrescos en el centro de la tan mentada isla, me motivé pensando qué novelas quería que hubiera en la biblioteca del reclusorio si un día voy a dar a la cárcel.

1. Desde luego *Ojos azules*, de Jerome Charyn, para mi gusto, la mejor novela policiaca contemporánea. Usando un policía judío amante del ping pong y el mundo mágico de Nueva York que lo rodea, no le pide nada a García Márquez en esto de la creación de atmósferas.

2 y 3. Una novela que cada vez me gusta más, conforme pasan los años tras haberla leído: *La puerta de los corceles* (*Stallion Gate*, *Los Álamos* en la versión española de Pla-

neta), de Martin Cruz Smith. Es una novela excepcional, que cuenta el ambiguo mundo de los creadores de la bomba atómica estadounidense en el desierto de Nuevo México en 1940, las sospechas de infiltración, la mezcla de científicos de países ocupados por el fascismo con generales estadounidenses, y en medio de todo ello, el mundo indígena de la reserva de los indios pueblo. Pero hay otra novela del mismo autor que ha venido conquistándome al paso del tiempo, se trata de *La Rosa*.

4. *Un ciego con una pistola*, de Chester Himes, la más sorprendente de las historias del *Mago de Harlem*, quizá porque es por esencia una novela violadora del género y porque no hay nada más absurdo que la realidad según se puede comprobar leyendo. He envidiado durante años sus cojones de producir un final absolutamente abierto.

5. Una clásica: *La llave de cristal*, de Dashiell Hammett, quizá porque se trata de una novela muy cuidada literariamente y porque explora, en medio de un juego de complejizaciones anecdóticas, el mecanismo de la fidelidad entre amigos, un tópico de la novela negra inaugurado por Hammett. Y tuvo que gustarme mucho para que la prefiera a *Cosecha roja*.

6. Sin ninguna duda, *Los mares del sur*, de Manuel Vázquez Montalbán, el fundador del género en España. La

exploración del síndrome de Gauguin aplicada al neopoliciaco; quizá la mejor descripción del destino anticipado de la España postfranquista, su conversión en un país de cínicos autocomplacientes, nostálgicos y desesperados.

7. De Jean-François Vilar prefiero *Los exagerados*, un libro sobre la revolución francesa, el eco en el París de hoy de la revolución: una película, un museo de cera y un fotógrafo. Vilar, mal publicado en español, es un autor de culto francamente subterráneo.

8. Una legendaria: *El largo adiós*, mi novela favorita de Raymond Chandler y quizá la más contemporánea de sus obras. La primera en la que logra verdaderamente que el enigma quede absolutamente desplazado y compensado por la melancolía de la búsqueda.

9. *El caso Banhero* del peruano Guillermo Thorndyke, un libro inolvidable, brillante, en el terreno de la novela de “no ficción”. La historia del asesinato de un millonario y por extensión la historia de un turbio y extraño mundo. La demostración de que la realidad produce rompecabezas a los que le faltan piezas.

10 y 11. Dos mexicanas, las novelas fundadoras del género en México, cuyos autores se negaron a presentarlas como tales: *Los albañiles*, de Vicente Leñero, y *Las muertas*, de

Jorge Ibarguengoitia. No le piden nada a cualquiera de las anteriores, abandone usted su malinchismo. La inteligencia no deja sitio para vocaciones extranjerizantes.

12. *El espejo de los espías*, de John Le Carré. La aparición de los mundos ambiguos. Si algo le quedaba de maniqueísmo a la novela negra, Le Carré acabó con él. (Al terminar de escribir esto, dudo. Lo que dije de Le Carré lo pienso fielmente, pero no es ésta la novela que más me atrae de él, es *El topo*, y no puedo explicar por qué.)

13 y 14. Dos novelas negras que vienen directo de la realidad y que muestran la amplitud con la que el género puede verse si uno tiene la mirada cautamente paranoica y normal de un ciudadano de fin del milenio: *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso, y *Luces y sombras*, de Joseph Wambaugh. La primera sobre la Escuela de Mecánica de la Armada en la dictadura argentina, la segunda sobre los policías que actuaban en los cañones que hay entre San Diego y Tijuana y lo que allí suele suceder. Literatura de primera.

15 y 16. *El asesino dentro de mí*, de Jim Thompson, y *A los caballos los matan, ¿o no?*, de Horace McCoy. Dos libros que no envejecerán, de una dureza singular. El mejor *hard boiled* estadounidense de posguerra.

17. *La sexta isla*, de Daniel Chavarría, un libro para los amantes de las peripecias, el placer de leer una novela río. El reencuentro entre la novela de espionaje y la gran novela de aventuras.

18. *La oportunidad del chino*, de Ross Thomas. El barroco anecdótico, personajes inolvidables. Ross merecía ser latinoamericano honorario. Es lo mejor de la literatura picaresca contemporánea.

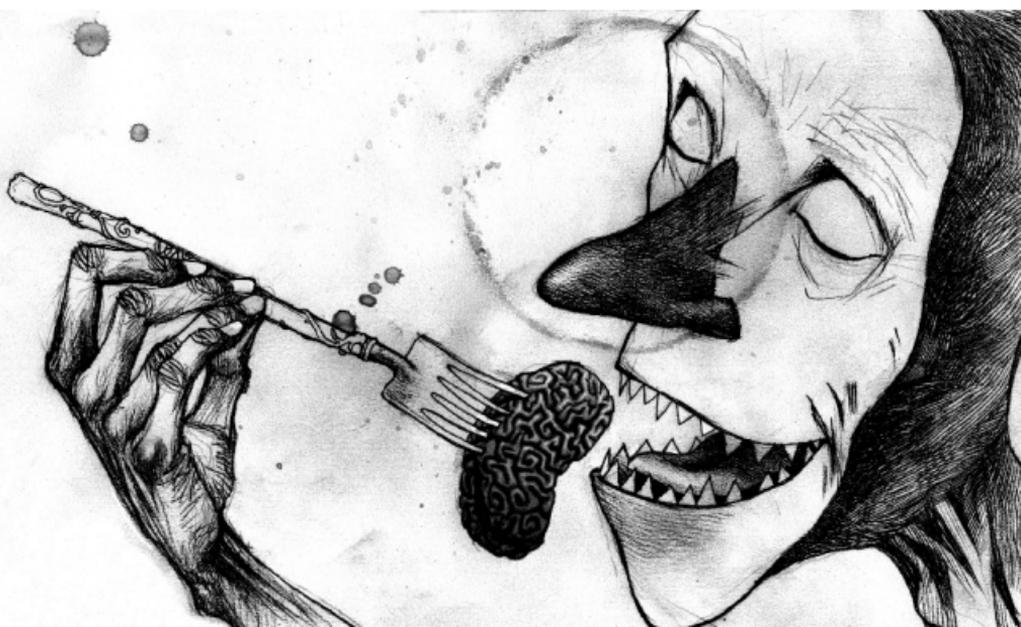
19. *Anónimos a bordo*, de Robert Littel. La guerra de Vietnam en versión estadounidense se explica mejor que nunca, desde ese barco donde el absurdo manda.

20 y 21. *El alegre policía*, de Maj Sjöwall y Per Wahlöö. Lo mejor del cotidianismo, quizá sólo equivalente a la obra maestra de Simenon dentro de la serie de Maigret: *El hombre de la torre Eiffel*.

22. La última, pero probablemente la novela policiaca que más me gusta: *La mirada del observador*, de Marc Behm. Literatura mayor. Un libro inquietante.

LECTURAS Y LECTURAS

Ernesto de la Peña



Por caprichosa que pueda parecer, la actitud espiritual que me asiste en mis lecturas varía según el género. No me preparo de la misma manera para enfrentarme a un texto erudito, erizado de notas y apostillas que exigen atención y suelen traer consecuencias y modificaciones a un tema determinado, que cuando trato de entonarme en la misma frecuencia de un poeta que aparentemente nada pide, pero que tiene en su poder la elusión, pues los poemas son esquivos en la medida en que se quiere penetrarlos. Si el primer texto fecunda alguna disciplina, el segundo, más hondo, más remoto (los hombres somos islas de incomunicación), debe transformarse en mí al tiempo que me lo voy comprendiendo. Aunque, claro está, la comprensión en ambos casos es muy diversa: la primera instruye; la segunda enriquece.

Difícil es cualquier acto de lectura pues se trata del trasvase de una mente a otra, el recorrido engañosamente sencillo que hacen los conceptos al trasladarse de un ser humano a otro, las emociones que viajan de una persona

que las experimentó a alguien, siempre ajeno, por cercano que esté de quien las expresa.

Ambas lecturas me parecen representar una paradoja, pues si la primera contribuye al engrandecimiento de la información, entendida como cultura, la segunda abona y fecunda la dimensión humana, personal, profesional. Pero esta no es la paradoja: lo absurdo parece ser que ambas son latrocinios, aunque lícitos. Leo para nutrirme, para despojar al texto de su utilidad o de su riqueza emocional pues la finalidad del mismo apunta a favorecer y fomentar tales hurtos. A diferencia de la gallina del cuento, las palabras escritas se hacen más numerosas y mejores en tanto que más hombres se apoderen de ellas y las empleen en la vida. Los textos clásicos, por ejemplo, parecen estar siempre a punto de reventar por la frecuentación de que han sido objeto a lo largo del tiempo. Pero su peculiar química les confiere una enorme multitud de posibles ruta de exploración. Es la razón por la que son inagotables la Biblia, el *Quijote* o *La guerra y la paz*.

Aunque ciertas obras, como *El código da Vinci* y otras más de esa tesitura, deben entrar en la cuenta, pues conforman un gesto de nuestros días y valdría la pena preguntarse si algunos clásicos no tuvieron ese lugar en su momento histórico. Y recordemos siempre que *puesto que el pueblo es necio...*

La prosa, la poesía, el ensayo, el cuento... son, a fin de cuentas, diferentes temperaturas que se aplican a un texto,

temperaturas que se hacen concordar con la intención de quien produce ese extraño objeto, un texto literario... o semi.

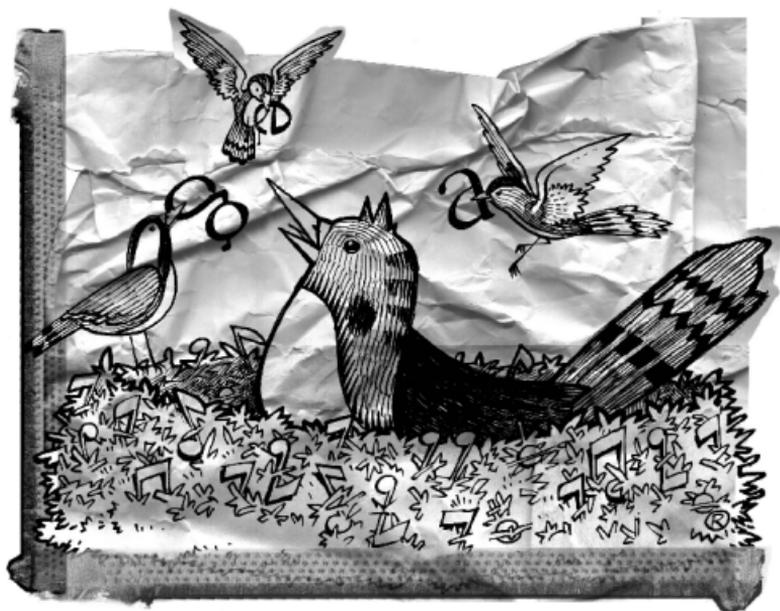
Hay gente que parece avergonzarse de sus lecturas de adolescencia y finge repudiar lo que ha dado en llamarse, con abominable barbarismo, literatura "*light*". Hay que tener, podría pensarse, la talla de Cortázar, para "confesar" la influencia que tuvo en él Verne u otros autores de ese tinte literario especial. Nada más estúpido puedo concebir que aquel tipo de semilectores, filisteos de la cultura y rémoras de toda buena intención. Pero, por razones obvias, esta gentuza pulula dondequiera y hasta puede formar grupúsculos que unen a la desinformación una patética desorientación cultural. Aunque, claro está, para comprender esto hay que tener, tan bien conformada como sea posible, una tabla de valores.

La tarea de leer, si se pretende hacerla en serio, puede ser abrumadora. Necesita con urgencia treguas, paseos y hasta "reventones". Y, por lo demás, no existe línea alguna escrita que no pueda ilustrar acerca de algo, aunque sólo sea sobre la manera de no escribir.

Y, si se me permite una recomendación, hay que tener valentía y emprender cualesquier lecturas, por arduas que sean. Es indispensable, eso sí, tener constancia y ambición, virtudes laudables, pero difíciles de encontrar.

LA CALLE DE MI VIDA

Eugenia León



Los libros son ventanas que no abro todas las veces que quisiera, que necesito. Mi vida está lejos de la rutina y las interrupciones de distintos tipos son constantes. Es, en todo caso, una rutina no rutinaria. A los libros les debo algo de la sensación de continuidad. A ellos vuelvo después de cada gira, en medio de ella, antes. En el viaje, en el hotel, esperando una cita, preparando un concierto, esperando una entrevista, haciendo un cambio de avión en algún aeropuerto lejano. A ellos les debo, igual que a la música, comprender un poco más de lo que soy yo, de lo que somos como seres humanos, conocer otros mundos. No hay, para mí, mayor consuelo que la música y los libros.

Confieso que no tengo la capacidad para tener un banco de datos de todo lo que he leído: fechas, fichas, nombres listos para ser citados, recordados, comentados. Envidio a los escritores y lectores profesionales que nos asombran con su memoria privilegiada; que reseñan y analizan un libro, hacen analogías con otros, con otros autores, con escuelas. Yo los tengo para mí. Sé que todo lo que he leído

ha quedado en mí, en mi forma de ver y sentir. También en mi canto. Especialmente en mi canto.

¿Cómo escojo los libros? Yo diría que me escogen. No soy una lectora sistemática, como sí soy una escucha sistemática. Escojo los discos que oigo según criterios que establezco para mi propia investigación de la música. Pero los libros me eligen. A veces sigo a un autor que conocí por casualidad y que me dijo cosas. A veces compro un libro por la recomendación de alguna persona amiga en cuyo criterio confío. A veces me apasiona un tema y voy tras él. Leo, por saber de mí, a los novelistas mexicanos y a los latinoamericanos, a los clásicos universales, a algunos nuevos autores. Biografías de personajes que me intrigan.

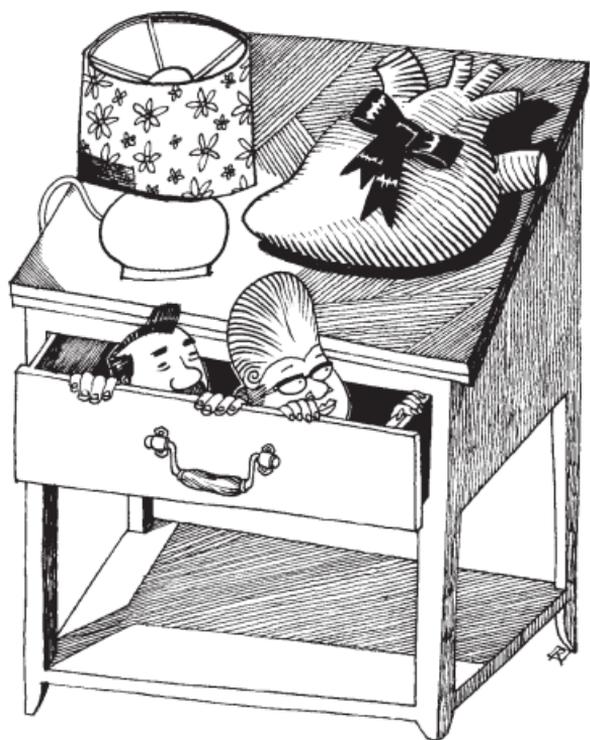
Es curioso: no leo *best-sellers*. Aunque no es tan curioso: soy parte de la generación contestataria de los setenta. Cuando me regalaron *El código da Vinci* estuvo meses y meses guardado. Cuando lo leí provocó en mí el interés de conocer a Leonardo da Vinci. Él me está resultando muchísimo más apasionante que el libro que me llevó a él. De pronto, Leonardo ya no es sólo un personaje lejano, un nombre de otra época, alguien que uno “debe” conocer. Leonardo se ha vuelto para mí un ser querido y cercano. Es lo que yo alguna vez he soñado ser: una infatigable curiosidad de ver, comprender, transformar.

Casi nunca me deshago de mis libros. Sólo me separo de aquéllos que le “heredo” a mi madre. Casi siempre

quedan en mis libreros, silenciosos testigos de mis horas, de mis días, de mis años. No siempre los releo, algunos me duelen más que otros. Pero siempre están allí, dispuestos a un nuevo diálogo. Entre el silencio de mis libros y el sonido de mis discos hay una larga calle por la que transita mi asombro por la vida. Mi gratitud por vivir. Es una calle singular: a un lado, muda, mi vida; al otro, cantarina y melodiosa, mi vida.

TÚ Y TUS LIBROS

Germán Dehesa



Ahí estaba. Envuelto en papel de china y bajo la luz de una lámpara de buró. “Tu papá te pasó a dejar esto”, me dijo mi tía Alicia. Aquí tengo que detenerme. Hay muchas cosas que tú, lector, no sabes y que necesitarías saber si no te quieres quedar fuera de esta historia. Si no sabes, por ejemplo, quién era mi tía Alicia e ignoras por qué mi papá me dejaba paquetes con ella, te vas a aburrir como loco y no vas a entender nada. Otra solución sería que dejaras de leer, pero yo me pondría muy triste y tú jamás sabrías qué contenía el misterioso paquete que mi papá me dejó.

Si eres lector avezado, podrías tal vez suponer que pretendo escribir el *Tristram Shandy* en versión azteca. No hay tal. Lo que ocurre es que tengo que decirles que mi mamá era muy enfermiza. De ella heredé la perversa facilidad de estar hospitalizado. Le encantaba y disfrutaba mucho esto de andar yendo y viniendo de “las puertas de la muerte” a su vida doméstica y cotidiana. El asunto es que a cada rato la hospitalizaban y al hacerlo no podía

atender a sus hijos. Freno violentamente este relato porque caigo en la cuenta de que ustedes no van a entender nada si no conocen a mi tío Eduardo, que estaba loco y era muy rico. Fíjense que durante muchos años y por razones que tú y yo desconocemos, mi tío Lalo no pudo tener hijos y entonces tuvo muchos sobrinos y corrió con ellos muchas estrambóticas aventuras. Una vez dijo: “Diez pesos al que se vaya caminando para atrás desde la glorieta de Insurgentes hasta la colonia del Valle”. Era realmente extravagante el grupo que se formó en la glorieta y emprendió la marcha en reversa comandado por mi tío *el Loco*. Después de varios conatos de atropellamiento masivo, llegamos sanos y salvos a su casa. Ahí nos paró a todos de cabeza (porque no había nada mejor para la irrigación cerebral, decía mi tío) y a cada uno nos dio un majestuoso billete de diez pesos. Lo queríamos mucho, pero no permitiré que se adueñe de esta historia.

Como ya saben, mi mamá se iba al hospital en cuanto le salía sangre por la nariz. Mis tías las decentes entraban en sesión permanente y decidían en qué familia intercalarnos mientras mi madre recuperaba su natural brío. Ésta era una decisión importante. Como en toda familia, nosotros teníamos un buen número de parientes pobres y unos cuantos parientes ricos. El Consejo de las decentes decidía a quién le tocaba ir con los pobretones y quién iría con los ricos. Esto era aleatorio y procuraba ser justo. En la noche de los hechos, yo estaba hospedado con mi tío

Eduardo que como tú bien sabes era muy rico. Lo que no sabes es que el tal Eduardo estaba casado con mi tía Alicia que fue reina del Politécnico y toda la cosa. Entonces yo vivía temporalmente con ellos y la pasaba aceptablemente bien. De vez en cuando, mi papá me llevaba ropa, dulces o alguna otra cosa como aquella que estaba forrada de papel de china bajo la luz de mi buró temporal. ¿Veen?, ahora sí están en condiciones de entender qué era lo que mi papá me había llevado y por qué tuvo tan tremenda significación en mi vida.

Sólo necesitan conocer unos cuantos detalles más. Yo aprendí a leer a los cuatro años, pero desde esa edad y hasta los seis, mis lecturas se circunscribieron a los cuadernos de monitos que coleccionaba mi primo Carlos y una repulsiva “Vida de San Luis Gonzaga” que me regaló con total alevosía mi madrina Matty la mocha. Con materiales tan plebeyos construí la cimentación de mi vida de lector. Tranquilos: no voy a contar la mamona vida de Luisito Gonzaga, ni la tornasolada existencia de mi madrina. Sería bueno que lo supieran, pero temo que algunos se distraigan, otros abandonen la lectura y alguno más se suicide. Vamos a lo importante: el paquete.

Recuerdo que el papel de china era de un suave color verde limón. Risss, lo fui rasgando lentamente. Habría que escribir un voluminoso ensayo acerca del barroquismo mexicano que se hace presente en todo lo que envolvemos. Algo muy sutil en nuestro genoma nos hace per-

cibir que cualquier cosa que no esté envuelta regiamente está como encuerada, impúdica y a merced de la lascivia popular. Entonces, cuando vamos a regalar lo que sea, le ponemos ropa interior, ropa exterior y numerosos adornos; de ser posible, la bolsa en la que va el regalo deberá retacarse también de artísticos y coloridos cucuruchos de papel de china. Pero ya me volví a distraer.

La revelación, el tabernáculo, el hipogeo secreto, el Santo Grial; todo eso estaba frente a mí. “Mark Twain, *Las aventuras de Tom Sawyer*”, así decía la portada de mi primer libro, mío de mí, de mi biblioteca. Cincuenta años largos he dedicado a hacer lo mismo que hice aquella noche milagrosa. Junté varias almohadas de modo que al acostarme quedara yo reclinado, hecho esto, tomé mi libro y no lo solté hasta que se resolvió el emocionante caso de Joe el Indio que secuestraba niños y nomás andaba por el pueblo de San Petersburgo, Missouri, chingue y chingue. Desde entonces soy amigo de Becky Thatcher, Huckleberry Finn, de la Tía Polly y sobre todo de Mark Twain, un hermoso ser humano que, a la muerte de su compañera de toda la vida llamada Eva hizo esculpir el siguiente epitafio: Donde tú estabas, ahí era el paraíso. Esto último viene y no viene muy a cuento, pero ocurre que si tropiezo con algún libro que me gusta, no descanso hasta saber la historia del libro y la historia de su autor.

Entiendo que he sido prolijo, pero Juana Inés Dehesa me ha pedido que cuente cómo es mi relación con los

libros. Yo contesto que a todos los he tratado como al primero; como si fueran un milagro; jamás los subrayo, ni les doblo la esquinita de la página, ni ninguna otra guarrada. La única novedad es que si no me gustan, los tiro.

Sé que mi biblioteca se está mermando gravemente. Juana Inés y gente de su calaña se dedican a ejercer con constancia el robo-hormiga. No me importa. El libro sólo es libro cuando alguien lo lee. Yo, por obra y magia de estos renglones, rasss, estoy rasgando un papel de la China y a punto de leer *Tom Sawyer* de Mark Twain.

LA INFLUENCIA DE MIS LIBROS

R. L. Stevenson



Los libros más influyentes, y los de influencia más certera, son las obras de ficción. No atan al lector a un dogma que más tarde descubrirá que es inexacto; no le enseñan una lección que después deberá desaprender. Repiten, reacomodan, clarifican las lecciones de la vida; nos separan de nosotros mismos; nos fuerzan al conocimiento de los otros, y nos enseñan la red de la experiencia no como nosotros podríamos verla, sino de una manera única, exclusiva. Para lograr esto, las obras de ficción deben ser razonablemente apegadas a la comedia humana, y cada una que así sea servirá para fines educativos. Pero nuestra educación estará mejor cumplida con poemas y novelas donde se respire la magnánima atmósfera del pensamiento y se encuentren personajes píos y generosos. Shakespeare es quien mejor me ha funcionado: pocos amigos vivos han tenido una influencia tan fuertemente benéfica sobre mí como Hamlet o Rosalinda. A esta última, ya de por sí bienamada en la lectura, tuve la buena fortuna de verla, supongo que en un momento particularmente sensible de mi alma, interpre-

tada por Mrs. Scott Siddons; nada me ha conmovido, deleitado o refrescado tanto, y la influencia ha permanecido. El breve discurso de Kent frente al moribundo Lear tuvo un gran efecto en mi mente y se convirtió en el equipaje de mis reflexiones durante mucho tiempo, de tan profundo y hermosamente generoso que es en su sentido y poderoso en su expresión. Tal vez mi más querido y mejor amigo fuera de Shakespeare es D'Artagnan —el D'Artagnan anciano, el de *El vizconde de Bragelonne*—; no conozco un alma más humana o, a su manera, mejor, y vería con mucha tristeza a cualquier hombre que tenga una moral tan pedante que no le permita aprender algo del capitán de mosqueteros. Por último, debo mencionar *El progreso del peregrino*, un libro que emana todas y cada una de las emociones bellas y valiosas.

Pero poco puede decirse de las obras de arte: su influencia es profunda y callada como la influencia de la naturaleza; moldean por contacto, las bebemos como agua y con ello nos hacemos mejores, aunque no sepamos cómo. Sólo con los libros específicamente didácticos podemos percibir su efecto, distinguir, comparar y medir. Un libro que fue muy influyente para mí cayó en mis manos de manera muy temprana, y por lo tanto debo considerarlo primero que a los demás, aunque sienta que su influencia se manifestó mucho después y tal vez todavía sigue creciendo, puesto que es un libro que no se deja atrás fácilmente: los *Ensayos* de Montaigne, un atemperado y genial retrato de

la vida que todavía constituye un gran regalo para poner en manos de las personas de hoy en día; encontrarán en esas páginas sonrientes un muestrario de heroísmo y sabiduría, todo en clave antigua; sentirán cómo se trastornan sus decencias y ortodoxias y podrán (si cuentan con un mínimo don para la lectura) percibir que éstas no han sido trastornadas sin alguna excusa y asomo de razón; también (una vez más, si cuenta con un mínimo don para la lectura) terminarán por ver que este viejo caballero era doce veces mejor como ser humano, y que su forma de ver el mundo era doce veces mejor que la del propio lector y la de sus contemporáneos.

El siguiente libro, en orden cronológico, que me influyó, fue el Nuevo Testamento, y en particular el *Evangelio de san Mateo*. Creo que logra sorprender y conmover a cualquiera si se hace un supremo esfuerzo de imaginación y se lee como libro, no con el sonsonete aburrido con el que se lee un fragmento de la Biblia. Cualquiera que así lo haga podrá ver en él verdades que cortésmente se asume que todo el mundo sabe y que todos, humildemente, nos cuidamos de poner en práctica. Pero sobre este tema será mejor callar.

Llego inmediatamente después a *Hojas de hierba*, de Whitman, un libro que me brindó un servicio muy particular, un libro que cimbró el mundo ante mis ojos, que lanzó al espacio un montón de gentiles e ilusorias telarañas éticas y, una vez demolido mi tabernáculo de menti-

ras, me colocó de nuevo sobre los fuertes cimientos de mis virtudes humanas originales. Una vez más, se trata de un libro para quienes tienen el don de la lectura —para ser muy franco, creo lo mismo de casi todos los libros que valen la pena, tal vez exceptuando a las obras de ficción—. El hombre promedio vive, y así debe hacerlo, tan de lleno en lo convencional que las cargas de pólvora de la verdad sirven más para debilitar que para fortalecer sus creencias. Una de dos: o grita ante la blasfemia y la indecencia y se aferra cada vez más al idolillo de semiverdades y semi-conveniencias que constituye la deidad de nuestros días, o se deja convencer por las novedades, olvida lo antiguo y se convierte, ahora sí, en alguien totalmente blasfemo e indecente. La nueva verdad únicamente es útil para complementar la antigua; la verdad en bruto sólo es deseable si ayuda a engrandecer, no a destruir, nuestras civiles y a menudo elegantes convenciones. Quien no tenga buen juicio hará mejor en no leer más que periódicos y obras de ficción, de donde sacará poco daño y, en un descuido, hasta logrará algún beneficio. (*Traducción de Juana Inés Dehesa Christlieb.*)

LOS LIBROS Y LA VIDA

Sabina Berman



De niña, tendida en la cama, miraba mis libros en el librero y los contaba para dormirme. Si otros contaban borregos para adormecerse, yo mis libros leídos. La costumbre inició cuando terminé el ciclo de novelas de Louise May Alcott (*Mujercitas, Aquellas mujercitas, Hombrecitos, Qué fue de nuestros hombrecitos, Los muchachos de Jo, Bajo las lilas*) y se clausuró cuando el librero se había crecido ya por cuatro paredes de mi dormitorio e incluía al final los libros de Wilhelm Reich (*La función del orgasmo, Psicología de masas del fascismo, ¡Escucha, pequeño hombrecito!*).

Mi librero era mi mundo: lo supe de niña y lo supe luego a los 18 años, ya con la autoridad que me daba haber leído la definición de Ortega y Gasset de la palabra *mundo*: en los libros de mi librero estaban una por una todas las palabras que nombraban una por una *las cosas del trozo de realidad que yo como sujeto conocía, nombrando*.

Cuando le dije a mi padre que me iba de la casa a vivir con alguien, sin casarme oficialmente, sobre el hombro de mi padre podía distinguir el lomo de *La función del*

orgasmo. Décadas antes, aún antes de mi nacimiento por supuesto, mi padre le había regalado a mi madre el mismo libro, y a raíz de ese libro liberador ella se fue a vivir con él, olvidándose de los protocolos sociales del matrimonio. El verdadero matrimonio según Reich es un nudo de libidos, con ritmos y tiempo de caducidad biológicos. Así que amparados bajo el signo de un libro de Reich mis padres me concibieron (imagino que con gran gozo) y luego él, que vivía ya solo para entonces, me dio la despedida de su casa (con gran gozo a la vez que tristeza).

Pero mis libros los dejé en la casa de mi padre.

Fue una decisión que me ahorraría el engorro de empaquetarlos y desempacarlos en mis sucesivos traslados de domicilio. Primero de una zona a otra de la ciudad de México, luego a otro país, luego a otro continente y de vuelta a la ciudad de México y de vuelta fuera. Sabía que ahí estaban quietos y eso me reconfortaba. Y a menudo volvía para insertar mis nuevos libros entre los viejos.

Mi padre subía a mi dormitorio una mesa portátil servida con platitos, en cada uno alguna comida polaca. Arenque, sardinas, pepinillos en salmuera, papas con perejil. Servíamos té y platicábamos de las novedades: de los nuevos libros por supuesto, por supuesto de las noticias de mis hermanos, pero sobre todo mi padre me hablaba de sus nuevos desconocidos.

Si viajar se me volvió una forma de vida, se la heredé a mi padre. Él viajaba más, aunque por razones de negocios

y se quedaba en cada lugar poco tiempo. De cualquier modo, se abría espacios para amistarse con desconocidos. Platicar con ellos, compartir con ellos una cena y nada más. Compañeros de asiento en el avión, personas que conocía en citas de negocios o Bermans ignotos.

Bermans ignotos: sé que debo explicar el término. Bueno, mi padre llegaba a su cuarto de hotel y abría el directorio telefónico, buscaba Berman, un apellido raro casi en cualquier ciudad del mundo, excepto Nueva York, donde abundan —vaya uno a saber por qué—. Mi padre, que había perdido a toda su familia en la segunda guerra mundial, le llamaba a algún desconocido que se apellidaba Berman. A veces no prosperaba la jugada, otras veces sí y mi padre probablemente terminaba cenando el viernes, la noche del *shabat*, con una familia de Bermans ignotos.

Así me contó de un Berman increíblemente japonés (increíblemente para nosotros, los Berman mexicanos), una familia Berman sueca rubia como la arena, un Berman zapatero en Australia y —la joya de sus recuentos— una monja polaca, como él, y como él, Berman.

Una tarde, veinte años después de mi partida de la casa y dos meses después del derrame cerebral que le jodió la vida a mi padre, su enfermera me llamó para decirme que mi biblioteca se había incendiado. Un calentador quedó prendido varios días y probablemente una chispa que saltó del enchufe prendió fuego entre tanto papel y se corrió hasta el dormitorio contiguo por un pasillo, el de mi her-

mana: hasta ahí habían avanzado los anaqueles de libros, mucho más despaciosamente que el fuego que los recorrió en cosa de diez minutos.

Entré a mi dormitorio y lo que vi me partió el corazón. Mi padre estaba sentado sobre mi pequeña cama de niña, la enfermera le había puesto una pijama perfectamente planchada y radiantemente blanca, pero su maravilloso rostro, de nariz afilada, cejas grandes, ojos verdes, estaba negro, tizado de hollín.

Como mis libros: rebanadas verticales de ceniza negra.

Me senté junto a mi padre, en la pequeña cama de niña, y me solté a llorar.

Mi padre tenía momentos lúcidos y otros en los que no conectaba los nombres justos a las cosas, una gota de sangre le había empapado la zona cortical donde reside la capacidad del lenguaje. Así que decía *aeropuerto* por decir *hospital*, decía *ejidatario* por decirle a mi hermano Jorge *hijo*, decía *la gran puta* por decir *la muerte*.

¡Putalagranputavámonosdel aeropuerto!: en el hospital me lo había gritado temblando de miedo, antes de tirar de un manotazo la comida de encima de su mesa de enfermo.

Los días en que se le desajustaba el lenguaje, se desesperaba. Se desesperaba de vernos tratando de adivinar el sentido de sus metáforas y se desesperaba de no entender tampoco la sucesión de sonidos que nosotros pronunciábamos. Lo intentábamos unos cuantos minutos y entonces él se hartaba y no hablaba más.

Bueno, digo que nos sentamos en mi cama de niña, en el centro de mi biblioteca vuelta ceniza, y me solté a llorar. Él no habló, estaba en uno de los malos días, sólo me tomó de la mano. Y el calor de su mano me fue llenando todo el cuerpo.

Así perdí mi primera biblioteca. Años después, me robaron una segunda biblioteca para vender a 3 pesos el libro en el mercado de La Lagunilla. Pero en ese momento en que mi padre me tomó la mano y su calor me entró al cuerpo, entendí algo que me hace inmune al robo o a la destrucción de mis libros.

Sí, las palabras cifran lo que conocemos, las cosas cuya suma es nuestro mundo; por fortuna lo que desconocemos es una extensión incomparablemente más amplia.

MIS TABIQUES

Felipe Leal



La relación que mantenemos con un libro, con los libros, es más duradera e intensa que muchas de las que en nuestra vida establecemos. Este bello objeto de gran maniobrabilidad, de sugerente aroma, de compañía invaluable en momentos de reflexión o de banales esperas o tiempos libres aparece siempre como fiel y permanente compañero, al cual guardamos fidelidad eterna.

Pero, ¿qué se esconde detrás del deseo de abrir un libro, hojearlo, revisarlo, detenerse en una de sus partes y después cerrar la cuarta de forros con energía? Me resulta semejante a abrir una caja y que de ella emanen sugerentes ideas, imágenes que hacen que nuestro paso por este mundo se enriquezca y que nos ayuda a entender tan sólo algunos fragmentos o piezas mínimas de lo que sucede a nuestro alrededor: son cajas que al abrirse evaporan etéreamente partículas de saber, mismas que deseamos atrapar como si nuestra mente u ojos fuesen imanes, para retenerlas en nuestra conciencia; quizá sea por ello que los acariciamos, los sobamos, los protegemos, los abrazamos y cuidamos

como si fuesen seres indefensos. Basta ver el respeto que este objeto se ha ganado en la mayor parte de los espacios que acompañan nuestra cotidianeidad: generalmente están colocados o sobrepuestos en superficies que los acogen, a las cuales llamamos libreros, mesas o anaqueles.

Por fortuna, en pocas ocasiones los vemos cumpliendo algún papel denigrante o poco digno para lo que representan: sólo a veces se utilizan como tope para alguna puerta, o como soporte para la escritura.

Un libro es un amigo, un compañero, una fuente de saber, un objeto táctil y atractivo, una herramienta contra la ignorancia, un instrumento que brinda placer y sorpresa, un artefacto de invaluable valor plástico del cual difícilmente nos desprendemos. Es poco común deshacerse de un libro, a pesar de haberlo leído o consultado en varias ocasiones, como si fuera ese amigo que sabemos que está ahí y que en cierto momento desearíamos volver a ver, aunque no lo hagamos con frecuencia.

El material del cual está hecho, así como su valor simbólico, nos hace asociarlo recurrentemente con la calidez, entendiendo por calidez aquello que protege, que abriga, que ofrece bienestar. Todo eso nos brinda un libro.

Es un objeto que nos transporta, que oxigena nuestra mente, que nos obliga al ejercicio intelectual y a vencer barreras. La capacidad explosiva de este pequeño objeto no deja de sorprendernos: cuántas decisiones en nuestras vidas o en las de algunas sociedades han sido tomadas a

partir de la lectura de un libro; cuántos seres humanos se pueden religar en torno a una publicación y asumirla como guía de vida.

Las anteriores son tan sólo algunas consideraciones mínimas en relación al valor intangible de este enigmático objeto. En lo particular no podría imaginar mi vida cotidiana sin el contacto con los libros. Requiero de ellos como de los seres amados, las pasiones y la música para saber que mi vida tiene sentido. Recuerdo que desde muy pequeño cultivé cierto impulso por conservar algunas piezas y, con el tiempo, ello se fue incrementando con particular obsesión. Yo requería de ellos, pero ellos también de mí para su digno resguardo: establecimos una relación dialéctica de necesidad-protección.

Si a los valores plásticos nos referimos, la belleza de uno se multiplica exponencialmente cuando ese uno deja de serlo y se convierte en muchos. La imagen contundente que producen amplias extensiones de libros es particularmente emocionante; la fuerza visual de la adición de muchos lomos de distintos colores me han hecho establecer una analogía con la de un tabique, el cual al multiplicarse edifica un muro y progresivamente después una casa y, finalmente, la suma de ellas una gran ciudad.

He querido, y lo he logrado por fortuna, habitar rodeado de libros; física, material y conceptualmente estoy envuelto por ellos. Son una especie de placenta que ayuda a mantener con vida a un organismo.

A raíz de que recibí la invitación para escribir un texto sobre mi relación con los libros, se despertó en mí el deseo de dar respuesta a una pregunta que me parecía obvia, pero sobre la cual no tenía claridad: el impacto de los libros en mi vida cotidiana. Es como si alguien preguntase: “Oiga, ¿cuál es su relación con sus pasiones?” Desde luego, la respuesta predecible será que no se puede vivir sin ellas: justamente eso me sucede con los libros. No me había percatado de lo importantes que resultan para mí.

Ellos me acompañan desde el inicio de cualquier mañana, dado que se han reproducido como conejos en el interior de mi casa y, al haberse desbordado de sus contenedores originales, hoy ocupan mesas, sillas, burós, cubiertas de muebles y, en fin, cualquier superficie que permita que su dignidad se mantenga incólume y que al mismo tiempo estén a la mano para ser consultados en cualquier momento. Los libros me acompañan físicamente, pero primero lo han hecho a través de lo que me han comunicado y enriquecido y los mantengo y conservo en parte como recuerdos de aquellos momentos en que fueron leídos o consultados: son una especie de diorama de mi vida y tanto el uno como los otros somos cómplices de conocimientos, intereses y secretos. Yo los protejo y ellos me observan. Son testigos de diferentes etapas y momentos de mi vida y, a pesar de que mi memoria y mis fobias quisieran borrarlas o modificarlas, ellos me recuerdan que ahí radicó mi interés y algunos anhelos por

saber algo. Por ello, difícilmente los desprecio, a aquéllos que tienen cierta edad los veo con nostalgia, y con mucha dificultad me deshago de ellos.

NOTAS AL MARGEN

José Rogelio Álvarez



Ha llegado a ser tan abundante la producción de libros que la lectura tiende naturalmente a volverse selectiva. Esta observación vale para los profesionistas y académicos que cuidan de leer oportunamente las novedades que les aseguren mantenerse al día. En contraste, los jóvenes, que por necesidad o inclinación empiezan a adquirir tan buen hábito, tienen la oportunidad de incursionar en todos los géneros literarios, mientras su vocación no los obligue a especializarse. En esta etapa inicial lo aconsejable es que lean con avidez las obras de los clásicos castellanos, de cuyas páginas habrán de derivar el cultivo de la sensibilidad, la propiedad en la expresión y el gusto por la belleza del lenguaje. Se les abrirán así las puertas de la cultura general, se les irá ampliando la comprensión del mundo y, si perseveran, llegarán a reunir un estimable acervo bibliográfico.

A la vista de una biblioteca particular, que siempre ha sido atrayente e insinuante, es previsible que alguien le pregunte al dueño, no sin un dejo de incierta conjetura:

“¿Y ya leyó usted todos estos libros?” Si el aludido es persona que atienda las demandas de la inocencia, responderá que las bibliotecas alojan tanto impresos que se leen una sola vez cuanto aquellos que se conservan para utilizarlos cuando se desea: conocer más a fondo una materia, abundar en un tema, despejar una duda, precisar un dato o una fecha, recordar los detalles de un suceso, satisfacer una curiosidad, memorizar una frase certera o un verso evocador, o simplemente gozar el placer de una relectura.

En este sentido, la biblioteca tiene cierto parentesco o parecido con la despensa, sitio de la casa en que se guardan los comestibles, o sea la provisión de alimentos que han de consumirse, unos a futuro, porque sean perdurables —“el pan, la sal, la miel”, que dijera el poeta—, y otros cada día, si son perecederos. A la vista de esos mantenimientos, ¿habrá alguien capaz de preguntar: “¿Y todo eso se lo va a comer usted?”, en cuyo caso se le contestaría: “Sí, cuando sea preciso, pero no en conjunto ni al mismo tiempo”? Con secuencia y dosis adecuadas, los alimentos vienen a ser los nutrientes del cuerpo, y los libros los fertilizantes de la inteligencia y el espíritu.

Aunque pocos lo adviertan, los propios libros sugieren la postura en que desearían ser leídos: de pie y en voz alta, en homenaje al autor y en imitación del maestro que diserta con sabiduría y elocuencia; arrellanado en un mullido sillón, a la luz de una sola lámpara, proclive a meditar en soledad y sin prisa; de bruces en la cama, de

preferencia en pareja, para seguir lentamente un relato de amor, propicio a comentarios y requiebros; reclinado en la almohada, modo de matar las horas de insomnio y evadir, en su caso, la tentación próxima; sujeto al asiento del avión, con cualquier *best-seller* en las manos, para aliviar la tensión y abreviar el vuelo, y ya en la cima de la serenidad, frente al escritorio, teniendo a la vera la pluma y el papel para las notas.

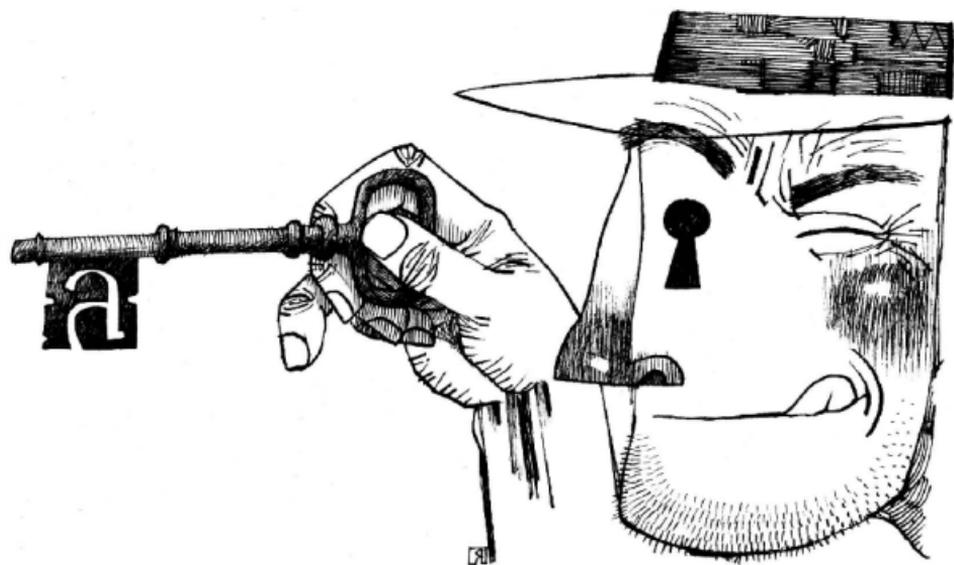
Los libros que yo he hojeado, los que he leído con esmerada atención, en una u otra postura, y los que a menudo consulto, se hallan en mi biblioteca, y los que suelo leer hace algún tiempo son todos obra de escritores distinguidos amigos míos, ya que para los demás, aunque se les atribuya mérito, no tengo tiempo. En el pasado, otras circunstancias me forzaron a dejar huecos o lagunas someras. Por ejemplo, cuando me dediqué a formar la *Enciclopedia de México*, prescindí de lecturas que socialmente parecían indispensables porque constituían las novedades en boga. Si se me pedía una opinión sobre ellas, pedía disculpa por ignorarlas, pues la vastedad de aquel trabajo me impedía probar los frutos culturales más recientes. De ahí que haya cometido algunas omisiones, aunque me consuela la advertencia de que una enciclopedia debe contener todo, menos lo que le falta.

Un agudo crítico literario, complacido por el servicio que le presta a menudo la *Enciclopedia de México*, declaró su admiración por ella, pero lamentó que la entera apli-

cación de ese trabajo me haya impedido componer la obra de creación que de mí podría esperarse. Ciertamente no recurrí a la ficción para hacer comprensible la realidad, sino que traté de poner orden en el conocimiento de México, lo cual, a mi juicio, no deja de ser creativo, sobre todo si se considera que además del plan general del proyecto y su diseño, tuve que resolver los problemas que implicaban la colaboración de terceros y su eventual incumplimiento, la unidad de estilo de los textos y lo que no es frecuente que acometa el escritor: la distribución, la publicidad, la venta y en especial el financiamiento, sin que ningún organismo público o privado auspiciara lo que parecía un designio ilusorio. Hasta 1987, diez años después de la primera edición, la Secretaría de Educación Pública, manejada por un hombre ilustrado, adquirió 20 mil colecciones para distribuir las en las escuelas federales. Se consideró entonces que la *Enciclopedia de México* era la obra nacional más importante publicada en los años que iban corridos del siglo xx.

LIBROS PARA ESPIONAJE Y CONTRAESPIONAJE

Daniel Giménez Cacho



De niño un libro suponía la posibilidad de estar tumbado sin ser molestado. Mi padre, trabajador en extremo, veía con malos ojos el acto de estar tumbado, pero si se tenía un libro en las manos la cosa cambiaba, se tenía licencia para pasar la tarde en un sillón o en una hamaca durante las vacaciones. Así descubrí el placer de aislarme al cruzar por el mundo escondido que encerraban aquellas novelitas de espionaje y contraespionaje de la segunda guerra mundial.

Antes de eso, más pequeño aún, recuerdo la biblioteca de mi padre como un sitio inaccesible e incomprensible. Recuerdo cuando estiró su largo brazo para sacar, de una alta repisa, un volumen encuadernado en piel. Todos eran de igual aspecto y tamaño (he visto el mismo tipo de encuadernación en otras bibliotecas de emigrantes españoles). Me leyó algunos versos escritos por un viejecillo, también español, que sentía un amor desproporcionado por un burro gris, casi plateado. Recuerdo bien la emoción de mi padre leyendo aquellos versos pero nunca en-

tendí por qué el autor amaba tanto a su burro. Recuerdo que mi padre experimentó el mismo tipo de pasión, o casi ardor se podría decir, cuando me leyó *El cantar de mio Cid*. Aquella obra también salió del librero de los libros iguales, encuadernados en piel. Y es que yo necesitaba aprenderme una recitación para la escuela y mi padre me dijo que nada como aquellos versos de “sangre, sudor y... (chin, ya lo olvidé) el Cid avanza”. Mi padre leía aquello como si hubiera conocido al tal Cid, pero cuando yo repetí esos versos en el patio de la escuela el silencio fue sepulcral y al ver las caras de mis profesores supe de inmediato que había fracasado, nadie sabía quien diablos era el Cid. El triunfo fue para otro niño que recitó con lágrimas en los ojos “mamá soy Paquito...” En fin, que de aquel librero no salió mucho para mí. En las repisas que estaban a mi alcance se almacenaban las revistas *National Geographic* que llegaban cada mes y que me gustaba mucho ver pero no leer pues estaban en inglés.

Perderme en la conmoción de la lectura de una novela fue algo que llegó mucho después. Los libros fueron para mí primero los del estudio: historia, ciencia, psicología, filosofía. Enfrentarme al primer tomo de *El capital* para lograr descifrar un pequeño párrafo incomprensible me llenó de gozo en la preparatoria. Yo pensaba que la ficción siempre estaría ahí, mezclada con la fantasía para cuando hubiera tiempo, pero el conocimiento... ¡Ah! Eso sí que abría la mente y era útil. Como verán, una formación

pseudo racionalista, con pretensiones científicas y quequesque utilitarias. Todavía hoy conservo libros de texto que me marcaron en la secundaria.

Tarde, pero al fin comprendí que al conocimiento se llega de muchas maneras y que la ficción es el camino más ancho, o en el que mejor me encuentro para entender este mundo. Al terminar la preparatoria me aferré con tanto placer a ciertas novelas que para evitar el fatal momento de leer la última página, las cerraba y hoy están ahí esperando ser leídas.

Ahora tengo una biblioteca pequeñita (no encuadrada en piel), con libros que registran cada trayecto de mi vida o las vueltas que ha dado mi cabeza y que guardo como se guardan los álbumes de fotos familiares. A los de poesía y teatro vuelvo y vuelvo, son los que para mí, más relecturas aguantan. Me inquieta darme cuenta de que hay frases que leo sin más pero que leídas en otro momento resuenan con más fuerza.

Me apasiona entrar a la biblioteca de cualquier persona y ver qué es lo que ha acumulado y en qué orden. Las etiquetas con los precios o las dedicatorias en los forros, separadores que esperan el regreso del lector o, placer más perverso aún, espiar los subrayados y comentarios que alguien haya hecho. Libros para espiar y contraespionar como hacían los personajes de aquellas primeras novelas que leí de la segunda guerra mundial.

ÓRDENES Y DESÓRDENES

Federico Campbell



*Entre los libros de mi biblioteca (estoy viéndolos)
hay alguno que ya nunca abriré.*

JORGE LUIS BORGES

El primer recuerdo de un libro lo tengo de cuando yo tenía seis años. Ese libro era *Las ruinas de Palmira*, de no sé qué autor, uno de los libros que le llegaban a mi padre en un paquete procedente del DF (estábamos en Tijuana) y que llevaba una etiqueta con las letras COD: cóbrese o devuélvase, un servicio del correo mexicano. En la casa no había biblioteca pero sí un pequeño librero para unos veinte títulos. Otro libro que recuerdo es *Tabaré*, del uruguayo Juan Zorrilla de San Martín.

Mi primera lectura propiamente dicha, a los trece años y desde la primera hasta la última página, absolutamente embebido, fue la de *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas. Era el verano de 1954, el año en que murió James Dean. En Hermosillo, a donde me fui a hacer la preparatoria, me obsesioné con los libros de Jean-Paul Sartre

(uno de mis primeros enamoramientos literarios) y *La náusea* me cambió la vida. Me enseñó a no atormentarme tanto por la pérdida de la fe en dios. Más tarde, hacia los diecinueve años, estaba pasando los meses del verano de 1959 en Zacualpan de Amilpas, Morelos. Nunca olvidaré mi lectura de *Crimen y castigo*, que acometí durante esos dos meses, porque nunca antes había disfrutado tanto del silencio y la soledad pero sobre todo porque estuve a punto de matarme: me pasaba las horas de la mañana leyendo sobre el techo de esta iglesia barroca del siglo XVI y una vez, al empezar a bajar, me resbalé sobre el reverso de la cúpula pero alcancé a aferrarme a una gárgola que me impidió caer al precipicio. El terror me vino después y esa emoción siempre la he asociado a la novela de Dostoievski.

Después el libro como tal, si yo era el autor, compensaba de sobra la carencia de un título universitario. Me gratificaba mejor y disolvía aquello que yo sentía como una especie de bastardía intelectual: el no estar graduado. Como objeto amable y digno no sólo de tocarse sino también de olerse, el libro me fascinaba al irse confeccionando en la imprenta del maestro Casas que me presentó Juan José Arreola. Me gustaban los pliegos, los folios, el olor y el sabor de la tinta y disfrutaba mucho de aquella forma que muchos de los escritores de mi generación teníamos de ganarnos la vida: corrigiendo galeras de la editorial Joaquín Mortiz (“las carnitas” le llamaba Augusto Mon-

terroso a las galeras porque luego de cobrar nos íbamos a comer carnitas), haciendo la *Revista de la Universidad* en la imprenta Madero o el suplemento cultural de *Siempre!*

Una de las cosas que más me ha gustado de los libros es enviarlos por correo. Creo que durante más de veinte años, desde que ella tenía quince, le enviaba a Tijuana cada mes o cada dos meses algún libro a mi hermana Silvia. Desde entonces, desde Hermosillo o desde el DF, le fueron llegando los libros de Julio Cortázar, *El extranjero*, de Albert Camus, *Pédro Páramo*, *El astillero*, de Onetti, y —nunca pensé que los leería completos— los siete libros de Proust y casi todas las novelas de Virginia Woolf. Con los años me he dado cuenta de que es mucho mejor lectora que yo y que ha leído mucho más que yo, que tiendo a la dispersión y siempre he tenido problemas de concentración. Yo leo varios libros al mismo tiempo y es raro que termine de leerlos. Es mi forma de ser mental y he aprendido a aceptarme tal como soy. También voy escribiendo varias novelas al mismo tiempo y me toma muchos años terminarlas. Entre las cualidades de mi inteligencia la atención es la más pobre.

Mi biblioteca la tengo organizada de una manera que yo creí común a todos los escritores: en orden alfabético, acaso porque es predominantemente de novelas (en otra sección de la casa tengo un alto librero de poesía y al lado otro dedicado a obras de teatro, guiones de cine, y manuales acerca de cómo escribir guiones). Siempre que

recorro mentalmente mi sistema solar, con los ojos cerrados, un libro resplandece más que otro; como que me llama y sé exactamente en qué parte del estante está. Me da gusto que Borges se codee con Banville, Raymond Carver con Conrad, y Chéjov con Chatwin. Me conmueve que mi amigo Turgueniev me diga: “Acuérdate de mí”. Me sigue emocionando la idea de que en la lectura uno conversa con los muertos.

Sin embargo, sé que nunca habré de leer muchos libros. Nunca voy a tener tiempo. En esta vida nos sobran muchas cosas (zapatos, plumas fuente, suéteres, gorras, discos, libros) pero siempre nos falta tiempo. He llegado ya a una situación en que, ante un libro que hojeo en una librería y que me gusta decido mejor no comprarlo (como me pasó hace poco con una novela de Paul Auster) porque sé que nunca voy a tener tiempo de leerlo y allí va estar intocado en mi casa dentro de tres años.

Y como es lógico, a mi biblioteca tengo que irle sacando libros. Hay que irlos drenando porque de lo contrario uno corre el peligro de que los libros lo sepulten o lo echen de la casa. Hace más de diez años que no trato con vendedores de libros usados. Creo que todos ellos, el cien por ciento, son muy aprovechados y abusivos con sus clientes. (Una vez uno me dijo: “Si no me lo regalas para mí no es negocio.”) Por eso todos los libros que desecho se los paso al *Pifas*, que tiene aquí en la esquina su puesto de periódicos desde hace treinta años. Epifanio Valencia

es el único librero de viejo que tiene palabra y sentido del honor. No llevamos contabilidad, pero si vende un libro en diez pesos me da cinco. Si todos los mexicanos fuéramos como *El Pifas* otro gallo nos cantara en este infortunado país.

ACERCA DE MIS LECTURAS

Félix Fernández



Subrayar

Por alguna razón relacionada con las copias fotostáticas, a través de las cuales leíamos los libros en el CCH Sur y en la UNAM, no puedo leer algo que despierte mi interés sin subrayarlo. Esta costumbre se reforzó una vez que comencé a escribir textos más o menos armados y se volvió indispensable a partir de 1996, que publico artículos periódicamente.

Leer algo que no me provoque subrayar o escribir una pequeña nota paralela es como dejar escapar un balón que rueda a los pies, solicitando ser pateado. Porque leer subrayando, o subrayar leyendo, incrementa la adherencia de los conceptos, ya que, de entrada, uno lee el párrafo o el renglón dos veces.

Personalmente, distingo entre dos maneras de subrayar: con la tradicional línea debajo de las palabras y cubriendo por completo las palabras con un marcador. La segunda implica mayor importancia o mayor interés personal por lo leído, además de que ayuda a una ubicación más rápida al momento de buscar un fragmento.

Un libro que contiene notas personales o se encuentra subrayado pasa a ser tan íntimo como un diario y, a partir de ahí, resulta imprudente pedirlo prestado y, ¡claro!, realmente tonto prestarlo.

Juan Villoro me invitó el año pasado a presentar su más reciente libro, *Dios es redondo*. El acto fue en el majestuoso Estadio Azteca e incluyó únicamente a la prensa. Con casi un año de radicar en Estados Unidos, al finalizar la presentación dejé con toda confianza mi ejemplar subrayado y lleno de notas sobre la mesa, mientras se realizaban algunas entrevistas y fotos. Una media hora más tarde, miré hacia lo que fue mi lugar y mi libro subrayado y con cientos de notas ya no estaba. Pregunté si alguien lo había tomado por error, pero de inmediato me percaté de que, evidentemente, había sido vilmente robado. La gente de la editorial me obsequió un repuesto, pero me dio tanto coraje y lamenté tanto el suceso, que a manera de luto ya no volví a subrayar el nuevo ejemplar.

Mi librero

Mi librero no es tan grande, quizá porque llevo diez años de mudanzas, pero es bastante preciso. Es decir, los temas que me interesan saltan a la vista sólo con pararse frente a este recién comprado librero de las mueblerías El Dorado: fútbol en todas sus manifestaciones, todas sus épocas y todas sus ediciones en español; sociología, ética y valores, junto con algunas novelas que me han influido bastante:

Ensayo sobre la ceguera, de Saramago; *Cien años de soledad*, de García Márquez; *Arráncame la vida*, de Ángeles Mastretta; *El alquimista*, de Paulo Coelho; *La conjura de los necios*, de Toole y *Mujeres*, de Bukowski, entre otras.

Crecí en una casa muy grande con libreros sumamente largos, por lo que durante mi infancia supuse que una casa debía estar llena de libreros que no permitieran ver paredes; mientras más libreros llenos, menos ignorancia, pensaba. Hoy esas repisas cargadas de libros permanecen como testigos de los años que han pasado y que no han sido ninguna fuente del conocimiento de nadie, al menos en los últimos 30 años. Pasaron a ser, como sucede con ciertos muebles, ciertos adornos o ciertas manchas en la ropa, invisibles, inútiles e invisibles.

Con el paso del tiempo decidí que lo que menos quería en mi casa era un librero lleno de elefantes blancos que sólo acumularan polvo y no cultura; por ello, desde que salí de casa de mis padres he tenido libreros útiles.

Leer

Cuando uno tiene hijos pequeños y trabajo de tiempo completo, leer más allá del periódico o textos en internet se vuelve complicado. Las lecturas pasan a ser intermitentes y en ocasiones el libro del buró espera más de una semana para ser reabierto.

Yo leía mucho más cuando era futbolista que ahora. Suena lógico pero en la realidad es todo lo contrario; el

futbolista prefiere pasar más tiempo en internet, en el teléfono y con las revistas del corazón o los diarios deportivos, que con un libro. Y es que leer un libro es toda una disciplina, que en nuestros años escolares se convertía en penitencia y se relacionaba directamente con el aburrimiento.

Tiene que caer en las manos, un día, el libro ideal. A partir de ese momento, en ocasiones memorable y en ocasiones intrascendente, como en mi caso, la lectura deja de ser pesada y dejamos de revisar el número de páginas que nos faltan en los libros que nos sumergen.

Comencé a leer casi de manera obsesiva durante mi carrera como futbolista por dos razones: me parecían sumamente bobas las bromas entre las que se desenvolvía la convivencia dentro del plantel, así como nada interesante jugar cartas o videojuegos. Además, comencé a publicar artículos cuando me encontraba justamente a la mitad de mi carrera, aunque desde que inicié hacía notas y escribía reflexiones desordenadas cada semana. Por estas razones me refugiaba en la lectura y, de esta manera, en los largos viajes, en las tediosas concentraciones, me aislaba del resto del plantel y evitaba participar en lo que consideraba banalidades (aunque hoy tengo un concepto distinto al respecto, eso no es tema de este texto).

A través de la lectura en todas esas horas de recuperación, descanso o viajes, buscaba una identificación literaria a mis intensas emociones en la cancha, al fenómeno

de la publicidad, del dinero, de las nacionalidades, de las religiones, a las sensaciones en la derrota y en la victoria. Es decir, me sensibilizaba y buscaba sensibilizarme aún más con un libro que me atraía. Así se hizo mi estilo de vida dentro del fútbol y, aunque considero el día de hoy exagerada aquella postura, que nada tenía que ver con falta de compañerismo o incomunicación, me sirvió para crear una imagen dentro del fútbol que, sin ir más lejos, me permite escribir para este medio.

Hoy leo libros por las noches, cuando ya mis hijas se han dormido, cuando mi adorable mujer también duerme y tras ver las noticias de la televisión mexicana que me hacen sentir más cerca de mi caótica ciudad de México. En el buró descansa durante el día el libro que cada noche trato de leer, al menos un poco, una vez que la casa se encuentra en calma. El buró sostiene mi lectura nocturna y junto al texto se encuentra también un plumón marcador que utilizo para subrayar, mismo que a menudo desaparece para caer en poder de alguna de mis hijas, quienes también, para nuestra alegría, comienzan a formar su propio librero.

DE ACUERDO, JULIO

Gerardo de la Torre



A Mildred

Aprendí a leer en 1943, cuando vivía en Minatitlán, un municipio petrolero del sur de Veracruz. Todavía no iba a la escuela y logré aprender gracias a la paciencia de mi madre y a unos cubos de madera con letras en altorrelieve, con los cuales, en vez de construir castillos o fortificaciones, construía palabras.

En Minatitlán era difícil conseguir buen material de lectura, y el primer libro que recuerdo que tuve en las manos fue una edición en cuarto marquilla, profusamente ilustrada, de unos *Cuentos de hadas japoneses*, de cuyo autor o de cuyos autores no tengo la menor idea.

En 1945 mi padre consiguió que lo trasladaran de la refinería de Minatitlán a la de Azcapotzalco y viajamos a la capital. Durante tres años habitamos un pequeño departamento en la calle Emparán, muy cerca de la avenida del Ejido (que hoy es el tramo final de la avenida Juárez entre el monumento a la Revolución y paseo de la Re-

forma). Precisamente en paseo de la Reforma estaba la Biblioteca Benjamin Franklin (del Servicio de Información de Estados Unidos), que tenía varias salas de lectura y prestaba libros a domicilio. Para llegar a la biblioteca cruzaba la avenida del Ejido, atravesaba luego el patio de un viejo caserón con portones siempre abiertos que daban a Ejido y paseo de la Reforma (era la sede del PRM, que a principios de 1946 se transformó en PRI), y por último cruzaba yo el ancho paseo. En la Franklin me leí toda la sección infantil, que albergaba libros muy ilustrados. Con vaguedad recuerdo autores como Salgari, Stevenson, Jack London y Mark Twain, seguramente condensados, y me acuerdo muy bien de una revista argentina, *Billiken*, que me entretuvo mucho.

En 1948 nos mudamos a la casa de un tío en la colonia Postal, donde nos alquilaba o nos prestaba parte de la planta alta de su casa. No extrañé la biblioteca Franklin porque, aparte de que no me permitieron ingresar a la sección juvenil (empeñados, supongo, en proteger mi inocencia), mi tío poseía una bien nutrida biblioteca. Como no me movía afán alguno de erudición, de todo lo que allá leí solamente recuerdo, aparte de algunas novelas de capa y espada, *Así habló Zaratustra* y dos obras de Voltaire: *Cándido* y *Micromegas*. Digo que leí estas obras, no que las comprendí o las asimilé. Mi tentación y mi vicio era la lectura, no la sabiduría.

En 1949 nos fuimos a vivir a la Narvarte, donde per-

manecimos quince años. Mi vida de lector —leía “monitos” y la literatura facilona que conseguía mi mamá— no se modificó sino unos años después, cuando a los quince de edad comencé a trabajar en Pemex. Mi raya semanal como aprendiz en el taller de tubería era modesta y algo más de la mitad iba a aliviar el presupuesto familiar, pero con lo que me quedaba podía comprar unos cuantos libros. Nada espectacular: novelitas policiacas de segunda —ediciones Novaro en su mayor parte— y de vez en cuando un Hemingway, un Scott Fitzgerald, un Steinbeck. Por esos años me hice fanático de la literatura estadounidense, pero leía estrictamente por placer, para entretenerme, quizá para hallar en los universos ficticios de la narrativa una compensación a mis aún jóvenes fatigas de la vida.

Un cambio sustancial en mis lecturas advino cuando a los dieciocho años entré a unas clases de teatro que patrocinaba el Seguro Social e impartía Carlos Ancira. En la Zaplana del Caballito (avenida Juárez, al lado del popular café Kikos) comencé a buscar obras de teatro: Chéjov, Ibsen, Molière, Benavente... Me dio por escribir teatro, probé y fracasé. Mas cuando caí en cuenta del desastre ya me había dado por escribir cuentos gracias al descubrimiento de Poe y Maupassant. Pero seguía leyendo por placer, hasta que en 1958 conocí a José Emilio Pacheco.

De vez en cuando visitaba José Emilio a cierta actriz de uno de nuestros grupos y un día me animé a platicar con él. Le pedí que me sugiriera lecturas y recuerdo

con exactitud que me recomendó *El exilio y el reino*, de Camus, el *Salambó* de Flaubert y una antología de poetas españoles en la que aparecían Blas de Otero, Gabriel Celaya, José Hierro y otros. Corrí a la Zaplana, me puse a leer aquello y eso contribuyó a liquidar mi breve vida feliz de lector gozoso y despreocupado. En adelante, y sobre todo a causa de Camus, de quien me seguí con *La peste* y *La caída*, leía y releía cada obra intentando descubrir en ellas las enigmáticas claves de la buena escritura. Luego di con Faulkner y Dos Passos, me atreví con el complicadísimo *Ulises*, descubrí (o me descubrieron) a Rulfo, Borges, Cortázar, Vargas Llosa y logré colarme al taller de Juan José Arreola. Leía febrilmente, desbocadamente, mas por desgracia me había abandonado el viejo gusto de leer por gusto. Leía con la ilusión torpe y disparatada de aprender la técnica y apoderarme de vastos recursos narrativos para aplicarlos en los textos que con gran dificultad armaba. Y en esas andanzas la novela me ganó para su causa. Me arrojé entonces, voraz, sobre los ensayos de E. M. Forster, Castellet, Juan Goytisolo, Robbe-Grillet. (Hoy debo confesar que tengo la impresión de que las bases de mis procedimientos novelísticos las tomé más bien del cine, de filmes como *Ocho y medio* y el *Salvatore Giuliano* de Francesco Rosi.)

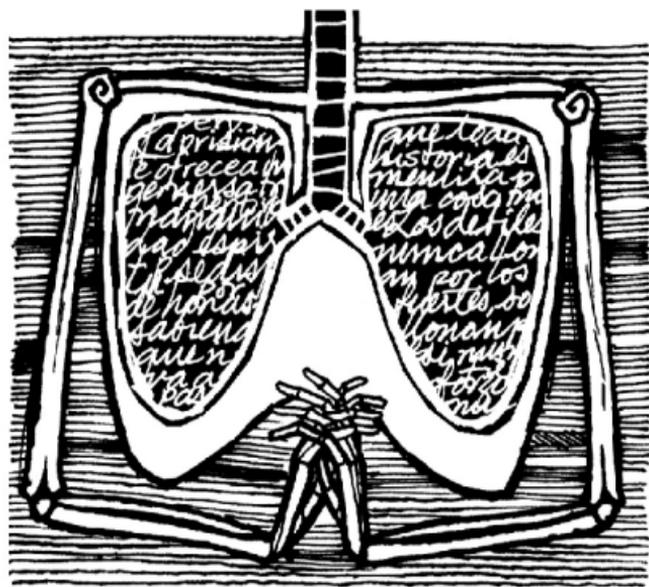
A los cincuenta y tantos años de edad dejaron de preocuparme la técnica, los recursos y cuanta originalidad pudieran presentar las novelas de estos tiempos; ya

no pretendo apropiarme de nada. De algunos años a esta parte vuelvo a leer como en mi infancia y en mi juventud: por el mero placer. Si la novedad de un libro me entretiene, bienvenida; si no...

Estoy releendo a Cortázar. Lo primero que hice con mi ejemplar de *Rayuela* fue arrojar a la basura la página en que el autor propuso su “tablero de dirección”. De acuerdo, Julio, fue una broma magistral.

MIS LIBROS

Gonzalo Celorio



Un mueble de madera oscura, casi tan grande como un ropero. En sus puertas talladas, sendos yelmos heráldicos, enfrentados y de perfil, custodiaban el tesoro. Las puertas eran macizas pero en su parte superior unas ventanitas protegidas por pequeñas columnas torneadas dejaban ver una cortina de seda color púrpura, que parecía el telón de un teatrino de títeres. Así era el librero de la casa de mi infancia.

Una enorme Biblia con cubiertas florentinas. Algunos misales. Las *Confesiones* de San Agustín. La *Comedia* de Dante. Una edición del *Quijote* ilustrada por Doré. Las *Vidas ejemplares* de Romain Rolland. La novela *Jeromín* del padre Coloma. Las *Rimas* de Bécquer. Varios libros hagiográficos en los que la imagen, como en las portadas románicas o en la pedagogía del barroco, podía más que la palabra. Las *Memorias* del Instituto México. Y varios libros más, casi todos de tema religioso o por lo menos edificante. A tales títulos y a la solemnidad del mueble que los atesoraba como si fuera un relicario, debo la con-

sideración, todavía enraizada en alguna hondonada de mi alma a pesar de mi trato cotidiano y hasta confianzudo con ellos, de que los libros tienen un valor sagrado.

Al lado de ese librero imponente, había otros dos más pequeños. No obstante su tamaño, albergaban dos obras monumentales, que constituían digamos que la sección laica de la pequeña biblioteca de la casa paterna: el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*, en 25 tomos, y *El tesoro de la juventud*, con sus veinte volúmenes color vino, cuyos lomos ostentaban, repujadas en oro, una lámpara de aceite y una antorcha aureolada por una guirnalda de laureles.

El tesoro estaba compuesto por varios libros, que no se correspondían con los volúmenes y que, seccionados por capítulos o episodios, se distribuían a lo largo de las 7172 páginas que en inusitada numeración corrida a lo largo de los veinte tomos integraban la magna obra: *El libro de los hechos heroicos*, *El libro de las narraciones interesantes*, *Los países y sus costumbres*, *Hombres y mujeres célebres* (nótese la vanguardia en asuntos de género), *El libro de la poesía*, en cuyas páginas se encontraban *Los motivos del lobo*, de Rubén Darío, que todavía guardo entre la lengua y el paladar, y el inconmensurable poema de Núñez de Arce, *El vértigo*, que sólo Gabriel García Márquez, según confiesa en su libro autobiográfico, y mi hermano Miguel, el mayor, se aprendieron de memoria, décima a décima, como quien paga miles de pesos con monedas de diez centavos. Ahí supe de Amadeo Mozart, Elena Keller y Guillermo

Shakespeare, según la costumbre entonces en boga de castellanizar los nombres de pila de los autores extranjeros. *El tesoro de la juventud*, que fue un libro comunitario, acabó por ser entrañablemente mío: en sus páginas color sepia imprimí mis primeras señas de identidad que hoy, medio siglo después, aún reconozco.

Esa era la biblioteca familiar, pero cada uno de mis hermanos había ido adquiriendo sus propios libros con sus propios medios para encontrar su propia soledad en medio de la compañía impositiva y la uniformidad ideológica a las que nos sometían las condiciones de una familia numerosa y extremadamente conservadora. Los libros que mi curiosidad infantil más apetecía eran los de mi hermano Benito, algunos de los cuales leí a hurtadillas, poseído por el doble placer de la lectura y de la clandestinidad: los de la Colección Ilustrada de Obras Inmortales publicados por la editorial Cumbre, como *Oliverio Twist*, de Carlos Dickens o *Los viajes de Gulliver*, de un Swift que sí conservó, por fortuna, su *Jonathan* original; y los pequeños volúmenes de Salgari, de mi hermano Ricardo, cuyas tapas tenían dibujadas unas bisagras de hierro que le daban al libro un aire de arcón digno de *La isla del tesoro*, de Stevenson. De *Los naufragos del Liguria* a *Sandokan*, leí la obra de Salgari con tal entusiasmo mimético que a partir de entonces empecé a confundir la vida con la literatura y me brotaron los primeros síntomas de una enfermedad severa e incurable, la escritura.

Recuerdo algunos libros de la escuela, como *Poco a poco*, en el que aprendí a leer merced a las más prodigiosas cacofonías y aliteraciones —*mi mamá me mima* o *ese oso se aseca así*—, que junto al *Ave María* o las tablas de multiplicar forman parte de mi más añeja memoria textual. Pero el que más cerca se quedó de mi corazón fue precisamente *Corazón, diario de un niño*, de Edmondo d'Amicis. He de confesar que en esas páginas en las que se inauguró mi educación sentimental, dejé caer las primeras lágrimas producidas por la lectura.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera tener un libro verdaderamente mío. Como mis camisas, mis piyamas, mis pantalones o mis uniformes de gala del colegio, mis libros eran heredados. Y al ser el undécimo hijo tenía que añadir a la página preliminar del texto de matemáticas, de inglés o de biología una nueva tachadura a la lista de los nombres de mis hermanos que lo habían utilizado antes que yo. Al finalizar la primaria, mis padres consideraron que sería conveniente que trabajara durante las vacaciones. Según decían, para hacerme hombre. Trabajé, pues, en una compañía de contabilidad, de la que era gerente uno de mis hermanos mayores. Con el salario que gané, el primero de mi vida, me compré el libro de texto de secundaria de español, al que entonces se le denominaba “lengua nacional”. Ése fue mi primer libro, al que le puse el *ex libris* más rudimentario que se le puede poner a un libro, el de mi propio nombre, escrito por mi tem-

blorosa pluma fuente, en una página impoluta, exenta de antecedentes penales.

Con la primera adolescencia pasé de las aventuras de niños huérfanos y corsarios de todos los colores a las desventuras del corazón propio, esto es a la lectura indiscriminada de poemas. Y gracias a esa memoria juvenil tan adherente que lo mismo retiene una rima de Bécquer que un romance de García Lorca; los *Sonetos de amor y discreción* de sor Juana Inés de la Cruz que los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda, me fui haciendo de un pequeño patrimonio poético. Y no es que me sentara a memorizar los textos, sino que a fuerza de leerlos una y otra vez, subrayándolos con los ojos verso a verso en esa red circense del salto mortal de la poesía que es el libro, empecé a decirlos con mi propia voz y acabé por hacerlos míos. Tan míos como los libros que los contenían y que me palpitaban en las manos tal un pájaro atrapado en pleno vuelo.

Cuando había incorporado a ese mi incipiente patrimonio literario los parlamentos de las obras dramáticas que sin pudor ninguno representábamos en la preparatoria —Eurípides, Shakespeare, Schiller—; cuando la lectura de una novela, como *Demian*, de Hermann Hesse, o *La cartuja de Parma*, de Stendhal, me había dejado sin dormir noches enteras; cuando me percaté de que por un cuento de Juan Rulfo sabía más de mi país que por todas las clases de historia y de geografía que había recibido, decidí cursar la carrera de letras.

Comencé mis estudios universitarios convencido de que la formación académica y la creación literaria no tenían por qué estar reñidas. Ciertamente la universidad no formaba escritores, pero en el embrión de todo escritor siempre hay un lector ávido y apasionado, y lo que forma la universidad son lectores, lectores profesionales, deseosos de conocer orgánicamente su propia tradición literaria.

Desde luego que leí en las bibliotecas de la UNAM y de El Colegio de México las obras de consulta requeridas por mis cursos y aquellos libros que no se encontraban en las librerías o que rebasaban mi exiguo presupuesto estudiantil. También acudí a la biblioteca particular de la casa de mi novia, cuyo padre, un insigne médico español, republicano exiliado en México, poseía la envidiable colección de Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe. No obstante, desde que ingresé en la universidad se apoderó de mí el mismo deseo que años atrás me había llevado a comprar el texto de *Lengua nacional*: el deseo de poseer los libros que leía. Por supuesto que no siempre pude satisfacerlo, pero desde entonces he adquirido el vicio de los libros. El deseo de su posesión puede ser mayor aún que el interés específico que la obra me despierte o que la posibilidad real de su lectura. Por eso se trata de un vicio y no de una virtud. Ciertamente es muy placentero leer una obra en un libro propio que habrá de permanecer en casa durante toda la vida, no sólo como un testimonio de lectura sino como un amigo al que se puede acudir en cualquier

momento y que mientras no se le requiera guarda un silencio prudente y adopta una actitud discreta, de cara a la pared. Y es que en sus estanterías, los libros nos dan las espaldas, como si estuvieran castigados. Sólo vemos sus lomos y por ellos los reconocemos. Cuando elegimos uno entre todos y lo abrimos para leerlo es como si le levantáramos el castigo y lo penetráramos amorosamente. Pero aun cuando tengamos libros que no leeremos nunca, su sola presencia pende sobre nuestras cabezas como una posibilidad de lectura que nos remite a la eternidad, el paraíso que Borges se figuraba “bajo la especie de una biblioteca.”

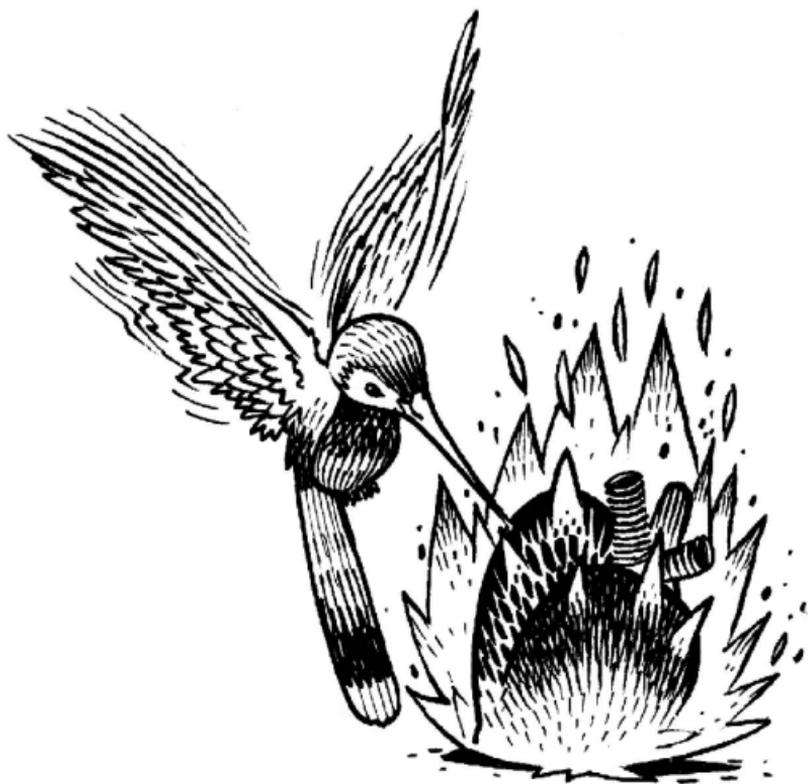
Amo los libros. Su peso, su gravitación, su compañía. Amo las encuadernaciones españolas y las holandesas, los tejuelos de los lomos venerables, las guardas florentinas que recogen el color de las mareas. Amo la nomenclatura editorial de versales y versalitas, medianiles y registros. Amo los *ex libris*, los cantos dorados de las Biblias, los colofones, la honestidad ruborizada de una fe de erratas. Amo mis libros, los de camisa almidonada y los más modestos, que me han acompañado a lo largo de la vida, los que han sufrido en sus páginas la cristalización amarillenta del tiempo y los que todavía huelen a tinta —el santo olor de la tipografía—, los intonsos que aún conservan su virginidad y los subrayados por mi devoción, los que se meten sin permiso en las palabras que escribo, los que al cabo de tantas relecturas parecen desintegrarse como pastillas

de jabón, los que encuentro sin necesidad de buscarlos porque he acudido a ellos tantas veces como a mis recuerdos más antiguos. Los guardo, los cuido, los clasifico, los ordeno, los subrayo, los anoto, los acaricio, los celo. No los presto pero los comparto. Vaya que los comparto. A compartir mis libros he dedicado la vida, como escritor que acaso habla más de lo que lee que de lo que vive; como maestro que durante más de treinta años no ha querido hacer otra cosa que contagiar el entusiasmo por la literatura; como editor que ha tenido el privilegio de convertir un manuscrito en un libro vivo y circulante como la sangre. Cómo no compartir los libros si son ellos los que me han echado a ganar la vida.

*Otra versión de este texto apareció publicada
en Fractal, enero-marzo de 2004*

EL ESTUDIO

Diana Bracho



El estudio de mi papá olía a madera, cuero, tabaco, coñac y libros. Ahí pasé los momentos más ricos de los años que vivimos mi hermanito Jorge y yo solos con él. Mi papá: papi, pa, bello, asombroso padre soltero, hombre de espíritu clásico y renacentista, fundador del Teatro de la Universidad, del Teatro Orientación y del Teatro de los Trabajadores, esteta absoluto, escritor, director de cine, bailarín frustrado y enamorado permanente de la vida aunque amante desafortunado; lector empedernido, también era mi cómplice.

A los tres años me enseñó a leer y el alfabeto griego. Aprendí con ojos enormes de asombro. Entré con él de la mano en el mundo infinito de la lectura, del conocimiento y de lo que para mí ha sido lo más importante en la vida: el mundo de la imaginación. Muy temprano aprendí, gracias a su paciencia y dedicación, que podía esconderme de la timidez y escapar de los temores infantiles, que me asaltaban con mucha frecuencia, en un libro que me llevaría a espacios insospechados y a mun-

dos libres del lugar común. Nada me hacía sentir mejor acompañada que sentarme en silencio en ese estudio en un sillón de cuero café, mientras mi papá escribía o leía o escuchaba música, y leer uno de los muchos libros que siempre me compraba.

Sobre la mesita de café del estudio estuvieron siempre tres libros. Tenían portada de lino en tono beige y gris. Uno era de Leonardo da Vinci; otro, de Miguel Ángel —con una reproducción parcial del David, mi primer amor, en su portada—, y el tercero era un libro sobre Grecia cuyo título, creo, era *Hellas*. De ahí surge mi fascinación por el libro-objeto, cuya sola presencia da placer.

Debo haber tenido ocho o nueve años cuando Julio Alejandro, guionista consentido de Buñuel en su etapa mexicana y tío postizo pero absoluto, me hizo un regalo que me cambió la vida: un ejemplar hermosísimo de *Las mil y una noches*. Supongo que ese libro, que perdí con gran dolor en un parpadeo de la vida, era una adaptación al mundo infantil, pero de ninguna manera era un libro infantiloides. Durante años no me desprendí de él. Era mi lectura de cabecera. Algunas veces tengo la fantasía de que reaparecerá en algún momento final de mi vida.

Uno de los recuerdos terribles de juventud de mi padre era el de su hermano Toribio, jesuita, mucho mayor que él y que mi tío Jesús, de regreso de su misión en China, quemando en el jardín de su casa en Tacubaya en una pira inquisitoria todos los libros que no tenían el *imprimatur* de

la iglesia. Y por supuesto que, a excepción de las *Confesiones* de San Agustín, ninguno de los libros de los jóvenes Bracho tenía el famoso *imprimatur*. Al fuego fue cayendo toda la literatura *non grata*: Diderot, Voltaire, Descartes, Kant, Shakespeare, Cervantes, Dostoievsky, Tolstoi, Balzac, Dickens, los poetas malditos y unos dibujos al carbón que el cineasta ruso Eisenstein le había hecho a mi hermoso tío Jesús, y de cuya pérdida nunca se repuso. De esa terrible experiencia mi padre adquirió un respeto absoluto por la libertad intelectual y un repudio a la represión y a la censura. Con una excepción. En una de mis exploraciones de los libros de mi papá descubrí la novela policiaca. Creo que estaba en plena adolescencia. Y leer a Simenon, Agatha Christie y otros autores que no recuerdo me resultaba una lectura fantástica y absorbente. En una de esas exploraciones encontré un ejemplar pequeño de cuentos cortos de Guy de Maupassant: *Cuentos audaces*. Lo único que recuerdo es que a medida que lo leía, y ya en “Bola de sebo”, tuve la iluminación de que no era precisamente un libro de aventuras policiacas sino algo más que me inquietaba sobremanera. Me encerré en el baño para seguir leyéndolo. Mi papá se alarmó por mi tardanza en el baño, cerrado a piedra y lodo. Yo seguía leyendo agitadísima y gritaba de vez en cuando “Estoy bien, pa”. Finalmente tuve que abrir la puerta y mi papá me encontró con Maupassant en la mano. Nunca entendí el regaño terrible, su indignación y, sobre todo, que no me creyera

que el título *Cuentos audaces* me había parecido el de un inocuo libro de aventuras.

Hasta los dieciocho años, cuando me fui a Nueva York a estudiar filosofía y letras inglesas, transité cotidianamente por la biblioteca de mi papá. Además de pasar con él horas cultivando el arte de la conversación, encontré a quienes me han acompañado en la vida. Joyce en su *Retrato del artista adolescente*; Virginia Woolf en *Orlando*; al *Hamlet* de Shakespeare en una traducción de Novo, gran amigo de mi padre; las *Cartas a un joven poeta*, de Rilke; Dante y las ilustraciones de Doré; *El laberinto de la soledad*, de Paz; *La semana de colores*, de Elena Garro; Diderot, a quien mi padre prefería por encima de Stanislavsky. Ahí conocí a los autores de teatro contemporáneo que mi padre había traducido: Giraudoux, Pirandello, O'Neil, Arthur Miller y desde luego a los griegos, sus padres intelectuales. También descubrí a Faulkner y sus *Palmeras salvajes*, que cambió para siempre mi percepción del amor, y a *Madame Bovary*, de Flaubert, una de mis novelas favoritas. Vasconcelos, Reyes, Gorostiza, Villaurrutia y Pellicer también estaban ahí. Y ahora se me escapan tantos más que me cambiaron la vida.

Me fui a vivir a Oxford, Inglaterra, donde me enamoré de Blackwell's, la librería más maravillosa del mundo. Recuerdo el placer de tener acceso a toda la literatura del mundo y al mismo tiempo la frustración de saberme ignorante e incapaz de acercarme a todos esos libros.

Regresé de emergencia a México a ver morir a mi padre. En un papel manuscrito donde dividió sus pocas pertenencias me dejó su biblioteca. Durante un par de años no pude entrar a ella por miedo al vacío. Pensé que algún día tendría el valor para reencontrar a mi papá ahí. Pero no lo hice.

Una madrugada me llamó Cristina, su viuda, para darme la noticia de que el estudio se había incendiado durante la noche. Mi biblioteca era un mar de ceniza. En el buró de la recámara sólo quedaron sus libros de cabecera: el *De Profundis*, de Wilde; *Temor y temblor*, de Kierkegaard, en inglés, y *El hombre en busca de sentido*, de Victor Frankl. Ese día asumí la muerte de mi papi. Y ese día entendí que me había regalado algo que jamás se podría destruir: el amor por el conocimiento.